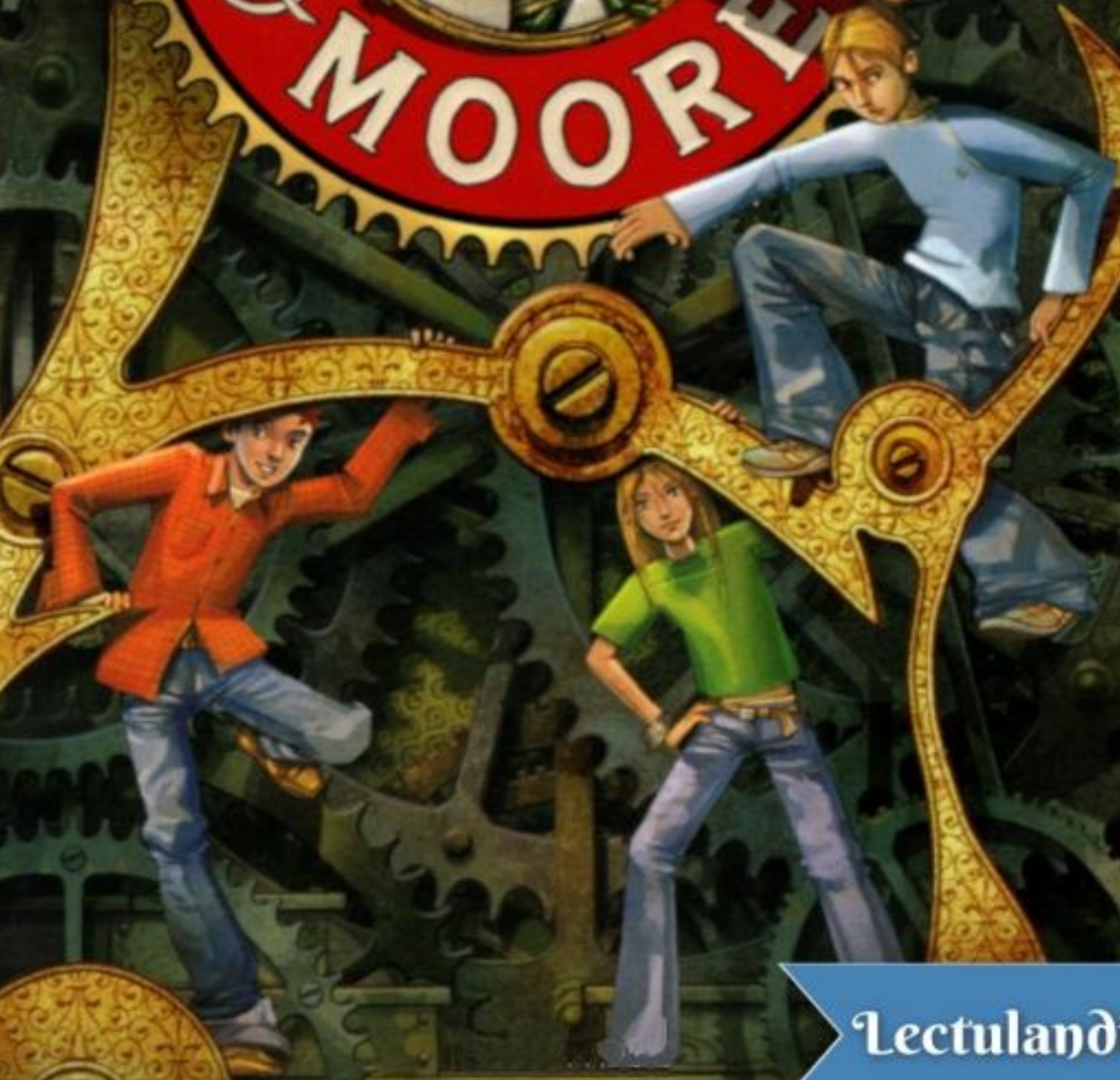


U L Y S S E S

LA CASA DE LOS ESPEJOS

M O O R E



Lectulandia

En la mansión de Peter Dedalus, Jason, Julia y Rick buscan pistas acerca de la misteriosa Puerta del Tiempo.

Pero allí, rodeados de extraños espejos, pronto descubrirán que nada es lo que parece...

Lectulandia

Pierdomenico Baccalario

La casa de los espejos

Ulysses Moore 3

ePub r1.0

Titivillus 27.05.2019

Título original: *La casa degli specchi*
Pierdomenico Baccalario, 2005
Traducción: María Lozano
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

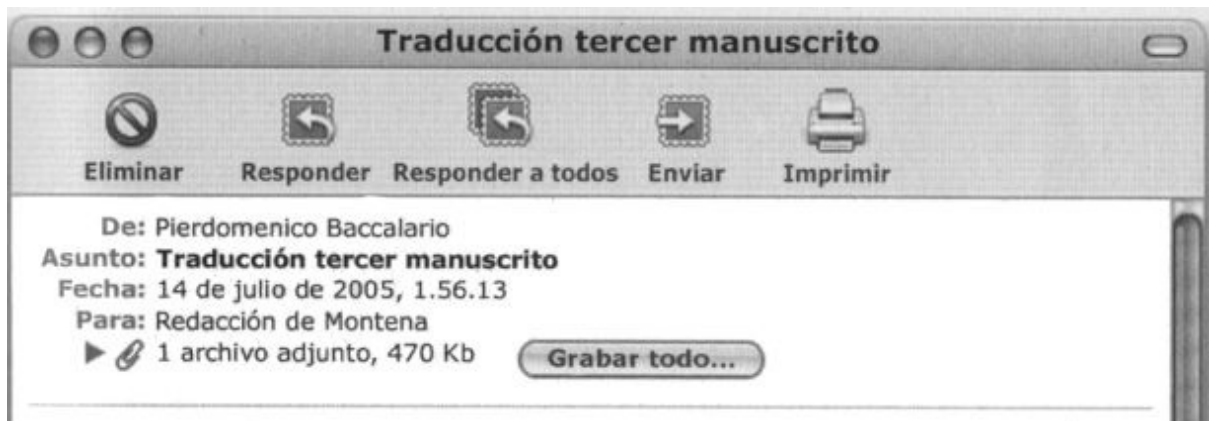


- 1 Villa Argo
- 2 Puerto
- 3 Casa del doctor Bowen
- 4 Faro
- 5 Casa de Rick Banner
- 6 Correos
- 7 Gwendaline Mainoff
- 8 Estatua del rey William V
- 9 Casa de Cleopatra Biggles
- 10 Casa de Obilivia Lewton
- 11 Casa de los Espejos
- 12 Estación
- 13 Escuela
- 14 Pastelería Chubber
- 15 Isla de Calypso
- 16 Faberina Saltwalker
- 17 Tienda de Peter Dedalus
- 18 Jardines de Turtle Park
- 19 Comisaría
- 20 Hotel Windy Inn
- 21 Iglesia de St. Jacobs
- 22 Ayuntamiento
- 23 Cementerio

Nota al lector

He aquí por fin la traducción del tercer cuaderno de Ulysses Moore. En cuanto Pierdomenico la ha enviado, nos hemos puesto manos a la obra para publicarla lo antes posible. No sabéis con cuánta impaciencia esperamos sus mensajes de correo electrónico con la esperanza de poder descubrir algo más de este misterioso asunto. Como podréis ver, tampoco faltan las sorpresas en este cuaderno...

La redacción de Montena



¡Hola a todos!

Aquí tenéis la traducción del tercer diario de Ulysses Moore. No quiero adelantaros nada, aunque lo que he descubierto es increíble... Pero antes de que empecéis a leer, tenéis que saber lo que me sucedió la semana pasada.

Descubrí que en Ermington, un pueblo no muy lejos de mi *bed & breakfast*, había una librería especializada en viajes y turismo, y rápidamente me dirigí para allí con la intención de encontrar alguna indicación más sobre Kilmore Cove.

Rebusqué entre guías, planos, mapas de rutas y senderos, libros de leyendas y narraciones de Cornualles sin encontrar nada. Exasperado, le pedí ayuda a la dependienta. Nos pasamos la tarde abriendo y cerrando los libros más polvorientos de la librería, volúmenes que habían permanecido quién sabe cuánto tiempo en las estanterías, pero no conseguimos descubrir nada.

Me senté en una terraza para relajarme. En la plaza había cierto ir y venir de gente, por lo que al principio no presté atención al distinguido señor que estaba en la mesa de al lado. E incluso ahora, por mucho que me esfuerce, no consigo acordarme más que de su bigote y su camisa de lino blanca. Pedí un refresco de menta. Entré en el bar para pagar y cuando salí me encontré encima de la mesa un libro titulado:

EL VIAJERO CURIOSO
Pequeña guía de Kilmore Cove
y alrededores

Abrí el libro con las manos temblorosas por la emoción. En la primera página, con una caligrafía que a estas alturas conozco al dedillo, estaba escrito:

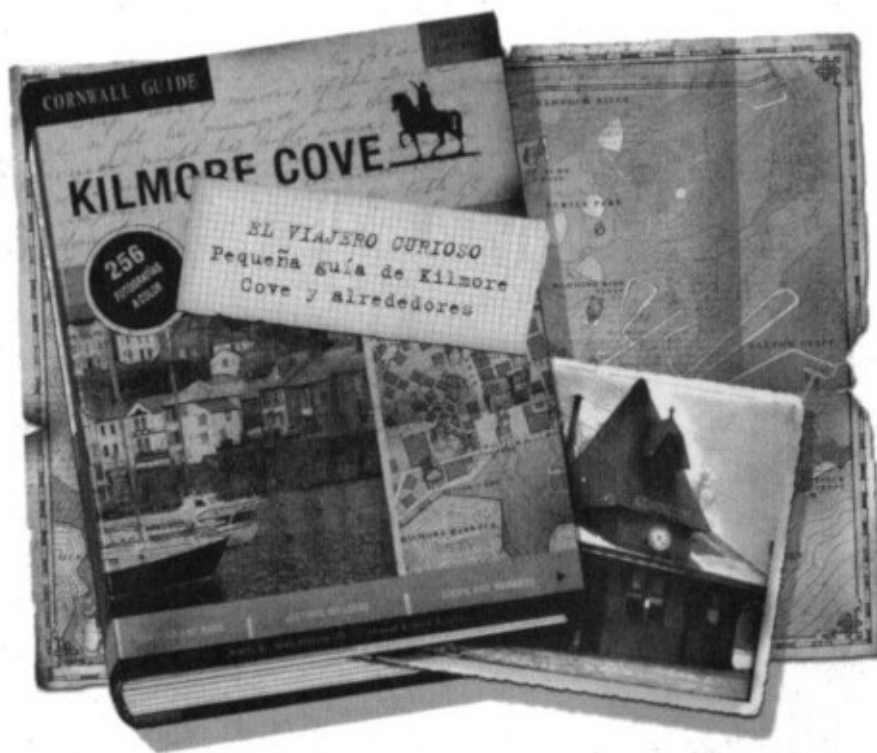
BIBLIOTECA PARTICULAR MOORE
Villa Argo, Kilmore Cove

En ese preciso momento me di cuenta de que el hombre que estaba sentado a mi lado había desaparecido. Y me di cuenta también de que... ¡podría tratarse del mismísimo Ulysses Moore en persona! ¡A un metro de mí! Y de que, por desgracia, se me había escapado...

Os mando una foto del libro para que también vosotros seáis testigos de que todo lo que está sucediendo es real. Dentro había incluso una foto de la vieja estación de tren de Kilmore Cove... ¡El libro es la prueba fehaciente de que Kilmore Cove existe! ¡Y de que está aquí cerca! Si hace falta, recorreré todo Cornualles para encontrarlo. Os lo prometo.

Os mandaré noticias pronto,

Pierdomenico





Lentamente, como arrastrándose, empezó a extenderse en el aire un aroma de beicon con huevos revueltos. Julia se dio la vuelta entre las sábanas, frunciendo la nariz. Sonrió, medio dormida, y hundió la cara en la almohada. Permaneció inmóvil unos minutos; después, cuando se quedó sin aire, abrió de par en par un ojo y miró a su alrededor.

¿Dónde estaba?

Los recuerdos fueron llegando lentos y en un orden concreto. Estaba en Kilmore Cove, en Villa Argo, en un dormitorio.

Pero ¿cómo había llegado hasta allí?

Mientras observaba los detalles de la estancia, el corazón empezó a latirle cada vez con más fuerza.

Beicon con huevos revueltos.

A los pies de la cama había un montón de ropa que había dejado un charco de agua a su alrededor. Era su ropa.

Al reconocerla, otra secuencia rapidísima de imágenes empezó a darle vueltas en la cabeza: la tempestad, la aparición de Manfred, el acantilado y, por último, el salto al vacío y el mar que había engullido al ayudante de Oblivia Newton.

Julia saltó fuera de la cama como movida por un resorte.

—¡Jason! —gritó.

Sintió bajo sus pies descalzos la suave caricia de una alfombra. Se dio cuenta de que llevaba un pijama que no recordaba haberse puesto. Se puso en cuclillas entre la ropa y hurgó en los bolsillos de los pantalones. Las cuatro llaves de la Puerta del Tiempo estaban aún allí, intactas.

Las cogió y las colocó encima de la cama, a la vez que intentaba adivinar qué hora era.

Beicon con huevos revueltos.

Por las rendijas de la persiana penetraban brillantes haces de luz. Mañana. ¿O tarde?

Incapaz de controlar los nervios, Julia salió del dormitorio vestida con lo puesto.

—¿Jason? —preguntó en dirección al pasillo desierto.

Toda esa planta de la casa estaba aún a oscuras, excepto un dormitorio, que tenía levantada la persiana. Julia se acercó a la puerta de puntillas, con los pies descalzos, y echó una ojeada dentro. Había una cama completamente deshecha, unos cuantos pares de zapatillas de deporte por el suelo y un amasijo de camisetas encima de una mesa redonda.

Podría reconocer ese desorden hasta con los ojos cerrados: Jason.

El corazón le dio un vuelco cuando oyó la voz de su hermano a través de la ventana abierta de par en par, proveniente de la cocina.

—¡Sí! —exclamó la chica loca de alegría—. ¡Mi hermano ha vuelto!

Se dio media vuelta, cruzó disparada el pasillo, se lanzó escaleras abajo y se precipitó dentro de la cocina.

Jason y Rick estaban trajinando en los fogones.

—¡Jason! ¡Rick! —exclamó Julia precipitándose a su encuentro con los brazos abiertos—. ¡Habéis vuelto! ¡Habéis vuelto! ¡Ay! Estaba tan preocupada por vosotros...

—Pero, hermanita... —le sonrió Jason apartándose de ella—, claro que hemos vuelto... ¡Calma! ¡Calma! ¡Tranquila! ¡Estamos bien!

Rick, en cambio, le devolvió de buena gana el abrazo, además de darle un beso en la mejilla. En cuanto cruzó su mirada con la de Julia, le empezaron a temblar las piernas de alegría.

Se dio media vuelta de golpe, para que no vieran que se estaba poniendo colorado.

Julia miró a los dos de arriba abajo como si hubieran pasado veinte años fuera o como si, por sus ropas, pudiera llegar a deducir lo que había sucedido más allá de la Puerta del Tiempo. Pero no consiguió obtener mucha información: Rick estaba vestido igual que el día anterior, mientras que Jason había sacado de la maleta una camiseta y unos pantalones nuevos que no hacían juego para nada.

—¿Qué tal estáis? —preguntó tras una primera inspección.

—¡Estamos negros! —respondió Jason.

—¿Por qué?

—No logramos saber cuánto tiempo tarda en freírse el beicon. Está crudo y al cabo de un segundo ¡está ya carbonizado! —exclamó Rick, usando un cucharón de madera para verificar la consistencia del beicon chamuscado—. Digo yo que podríamos intentar comérmolo así.

Julia no les quitaba el ojo de encima, como si quisiera asegurarse de que eran ellos de verdad. Salió riendo tras ellos de la cocina al jardín, donde Rick sacó de la sartén beicon y huevos revueltos para todos. Julia cedió de buena gana su parte a su hermano: todavía tenía el estómago encogido por los nervios.

—¿Se puede saber qué ha sucedido tras la puerta?

Jason se encogió de hombros. Se sentó en la silla de hierro forjado negro del jardín y probó el beicon.

—¡Atómico, Rick! Atómico de verdad.

Cuando vio los labios temblorosos de su hermana, le respondió un segundo antes de que ella estallase de rabia:

—¡Bueno, Julia, es que es tan largo de contar que se me van a enfriar el beicon y los huevos! —Y empezó a comer furiosamente, sin añadir nada más.

—Hemos visto un sitio increíble —resopló Rick al tiempo que engullía un bocado que se le fue por el otro lado.

—¡Conseguiremos encontrar el dichoso mapa! ¡Ya verás! —añadió Jason, mientras su amigo daba saltos alrededor de la mesa tosiendo. Se permitió el lujo de rebañar el plato con un trocito de pan del día anterior, se puso un buen vaso de leche y se lo bebió de un trago—. ¿Verdad, Rick?

—¡Aunque tengamos que buscarlo por todo el país! —confirmó Rick, rojo hasta las cejas y despeinado.

Julia respiró hondo. El aire era húmedo y fresco.

Por el momento, creyó oportuno no hacer más preguntas y dejar que las cosas fueran siguiendo su curso. Acercó la mano a un vaso para echarse un poco de leche y se dio cuenta de que le temblaba.

—¿Pasa algo? —le preguntó Rick.

Ella negó con la cabeza.

—No, solo que me alegro de volver a veros.

—Y nosotros —dijo Rick—. No sabes cuánto. Ha sido de miedo... Pero viendo cómo está el jardín, yo diría que tampoco habéis estado de brazos cruzados por aquí.

—¡Parece como si hubiera pasado un ciclón! —exclamó Jason.

Julia miró a su alrededor: las flores y las plantas seculares parecían aturcidas por la lluvia y despeinadas por el viento. Había un no sé qué desolador en las hojas y en las pequeñas ramas caídas esparcidas sobre la hierba y los senderos de guijarros.

Además, en mitad del patio, podían verse todavía las marcas dejadas por el coche de Manfred.

Julia notó que el corazón le latía a toda velocidad al ver aquellas huellas y revivió segundo a segundo el momento en que había puesto la zancadilla a Manfred y le había quitado la llave. Miró hacia el borde del acantilado, el mar engañosamente azul y la silueta lejana del faro.

Cerró los ojos.

—¿Qué te pasa, Julia? —le preguntó Jason al ver que su hermana se había puesto blanca de repente.

—Yo no he tenido la culpa: se ha caído al vacío... —murmuró ella.

—¿Quién se ha caído al vacío? —preguntó Jason, a quien le caían unos churretones de leche bajo la nariz.

Julia les contó todo lo que había pasado en Villa Argo con voz lenta y sin cadencias, como si estuviera repitiendo una lección. Les confió lo que le había confesado Nestor sobre el antiguo dueño y sus viajes a bordo de la *Metis*. Y les habló de cómo Manfred había intentado entrar en la casa y de cómo Nestor y ella habían opuesto resistencia, hasta el trágico desenlace.

—Lo siento... —concluyó Julia al tiempo que se preguntaba qué era lo que la había impulsado a arrojar al mar la llave con la que Manfred deseaba hacerse a toda costa.

—Se lo tenía bien merecido —comentó Jason satisfecho.

—Después de todo, era un ladrón como su jefa —añadió Rick, que se había despertado especialmente furioso con Oblivia Newton, quizá porque la primera vez que la había visto había pensado que era realmente maravillosa. Y aquello se le había quedado grabado.

Julia se animó un poco y por fin consiguió echarse un buen vaso de leche. Ahora esperaba oír la historia de los chicos.

Interrumpiéndose uno a otro, Jason y Rick le hablaron de la Casa de la Vida, de Maruk y de cómo habían logrado encontrar el nicho de los Cuatro Bastos antes de que Oblivia diera con él.

—¿Oblivia estaba allí? —preguntó Julia estupefacta—. ¿Cómo es posible?

—Déjalo. No puedes ni imaginarte nuestra sorpresa cuando la vimos allí, en Egipto, o dondequiera que hayamos estado.

—Esta mañana, Jason ha elaborado una nueva teoría —explicó Rick—. No está convencido de haber viajado a través del tiempo de verdad.

—Pues sí —confirmó él—. Una vez leí un cómic del Doctor Mesomero que hablaba de algo así: no se llama viaje a través del tiempo, sino viaje en el *continuum* espacio no sé qué... ahora no lo recuerdo bien, pero sé que salía en el número quince.

—¿Y qué te hace pensar que no has viajado a través del tiempo?

Jason hizo una mueca como el erudito a quien se le formula una pregunta imprecisa:

—Es solo una impresión, pero... no me sentía como si estuviera en una época completamente distinta de la nuestra. Me sentía como en casa...

—Bueno, bueno... ¡No exageres!

—Imagínate: no solo hablábamos su misma lengua, sino que incluso Rick y yo podíamos leer los jeroglíficos.

Julia abrió los ojos de par en par.

Rick cogió de la mesa el *Diccionario de las lenguas olvidadas*, un voluminoso libro ya bastante manoseado, con la portada sucia y los bordes arrancados. Lo abrió por la página de las lenguas del Antiguo Egipto, pasó el índice de la mano derecha sobre unos jeroglíficos y dijo:

—Mientras que si intentamos leerlos ahora... no entendemos nada.

Julia procuraba no perder el hilo de la historia.

—¿Y Oblivia? ¿Os reconoció? —preguntó a Jason.

—No exactamente. Estábamos escondidos. Pero fue en aquel momento cuando pronunció el nombre de Ulysses Moore...

—Y el mapa.

—¿Qué mapa?

—El que nos ha robado.

—¿Qué mapa? —insistió Julia.

—«El primer y único mapa preciso de la villa de Cornualles llamada Kilmore Cove» —recitó de carrerilla Rick—. «De Thos Bowen, Londres, mil...»

Le interrumpió un violento estornudo que procedía directamente del acantilado.

—¡Así que ya estáis despiertos! —exclamó Nestor asomando por las escalerillas y deteniéndose a tomar aire.

—¡Nestor! —lo saludaron los chicos—. ¿De dónde vienes?

El jardinero fue cojeando hasta ellos, sin responder.

—¿De dónde venís vosotros, mejor dicho? ¿No se le ofrece asiento a un pobre... ¡AAACHÍS!... viejo?

—Has pillado un buen resfriado —dijo Jason.

—Ha sido culpa de la lluvia —murmuró Nestor, mirando a Julia con una sonrisa cargada de sobreentendidos—. ¿Qué tal?

—Me estaban contando lo de Oblivia Newton y el mapa.

La mirada de Nestor se ensombreció de repente.

—Ah, sí. La acción criminal —dijo sentándose a la mesa.

Jason y Rick siguieron contando la historia, describiendo con todo lujo de detalles la Cámara que no existe y el altar bajo el cual estaba escondido el mapa.

—¡Tendrías que haber visto qué serpientes, Julia!

—¡Te habrías desmayado al instante!

A medida que la historia avanzaba, el semblante de Nestor se fue ensombreciendo.

—Teníamos que haberlo imaginado —comentó al final—. Esa mujer es mucho más peligrosa e inteligente de lo que pensábamos.

—Pero ¿por qué es tan importante ese mapa, Nestor?

—No tengo ni idea —refunfuñó el jardinero.

—Pero el antiguo dueño sí lo sabe —replicó Jason—. Si nos ha mandado ahí abajo para que lo buscáramos, tiene que haber un motivo. Y estoy convencido de que él estaba seguro de que lo encontraríamos antes que Oblivia Newton.

—Técnicamente, lo hemos encontrado antes que ella —puntualizó Rick—. Pero ella nos la ha jugado justo después.

Jason suspiró.

—¡Qué desilusión! ¡Quién sabe si tendremos otra oportunidad!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julia.

Jason se inclinó sobre la mesa del desayuno y susurró:

—Quizá ahora el antiguo dueño no confíe ya en nosotros.

—¿Por qué estás tan convencido de que sigue vivo?

—Una de dos: o vive aún en Villa Argo, en alguna habitación secreta... o nos ha ido dejando pistas para que lleguemos hasta donde está. Claro que sin el mapa resultará difícil encontrarlas...

—¿Y qué podemos hacer para descubrirlo? —preguntó Julia.

Los tres chicos se dieron media vuelta a la vez hacia Nestor, que intentó zafarse inmediatamente de las preguntas.

—Yo me voy. Tengo que arreglar el jardín.

—No, no, ¡tú no te mueves de aquí! —saltó Jason.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo piensas impedírmelo?

Nestor se puso de pie, rígido, muy estirado, dándose masajes en la espalda dolorida y respirando ruidosamente para oxigenar los pulmones.

—¡Tienes que ayudarnos! —le suplicó Jason—. Él está todavía aquí, ¿verdad?

Nestor se rió burlescamente.

—Jovencito, tú lees demasiados cuentos. El antiguo dueño... —Después volvió a estornudar.

—Júramelo. Júrame que no está aquí.

El jardinero se puso en jarras y se curvó hacia atrás. Tenía peor cara que el día anterior, y los ojos pequeños y brillantes, como cuando sube la fiebre.

—Oye, Jason... —intervino Julia—. No creo que este sea el momento para...

—Pues yo creo que sí lo es —la interrumpió su hermano—. ¡Necesitamos alguna certeza si queremos entender lo que está pasando! ¡Hay demasiadas cosas que ignoramos! ¡Demasiadas cosas sobre esta casa, sobre su dueño, sobre sus amigos y sobre sus enemigos! Nosotros, por ejemplo, ¿qué somos? ¿Amigos o enemigos del escurridizo Ulysses Moore?

Nestor miró la caseta que estaba en mitad del jardín y después a los chicos. Jason tenía razón: estaban avanzando a tientas por entre demasiadas dudas. Así que murmuró:

—Si te sirve de algo, muchachito, entonces... te juro que ningún Moore vive ya en Villa Argo. ¿Satisfecho?

Y dicho esto, se alejó de ellos cojeando y sonándose la nariz con un enorme pañuelo de algodón.

—Técnicamente —puntualizó Rick poco después— no nos ha dicho que esté muerto.

Un cuarto de hora más tarde, los chicos llevaron los platos y los vasos a la cocina y se aprestaron a decidir cómo organizar el día.

Rick se había acercado a las escalerillas del acantilado para contemplar el mar, dejando que la suave brisa le acariciara el pelo. Julia se había ido a su cuarto para ponerse unos vaqueros, y se había llevado consigo las cuatro llaves con forma de animales. Cuando volvió a bajar, encontró a Jason en la misma silla en la que lo había dejado concentrado en escribir.

—No sé por dónde empezar —explicó.

—¿Sabemos dónde vive Oblivia Newton? —preguntó Julia en voz alta mientras leía la pequeña hoja que su hermano tenía entre las manos.

—Hay dos barcas de pescadores que están regresando —anunció Rick mientras se dirigía hacia ellos—. Podríamos bajar al muelle y coger unos langostinos para la comida.

Ante la sola idea de subir la pendiente de Salton Cliff con las dos pesadísimas bicicletas del matrimonio Moore, Jason negó con la cabeza.

—Ahora no, por favor. ¿Tú sabes dónde vive Oblivia Newton?

—No, ¿por qué?

Jason le enseñó lo que había escrito.

1. *Encontrar el mapa de Oblivia.*
2. *Descubrir qué demonios hay en el mapa (incluso antes de encontrarlo).*
3. *Averiguar TODO sobre la Puerta del Tiempo.*
4. *Explorar TODA Villa Argo, de arriba abajo.*

—Nunca te había visto ser tan ordenado —comentó su hermana—. El viaje a Egipto te ha transformado.

Rick apartó la silla de hierro y se colocó junto a ellos.

—¿Cuánto tiempo tenemos para hacer todo?

—Solo hoy.

—¿Y por qué? —quiso saber Julia.

—Porque esta tarde llegan mamá y papá. Y Rick tendrá que irse a su casa.

El chico de Kilmore Cove se puso triste de repente, como si no hubiera sopesado nunca la idea de abandonar Villa Argo.

—Falta algo todavía —murmuró Julia observando la lista de cosas por hacer.

Jason alzó los ojos al cielo, exasperado.

—¡Ya está! ¡Ya ha llegado mi hermanita! A ver, ¿qué es lo que falta?

—No sabemos qué le ha ocurrido a... —Julia se limitó a indicar las escalerillas, confiando en que los chicos lo captaran.

Rick asintió y tuvo la delicadeza de no decir nada, mientras que Jason añadió al final de la lista:

5. *Buscar el CADÁVER de Manfred*

—Muy amable por tu parte... —masculló su hermana.

En ese momento oyeron una serie de toses seguidas. Nestor arrastró cojeando un rastrillo rojo hasta donde estaban ellos, con el que hizo desaparecer las marcas de neumáticos de la grava.

—Yo no he visto nada abajo, en la playa —farfulló el jardinero, respondiendo a las preguntas de los chicos—. En los escollos no está. Ya os he dicho que los tipos de su calaña tienen siete vidas. —Y estornudó.

—Apunta también: «Comprar jarabe para Nestor» —dijo Julia en voz alta.

—Hoy es domingo —le recordó Rick—. La farmacia del doctor Bowen estará cerrada.

—No quiero ningún jarabe —refunfuñó Nestor—. No es más que un simple resfriado.

—Un resfriado es un resfriado —sentenció Julia—. Sobre todo a tus años.

—¿Qué has dicho? —exclamó su hermano dirigiéndose a Rick.

—Que es domingo —repitió él—. Y que...

—¿Doctor Bowen? ¿Has dicho doctor Bowen? ¿No es el mismo nombre del autor del mapa de Oblivia?

—Si he llegado a esta edad —se entrometió Nestor para responder a Julia —, es porque no he tomado medicinas en toda mi vida. Y no tengo ninguna intención de empezar ahora.

—«El primer y único mapa preciso de la villa de Cornualles llamada Kilmore Cove.» ¡¿Crees que es posible?! —repitió Rick, estupefacto.

—Recuerda que no existen las coincidencias en esta historia... —dijo Jason.

—¡Chicos! —se entrometió Julia—. Chicos, ¿por qué no le decís también vosotros a Nestor que...?

Rick y Jason se bajaron de un salto de la silla, eufóricos como dos niños con zapatos nuevos.

—Thos Bowen podría ser el abuelo del doctor Bowen.

—O el bisabuelo.

—¡O el bi-bi-bi-bisabuelo! ¿Dónde vive? ¿Dónde están las bicis?

—¿Qué hora es? Quizá consigamos verle antes de la comida...

—¡Chicos! —los reprendió Julia obligándolos a escucharla.

—¿Qué pasa?

—El teléfono —dijo Nestor señalando el interior de Villa Argo—. ¡Está sonando!



Jason hablaba por teléfono, encorvado, como si el auricular pesara una tonelada.

—Sí, mamá... No, mamá... Claro, mamá... Que no, que no nos hemos ido lejos de aquí... No... Claro...

Dirigió una mirada suplicante a su hermana, que mediante gestos le dijo que se extendiera en los detalles.

—Mamá desconfía si no le cuentas nada —le confió a Rick en voz baja—. Pero si te extiendes en los detalles, apenas te escucha.

—Ajá. Ajá. Ajajá. Nada. ¡Nada! —prosiguió, no obstante, Jason. Cerró los ojos desesperado mientras permanecía en silencio escuchando la regañina de su madre—. No, mamá, estaba bromeando... —añadió después—. En realidad, hemos ido a Egipto y nos hemos perdido en un laberinto. Y a Rick casi lo devora un cocodrilo. ¡Rick! ¡Sí, nuestro amigo de Kilmore Cove! Tendrías que haber visto su cara cuando entramos en esa habitación llena de serpientes que caían del techo... —Jason se quedó callado unos tres minutos y después añadió—: Vale, te paso a Julia.

—¡Hola, mami! —exclamó ella, muy feliz y contenta de oírla—. ¡Sí, sí! ¡Estamos estupendamente! ¿Que si ha llovido? ¡Menuda tormenta ha caído! No, no. Nos hemos quedado en casa jugando a uno de esos juegos de mesa... Y luego...

—¡Saltos desde el acantilado! —le sugirió Jason.

Esquivó por los pelos una patada de su hermana, que le hizo un gesto para que se callara.

Jason sugirió a Rick que no perdieran más tiempo y fueran al garaje a coger las bicis.

Se alejaron del teléfono, pero, en lugar de salir, se dirigieron a la habitación de piedra con la Puerta del Tiempo.

La puerta estaba allí, imperturbable y silenciosa, aunque terriblemente presente. En la madera renegrida y rayada se entreveían las cuatro cerraduras, que parecían sonreír burlescamente.

—¿Cuándo volveremos ahí dentro? —preguntó Rick, que se había quedado alelado mirándola.

—En cuanto hagamos todo esto —dijo Jason—. Y le mostró la hoja, en la que había añadido:

6. Ir inmediatamente a ver al doctor Bowen

Desde el fondo de la escalera, el retrato de uno de los antiguos propietarios de Villa Argo parecía observarlos con un extraño guiño de satisfacción.

—¿Has oído? —preguntó Jason agarrándose al brazo de Rick.

—¿Qué?

Cuando Jason llegó al fondo de la escalera, se paró a escuchar. Se oía claramente un rumor de pequeños pasos que provenían de la planta superior de la casa.

—Eso.

—Sí, sí... ¡ya lo oigo!

Lentamente, Jason empezó a subir los peldaños de uno en uno con la atención de un equilibrista.

—Después hemos jugado al ajedrez. A mí me ha tocado contra Rick y Jason. ¡Claro que he ganado yo! —decía Julia por teléfono.

A medida que Jason subía y se acercaba a los misteriosos pasos de la planta de arriba, la voz de su hermana se iba alejando cada vez más.

Pasos de fantasma. Tris tras, tris tras.

¿Ulysses Moore?

Jason, pegado a la pared, rozó los marcos dorados de los retratos de los antiguos propietarios hasta llegar al espacio vacío en el que debería estar colgado el de Ulysses Moore.

Tris tras, tris tras.

Los ruidos procedían del baño, la primera habitación a la derecha de las escaleras. La primera en el pasillo, la que llevaba a los dormitorios. Jason se paró a escuchar de nuevo para asegurarse de que procedían de allí. A la izquierda de las escaleras estaba la puerta de espejo que conducía a la habitación de la torre y a la biblioteca.

Jason echó una ojeada hacia abajo, por entre las barras de la barandilla, y vio que Rick se había quedado inmóvil en el piso de abajo mientras lo miraba fijamente, con preocupación. Hizo un gesto con la cabeza para tranquilizarlo. Más lejos, oyó que Julia reía al teléfono.

Tris tras, tris tras, se oía al desconocido detrás de la puerta del cuarto de baño.

Jason respiró hondo y saltó hacia delante aferrando con firmeza el picaporte de bronce.

—¡ASÍ QUE ESTÁS AQUÍ! —gritó abriendo la puerta de par en par.

Al principio no vio ni notó nada raro, salvo que la ventana del baño estaba abierta. Unos segundos más tarde, un enorme ratón de campo se abrió paso por entre los frascos de perfume que la señora Covenant había amontonado sobre el estante del lavabo, saltó al suelo y se escabulló por entre los pies de un aterrorizado Jason.

—¡Arrrggg! —gritó Jason dando un salto hacia atrás.

—¿Qué pasa?! —gritó Rick corriendo en su ayuda escaleras arriba, mientras el ratón se precipitaba escaleras abajo.

—¡Oh, cielos! —exclamó Rick cuando se toparon a medio camino—. ¡Es enorme!

El animal estaba aún más asustado que ellos. Intentó deslizarse a lo largo de las barras de la barandilla, pero se soltó y, dando piruetas en el aire, cayó al suelo de la planta baja con un batacazo sordo, quedando allí tendido más muerto que vivo.

Julia dejó de hablar un momento por teléfono para preguntar:

—¿Chicos? ¡Es enorme! ¡¿Qué es?!

El ratón movió la cabeza, todavía aturdido, y decidió continuar su huida justo por la salita del teléfono.

Un instante después, Julia se puso a gritar.

—Sí, mamá... No, mamá... Claro que no lo he hecho aposta —dijo Jason al teléfono aprovechando las pocas pausas que su madre le dejaba para explicarle lo sucedido—. Que no, que no era una broma tonta... Era un ratón... No sé, no sé qué hacía un ratón en el baño... No, no creo que papá pueda saberlo. Habrá entrado por la ventana. Sí, estaba abierta. No quedaba más remedio. Julia había ido al baño... Lo he encontrado en medio de tus frascos de perfume. No, mamá... Lo sé... No se han roto...

Mientras Jason hablaba por teléfono, Julia y Rick patrullaban el salón con dos largas escobas para asegurarse de que el bicho se había largado. Sus expresiones eran diametralmente opuestas: la de Rick divertida y la de Julia asqueada.

—Ajá, ajá. Muy bien. Vale. Hola, papá. —Jason se puso serio de repente—. ¿De verdad? ¡¿Lo dices DE VERDAD?!

—Levantó la mano derecha en señal de victoria—. O sea, quería decir: ¡Ay, qué pena! ¿lo dices de verdad?

Rick se había quedado parado escoba en mano.

—¡No, no! ¡No hay problema! —continuó Jason—. Nos encargamos nosotros. No aviso a Nestor porque está al otro lado del jardín y si tienes que

esperar a que llegue aquí cojeando, te puedes pasar toda la mañana al teléfono, papá. Pero si llamas a la hora de comer, seguro que está. Yo me encargo. Se lo digo yo. Sí, claro. Vale. Entendido. Por supuesto que no nos moveremos. ¡Adiós, papá!

Clac, hizo el auricular del teléfono, que estaba que echaba humo.

Y entonces, Jason se puso a dar saltos por la habitación.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Bien! ¡Probablemente no puedan venir hoy! Al parecer, la mudanza será más larga de lo previsto... Fantástico: tenemos todo el domingo libre. ¡Podemos conseguirlo, chicos!

Por tercera vez en pocos minutos, apareció entre sus manos el folio con la lista de cosas que hacer.

—¡Vámonos corriendo a ver al doctor Bowen!

—¡No sin antes estar hiperseguros de que el ratón ese se ha largado! —sentenció Julia mientras inspeccionaba con la escoba bajo la alacena.

Cuando salieron, vieron a Nestor rastrillando la grava y cargando hojas y ramas en la carretilla.

—¿Por qué no empleáis el tiempo en algo útil, como ayudarme a limpiar el jardín, eh?

—Perdona, Nestor, pero ¡es una emergencia! —le explicó jadeando Jason—. Mamá y papá han tenido problemas con la mudanza y probablemente no llegarán antes del lunes por la mañana. Nosotros ahora tenemos que irnos. Si suena el teléfono, es para ti. Di que nos hemos ido a la playa.

—Y, sin embargo, ¿adónde pensáis ir? —replicó el jardinero en tono sarcástico.

—A ver al doctor Bowen —contestó Julia, que fue la última en asomarse por la puerta de la cocina, con la escoba en ristre y gesto de satisfacción.

—¿Y cómo pensáis ir?

—En bici —respondió Jason.

—Eso ya lo veremos. —Nestor inclinó la cabeza sobre el rastrillo y siguió con su trabajo.

Julia bajó los escalones y se acercó a Nestor, mientras su hermano y Rick desaparecían en el garaje.

—¿Te duele la espalda?

—Peor estoy de moral —le respondió Nestor con un repentino destello de vitalidad en los ojos. Era obvio que estaba de pésimo humor y que seguía

pensando en lo que había pasado la tarde anterior—. Hace tan solo unos años, las cosas habrían ido de otra manera. En todos los sentidos, puedes creerme.

—Pero si has estado fenomenal —lo consoló Julia plantándole un sonoro beso en la mejilla—. No tendrías que estar tan enfadado.

Nestor se apoyó en el rastrillo.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo tendría que estar? ¿Contento?

Del garaje llegó un ruido de chatarra, seguido de un lamento.

—¡NO! —gritó Rick primero—. ¡Raaayos!

—¡Nooo! —le hizo eco Jason.

Julia miró hacia el garaje; mientras, Nestor se puso a rastrillar de nuevo, como si nada.

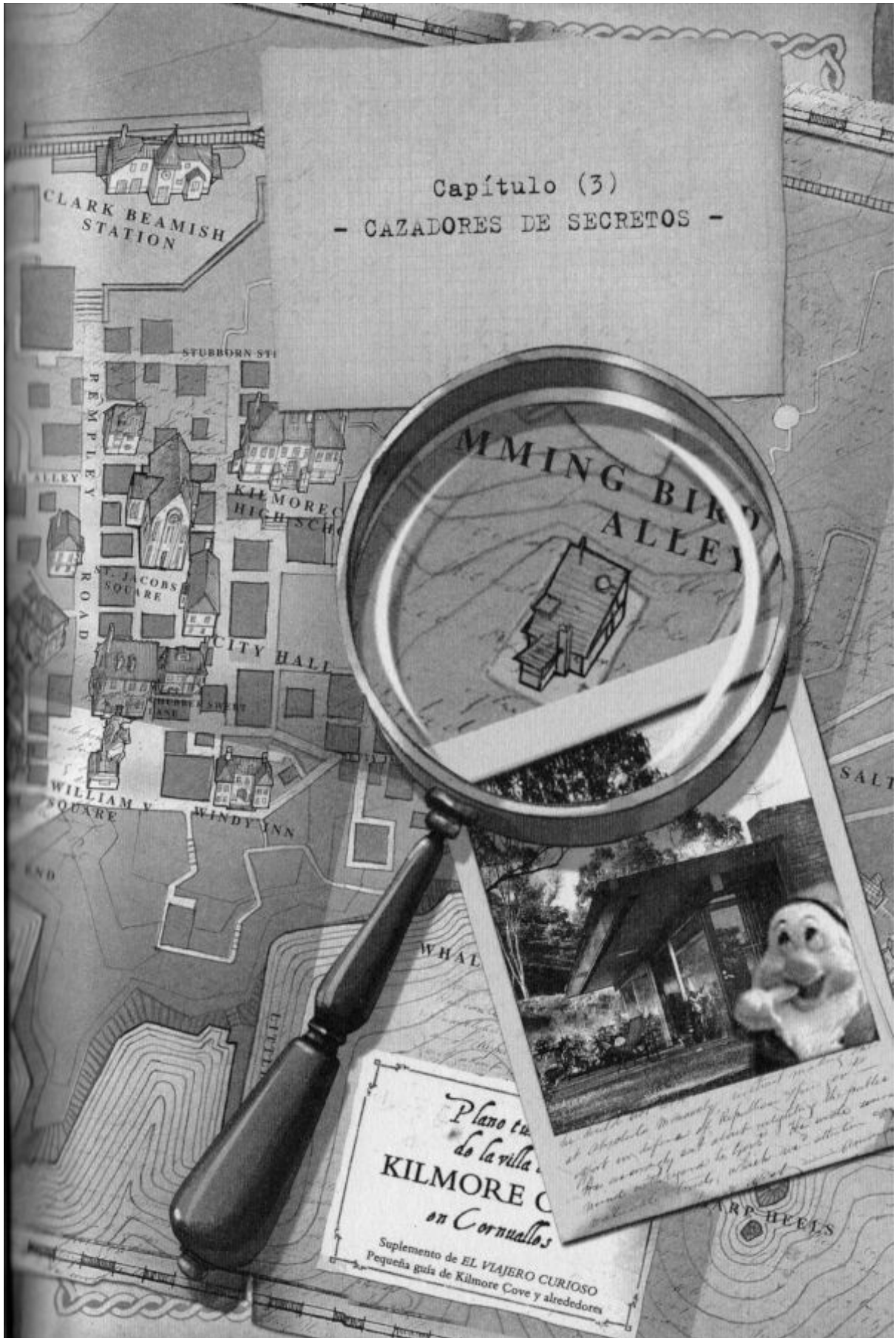
Rick y Jason salieron empujando sendas bicicletas.

—¿Quién ha sido? —preguntó Rick con la voz casi rota por el llanto. Su bicicleta tenía el manillar torcido y la cadena hecha un colgajo.

Julia suspiró intuyendo al vuelo lo que había pasado. Después les contó a los chicos lo que sucedió la tarde anterior, cuando Manfred merodeaba por el jardín rompiendo todo lo que estaba a su alcance para desahogar su rabia.

—Nestor y yo no pudimos hacer nada. Estábamos demasiado asustados... —se justificó—. Lo observamos todo desde allí arriba, desde aquella ventana...

Cuando se dio media vuelta para mirar Villa Argo y señalar la ventana, por un instante le pareció ver a un hombre que la observaba desde detrás de la claraboya del desván.



Capítulo (3)
- CAZADORES DE SECRETOS -

Plano de la villa de
KILMORE
en Cornwall
Suplemento de EL VIAJERO CURIOSO
Pequeña guía de Kilmore Cove y alrededores

Rick tumbó la bici en la grava, como si esta fuera un paciente al que había que operar. En torno a ella había esparcido todo el muestrario de herramientas que Nestor le había dejado: destornilladores, martillos, pinzas y tenazas.

—Hum... —sentenció Rick tras examinar al paciente desde distintos ángulos—. Peor de lo que pensaba.

—¿Es muy grave? —se informó Julia.

Los dos Covenant estaban de pie detrás de su amigo, impotentes. El sentido práctico de Jason terminaba allí donde terminaban los conocimientos que adquiría leyendo cómics, mientras que Julia no se había preocupado del funcionamiento de una bicicleta.

Rick agarró la cadena e intentó meterla en el piñón.

—Yo diría que sí: podría tardar una hora o más.

Jason asintió con tristeza. Aquel contratiempo cambiaba radicalmente sus planes.

—¿Te podemos ayudar en algo?

—En este momento, no. Pero después podríais ayudarme con las otras... —Indicó las dos viejas bicicletas de los señores Moore que Nestor les había dado la tarde anterior—. Esas tienen solo un pequeño problema en el cuadro. Pero para enderezarlo hacen falta por lo menos tres personas.

Jason empezó a rebuscar en los bolsillos.

—¿Dónde he puesto la hoja con la lista de cosas que hacer?

Dio la vuelta a los bolsillos uno a uno, pero la hoja parecía haber desaparecido, como si alguien la hubiera robado. Julia juzgó oportuno no comentar el patético intento de su hermano por recordar dónde la había metido.

Nestor, a poca distancia de ellos, volcó la carretilla llena de hojas y ramas secas y se agachó con aire cansado para encender una hoguera.

Rick eligió un destornillador con el que se dispuso a fijar la cadena en los dientes del piñón.

—Como decía mi padre: «Cuando no sepas por dónde empezar, empieza por donde te plazca».

Las marchas lanzaron un terrible gemido, pero Rick no se desanimó.

—Esperemos que tu padre tuviera razón... —masculló Jason.

Villa Argo se erguía sobre ellos con las persianas abiertas y las habitaciones repletas de muebles y objetos variopintos.

—Mientras tú estás aquí atareado con las bicicletas, Julia y yo aprovecharemos para explorar las habitaciones de la casa que todavía nos faltan.

—¿Las bicicletas? —gruñó Rick—. Que quede bien claro: yo arreglo mi bicicleta y después vosotros me ayudáis con las vuestras.

—De acuerdo —asintió Jason—. Pero mientras tanto inspeccionaremos las habitaciones una por una, a ver si encontramos alguna otra pista que nos pueda ayudar. ¿Vamos, hermanita?

A Julia no le apetecía demasiado volver a entrar. Todavía estaba nerviosa por el hombre que le parecía haber vislumbrado asomado a la claraboya del desván. Por primera vez desde que había llegado a Kilmore Cove, la idea de explorar la casa le dio miedo.

Estuvo a punto de contestar que prefería quedarse ayudando a Rick, aunque pronto se impuso la razón: el loco era Jason, Jason era el que leía cómics y veía fantasmas detrás de las puertas. En realidad, se repitió, no había visto a nadie. La claraboya del desván estaba muy alta, así que cualquier sombra, cualquier juego de luces, cualquier haz de luz podría dar la sensación de que allí detrás había alguien espíándolos.

—El caso es que llevaba sombrero —pensó Julia en voz alta.

—¿Quién llevaba sombrero? —preguntó Jason.

—¿Me podéis pasar la llave número cinco? —pidió Rick con la lengua entre los dientes y las manos embadurnadas de aceite.

Los dos gemelos entraron en la cocina y, desde allí, pasaron al comedor. Jason apartó las cortinas de flores y observó los cuadros colgados en las paredes. Cuatro estampas decimonónicas con escenas del Antiguo Testamento. Abrió una vieja estufa de leña: vacía. En los cajones del único mueble había solo manteles y servilletas.

—Yo diría que aquí no hay ningún secreto.

Julia confirmó:

—¿Es que lo que estamos buscando es algo secreto?

—Naturalmente.

Jason repitió la misma inspección en el salón contiguo. Metió la cabeza dentro de la chimenea, movió algunas pilas de libros y miró bajo la figura de un galgo de carreras, negro como la noche. Al final aceptó a regañadientes que tampoco en aquella habitación había secretos.

Julia lo confirmó a su vez. Después repitió:

—En tu opinión, ¿qué es lo que tenemos que buscar?

—Algún detalle que se nos haya podido escapar —reflexionó Jason—. Algo que desentone. Algo que no encaje. Cualquier prueba que nos permita entender algo más sobre los viajes del antiguo propietario, sobre la puerta o sobre el papel que desempeña Oblivia en toda esta historia.

Mientras pasaban revista a un segundo comedor y a la salita donde estaba el teléfono, Julia relató de nuevo a su hermano todo lo que Nestor le había dicho sobre los viajes de Ulysses Moore y su mujer.

—Ha dicho que Oblivia Newton fue un error. Un terrible error. Pero no creo que sepa nada más.

Entraron en la habitación de piedra y se detuvieron ante la Puerta del Tiempo.

—Si buscas un secreto, está allí. Seguro —dijo Julia conteniendo un escalofrío.

Jason se puso en cuclillas y recogió con la punta de los dedos algunos granos de arena.

—Sirven para recordarnos que no estamos locos... —susurró mientras se los enseñaba a Julia. Después añadió—: ¿Tienes las llaves?

Julia asintió con la cabeza.

—¿Qué quieres hacer?

Jason le dijo que se las diera.

—Nestor dice que la puerta solo puede abrirse si quien ha entrado ha regresado...

—O si quien ha entrado no puede regresar.

Jason metió la primera llave en la cerradura de arriba: el aligátor.

—Me pregunto si habría podido regresar otra persona en mi lugar o en lugar de Rick.

Metió la segunda y la tercera llave: bisbita, rana.

—Jason, ¿será prudente?

—¿El qué?

Por fin introdujo la última llave: el erizo.

—Abrir de nuevo esa puerta.

Clac clac, clac clac, hizo la cerradura. La Puerta del Tiempo se abrió de par en par.

Jason y Julia permanecieron inmóviles en el umbral. Más allá estaba la habitación circular en torno a la cual giraba la inscripción palíndroma.

Aguzando la vista, se podían ver las tres salidas con los corredores que llevaban abajo, entre ellos el que conducía a la rampa y a la gruta subterránea en la cual descansaba la *Metis*.

—Manfred llevaba una llave parecida a las nuestras —dijo de repente Julia.

Cogió las llaves a su hermano y las acarició.

—Pero no pude verlas bien. Llovía, y estaba tan asustada...

—Una llave —murmuró Jason—. ¿Quería entrar en Villa Argo para usarla?

—Eso parecía —confirmó Julia.

—¿Y Nestor?

—Me dijo que era una copia de la llave de Villa Argo.

Jason asintió. Tenía sentido: Manfred entra en la casa del jardinero, roba la llave para abrir Villa Argo e intentar entrar en ella.

—¿Y tú le crees?

—Sí.

—Ayer me pareció que no te fiabas mucho de él.

—¡Tú no estabas aquí, Jason! Nestor arriesgó su vida para defender la casa. Manfred estaba hecho una furia, era peligroso... Nestor tiene mal genio, pero es buena persona. Y, hasta ahora, todo lo que nos ha dicho es verdad.

—Entonces también debe de ser cierto que Ulysses Moore ya no está aquí —suspiró Jason—. Tenemos que buscarlo, Julia. Ahora no disponemos de pistas. Sin el mapa nos hemos quedado sin pistas, como si el vínculo entre el antiguo dueño y nosotros se hubiera roto bruscamente. —Escrutó la oscuridad de la habitación circular. Después exclamó—: ¡Quién sabe si la nave habrá vuelto al embarcadero! ¡Y si las luciérnagas siguen aún dando vueltas por la gruta!

Julia lo interrumpió antes de que continuara:

—Quieto ahí. Si atravesamos el umbral, tendremos que volver a subir a bordo de la *Metis*.

—¿Por qué estás tan segura?

—Me lo ha explicado Nestor —mintió Julia, que no quería que Jason se aventurara de nuevo en la gruta—. Si entras, tienes que llegar hasta el final.

Jason pasó la puntera del zapato por el umbral de la puerta y comentó:

—O sea, que este es el límite del pasaje que conduce a través del tiempo. Basta un solo paso más y...

Julia se apoyó en la Puerta del Tiempo, la cerró suavemente delante de su hermano y dijo:

—Ahora no. Tenemos cosas que hacer en Kilmore Cove.

Mientras subían al primer piso, iban examinando atentamente los retratos de los antiguos dueños que colgaban de las paredes sujetos por pequeñas cadenas. Una vez en lo alto de la escalera, en lugar de entrar directamente en la torre, decidieron echar una ojeada a la biblioteca.

A pesar de que las persianas estaban levantadas hasta arriba, la habitación se hallaba sumida en una especie de luz crepuscular. Quizá la sensación de opresión se debía a las estanterías y al fresco del techo. Y, sin embargo, a través de una de las ventanas podían contemplarse las copas de los árboles del jardín, mientras que por la otra se dominaba el porche de grava y la verja de entrada.

La sensación de que la habitación estaba demasiado recargada se debía a las paredes recubiertas de estanterías de madera oscura, algunas de ellas cerradas con una rejilla de bronce. Los libros estaban clasificados por temas, grabados en placas también de bronce.

En el centro de la habitación oscilaba una lámpara, de bronce también, con forma de garza, que iluminaba una mesa baja de cristal y un sofá de piel de búfalo. Completaban la decoración un par de butaquitas giratorias y un piano vertical.

Mientras Julia contemplaba fascinada los antiguos libros dorados de las estanterías que contenían los volúmenes más valiosos, Jason levantó la tapa de madera del piano y tocó algunas teclas al azar, lo que produjo un sonido estridente que les asustó a los dos.

—¡No vuelvas a hacerlo! —se lamentó bromeando su hermana.

—¡A sus órdenes! —respondió él obedeciendo al instante. En la estantería que tenía la placa «Paleografía» había un vistoso espacio vacío en el lugar de donde los chicos habían cogido el *Diccionario de las lenguas olvidadas*.

—Para entender la historia de este lugar —sugirió Jason—, tendríamos que conocer a fondo la historia de su último dueño.

—Nestor me ha dicho que en esta habitación hay un árbol genealógico de la familia Moore —dijo Julia—, pero yo no veo nada.

Buscaron entre las estanterías, teniendo en mente un libro voluminoso y polvoriento, pero tras buscar un rato en vano decidieron abrir la rejilla de bronce que protegía una colección de pequeños libros encuadernados en piel negra. En el lomo de cada uno de ellos estaban grabados unos números dorados.

—Podrían ser estos... —sugirió Julia, que acababa de coger el que parecía más nuevo.

En la cubierta no había nada escrito.

En el interior, tras unas cuantas páginas en blanco, aparecía un estilizado dibujo de un árbol genealógico, seguido inmediatamente de una fotografía en blanco y negro de un hombre con mirada severa, unas descomunales patillas canas, uniforme militar británico, y en el fondo aparecía un colmillo de elefante.

Según el pie de foto, era Mercury Malcom Moore, y las fechas de nacimiento y fallecimiento se remontaban a principios del siglo pasado.

Después de la foto, aparecían agrupados cartas y documentos de todo tipo para que no se perdieran, si bien estaban separados cada uno por papel de seda, como el que se usa para conservar mejor las fotografías. Había cartas con viejos timbres postales, antiguos sellos y escrituras exóticas.

—Yo diría que este tal Mercury vivía en la India o tal vez... —observó Julia pasando rápidamente las páginas.

Después de Mercury Malcom Moore y de su correspondencia, aparecían las fotos de Thomas y Annabelle Moore, vestidos con traje de caza. También en ese caso habían conservado toda una serie de fotos, cartas y documentos de todo tipo.

Jason cogió a su vez otro librito negro de la estantería y empezó a hojearlo.

Encontró otros nombres y documentos, encuadernados y clasificados metódicamente.

Los gemelos se sentaron en el sofá para poder leer mejor.

—Quién sabe cuánto tiempo han tardado en ordenar todas estas cosas... —murmuró Jason.

Luego cerró el libro y añadió:

—¡Pero esto no es un árbol genealógico propiamente dicho! Es más bien una recopilación de escritos y cartas de los antepasados de la familia.

—¿Estás seguro? —lo interrumpió Julia—. ¡Pues mira para arriba!

Jason miró hacia el fresco del techo de la biblioteca.

Cinco grandes medallones unidos entre sí por las ramas de un gran árbol pintado al fresco. En las ramas podían verse los animales y frutos más extraños, cada uno de ellos acompañado de un nombre.

—¡Esto sí que es un árbol genealógico! ¡Y menudo árbol! —exclamó Jason nada más darse cuenta de lo que era—. Cantarellus Moore... Tiberius y Adriana Moore... Xavier Moore...

Los dos hermanos empezaron a leer los nombres que, rama tras rama, ascendían hasta alcanzar la más alta de todas, que se bifurcaba en dos: dos gaviotas blancas llamadas Ulysses y Penelope, los últimos representantes de la estirpe.

—¡Increíble! —exclamó Julia observando boquiabierta los animales que poblaban aquel extraño árbol.

—No consigo entender cómo no lo hemos visto antes... —susurró Jason.

—Porque nunca antes habíamos levantado la nariz.

Julia y Jason encontraron rápidamente en el árbol genealógico los nombres de las personas fotografiadas en los libros encuadernados en piel negra y descubrieron que el fresco del árbol podía utilizarse como un gran índice para consultar los pequeños tomos.

—¡Mira! —exclamó de repente Jason fijándose en las raíces que se hundían en uno de los medallones.

—El árbol genealógico de los Moore, ¡nace del caparazón de tres tortugas! Otra vez ese símbolo...

—¿«Otra vez»?

—Es el símbolo que hay en la puerta de la gruta del acantilado. Y estaba también en la Tierra de Punt, en la Cámara que no existe, a los pies de las estatuas de los Fundadores.

Jason miró totalmente absorto el fresco del techo. Después observó mejor los otros medallones: dentro estaban representados los animales de las cuatro llaves de la Puerta del Tiempo.

—¡Por fin una pista!

Julia también lo creía así, pero no era capaz de imaginar hasta dónde los conduciría.

Jason reconoció en el fresco la silueta de la *Metis* y de otra embarcación parecida a un velero. De repente se acordó de las maquetas de madera de la habitación de la torre, dio media vuelta y salió de la biblioteca.

Abrió la puerta de espejo y entró en la habitación desde la cual se divisaba todo Kilmore Cove.

La torre estaba tal como la había dejado Nestor la tarde anterior. El viejo jardinero había conseguido cerrar la ventana rota, pero, aun así, seguía entrando aire. Había diarios y cuadernos apilados en el suelo, y las maquetas de los barcos estaban encima del arca.

Jason cogió entre las manos la del *Ojo de Nefertiti*, pensando en el Gran Maestro Escriba que la había construido, y luego pasó a examinar las otras:

una piragua, una góndola, un pequeño velero, un galeón... ¿Por qué algunas de esas embarcaciones estaban representadas en el árbol genealógico?

Julia, que había ido a donde estaba su hermano, se puso a pasar revista a las ventanas. Rick la vio desde abajo, desde el porche; levantó el brazo para saludarla y la llamó:

—¡Ya he acabado con la mía! ¿Venís a echarme una mano con las otras?

La chica asintió, y llamó a su hermano.

—Rick ya casi ha acabado.

Jason sacudió la cabeza.

—Quizá me haya equivocado. Quizá en Villa Argo hayamos descubierto todo lo que había que descubrir.

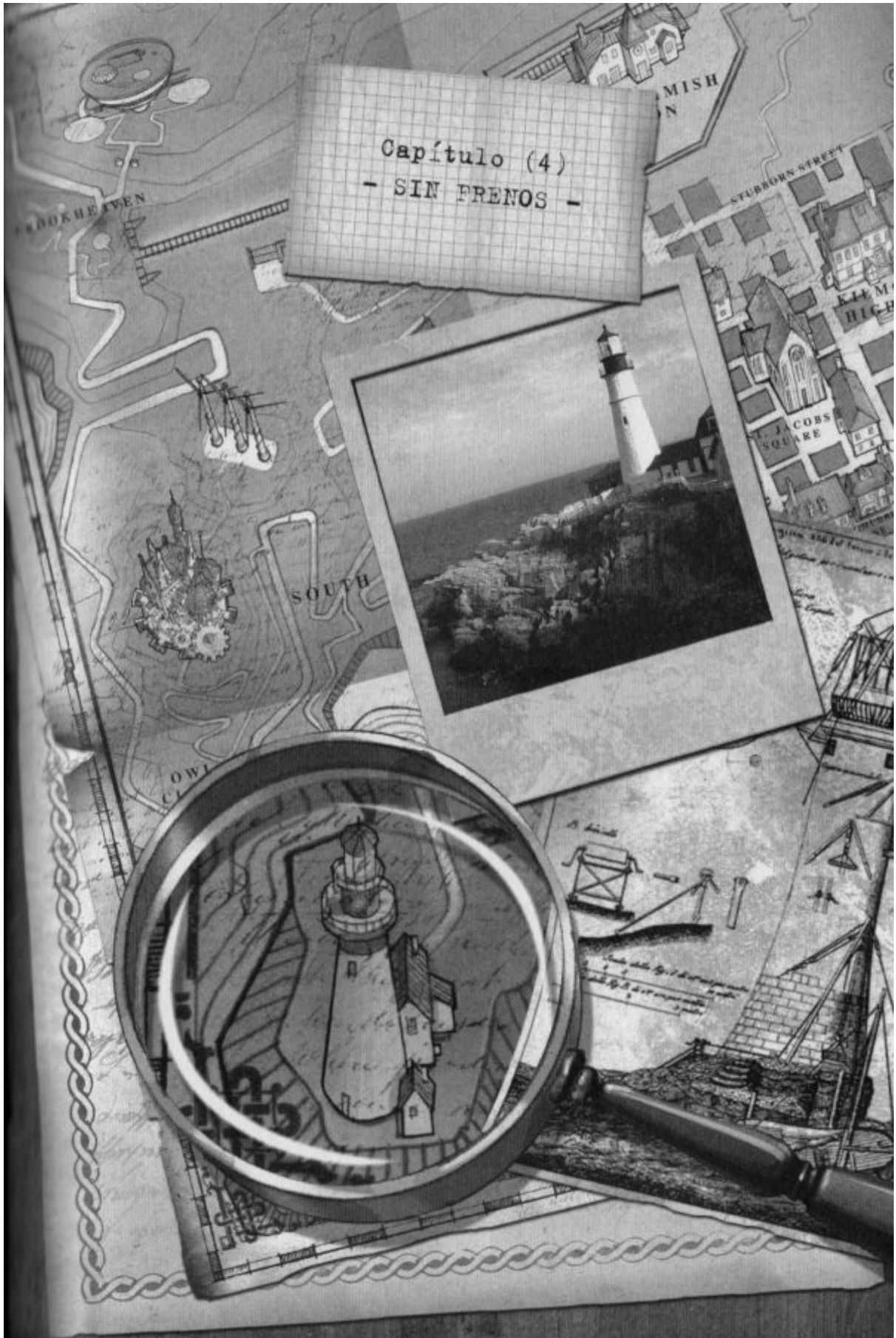
Julia se sorprendió. Precisamente en el momento en que la historia de la casa empezaba a fascinarla más y más...

—Viniendo de ti, suena raro. Todavía hay centenares de libros que leer y todos esos diarios y cuadernos...

—No tenemos tiempo de leerlos todos.

—Y entonces, ¿qué quieres hacer?

—¡Pedalear!



El sol lucía alto en el cielo y ya estaban casi arregladas dos de las bicicletas. De la bahía de Kilmore Cove llegaban risas dominicales traídas por la brisa, y las gaviotas estaban en lo alto de los escollos del acantilado disfrutando del viento.

Los chicos, bajo la mirada severa de Nestor, que refunfuñaba empujando arriba y abajo la carretilla, repararon en último lugar la bicicleta de la señora Moore, que solo tenía la horquilla delantera torcida. Cuando la rueda empezó a girar, Rick diagnosticó que estaba completamente reparada.

Realizaron unas pruebas en el porche: los frenos no funcionaban bien, pero Jason aceptó conducirla de todos modos. Y se montaron todos en sus respectivas bicis.

—¡Nestor! —gritó Jason—. ¡Nosotros nos vamos!

—¡Ni soñarlo! No os dejaré salir de aquí con semejantes trastos.

El jardinero apoyó la carretilla extenuado. Tenía los ojos cada vez más brillantes y jadeaba entre tos y tos.

—No tendrías que trabajar tanto —le recordó Julia.

—No tengo a nadie que me ayude...

—¡Es domingo!

—Explícaselo a los árboles y a la hierba que crece.

—¿Tú sabes dónde vive el doctor Bowen?

—No.

—¿Y Oblivia Newton?

—Tampoco.

—Pero ¿no has dicho que conocías a todo el mundo de Kilmore Cove?

—No, no lo he dicho —tosió Nestor dándoles la espalda.

Rick suspiró, dejó la bicicleta en el suelo y entró en Villa Argo. Al cabo de unos minutos volvió a salir y se encontró con que Julia y Jason habían abandonado sus bicis para intentar sonsacar alguna información al jardinero.

—El doctor Bowen vive cerca de aquí —dijo Rick—. En una casa de campo de Humming Bird Alley. Al final de Salton Cliff, a la derecha.

Nestor pataleó exasperado.

—¿Y cómo lo has descubierto?

—He llamado por teléfono a mi madre.

—¡Ah, la tecnología! Imposible ocultar nada... —se lamentó el jardinero.

—¿Y por qué querías ocultarnos la dirección del doctor Bowen?

Nestor permaneció en silencio unos instantes, como si estuviera buscando la respuesta más conveniente. Luego gruñó rabioso:

—Ni se os ocurra, ¿está claro? No me hace falta ningún medicamento.

—¡Ahora lo entiendo! —se burló Jason—. Eso lo decidirá el doctor...

Se montó en la bicicleta de la señora Moore y se dirigió hacia la verja de entrada, seguido a corta distancia por los otros dos chicos.

—¡NI SE OS OCURRA! —gritó Nestor—. YO NO HE TOMADO NUNCA...

Tosió un par de veces y se quedó doblado en dos.

Cuando consiguió levantar la vista, los chicos ya habían desaparecido.

—¡AAAAAAH! ¡OOOOOOH! —gritó Jason mientras se lanzaba como una flecha por el camino de Salton Cliff adelantando a los otros dos chicos—. ¡NOOO PUUUEDO FREEENAAAR!

Julia, que sí podía regular a la perfección la velocidad de su pesadísima y chirriante bicicleta, no pudo evitar echar a reírse. Rick, que conocía bien los peligros del camino, intentó alcanzar a Jason, gritándole desde atrás que intentara frenar con los pies.

—¡SI LO INTEENTO ME ROOOMPO LAS PIEEERNAS! —respondió Jason, que trataba de zigzaguear a derecha e izquierda para reducir la velocidad.

Trazó la primera curva como un rayo.

El camino discurría negro y seco bajo las ruedas. Rick notaba algo extraño en su bicicleta: el manillar vibraba más de lo normal y tenía la sensación de que la rueda delantera podía salirse en cualquier momento.

Cuando giró la curva, Jason había llegado ya a la segunda: se abrió para cerrarle el paso y desapareció gritando más allá del recodo de la curva. Por suerte para él, no venía ningún automóvil en sentido contrario.

Rick se aseguró de que la bicicleta de Julia funcionaba bien; luego le hizo señas para indicarle que iba a intentar llegar hasta donde se encontraba Jason.

Se apoyó sobre el manillar y se fue. El acantilado empezaba a alejarse tras él, blanco y silencioso, mientras las casas de Kilmore Cove se iban acercando más allá de las curvas.

Cuando superó la segunda curva, vio que Jason estaba ya en la tercera. Su velocidad era ahora la de un ciclista de carreras y el eco de su grito era una mezcla de entusiasmo y absoluto miedo.

Rick apretó los dientes, francamente preocupado ante la idea de acelerar aún más. Y, aun así, lo hizo, y el aire hinchó por completo su camiseta.

Al ver a Jason cortar a ciegas la tercera curva, cerró por un instante los ojos. Cuando volvió a abrirlos, estaba pasando como una flecha cerca de la

curva, el aire hacía tambalear la bici, se veía una pradera de hierba a la derecha y el mar en el lado opuesto. Decidió ir más despacio, haciendo chirriar los frenos y dejando que Julia lo alcanzase. Levantó la mano del manillar y le gritó:

—La casa del doctor Bowen está justo detrás de aquella curva: Humming Bird Alley, ¡ahí mismo, a la derecha!

Julia asintió agarrando fuerte el manillar.

—¡Esperemos que Jason la haya visto!

Rick y Julia cogieron la tercera curva y, en cuanto giraron, vieron surgir la bicicleta de Jason de una acequia con las ruedas por los aires.

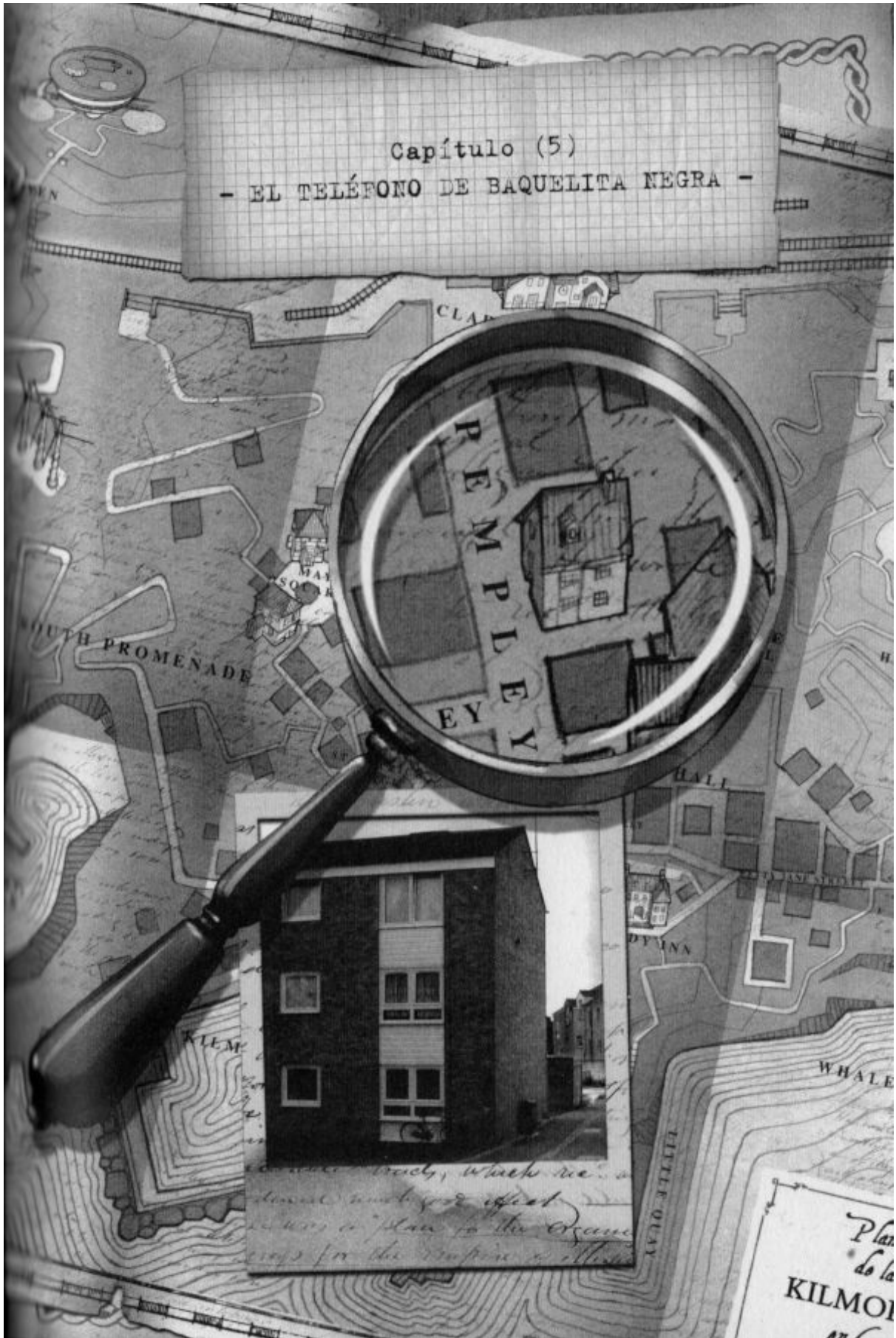
—¡Oh, no! —exclamó Rick saltando rápidamente del sillín.

La rueda trasera de Jason giraba aún furiosamente, mientras el resto de la bicicleta se había convertido ya en un amasijo de hierro. Jason se hallaba un poco más adelante acurrucado en la hierba.

—¡JASON! ¡¿QUÉ HAS HECHO?! —gritó desesperada su hermana mientras arrojaba la bici al suelo para correr junto a él.

Jason dio un brinco. Después se dio media vuelta.

—¡He frenado! —exclamó, sonriendo. Tenía los pantalones y la camiseta manchados de hierba, si bien parecía estar totalmente ileso, a pesar del golpe. Es más: les indicó la valla contra la cual se había estrellado. Era de madera pintada de azul celeste y estaba coronada con un motivo floral con una gran «B»—. Y esta debe de ser la casa del doctor Bowen.



Nestor esperó a que los chicos se hubieran alejado para abandonar la carretilla en medio del porche y entrar en la casa. Una vez dentro, cerró la puerta con llave, corrió la cortina de la ventana y se acercó al teléfono de baquelita negra. Odiaba aquel aparato, así como odiaba cualquier aparato conectado a un hilo que después se hundía quién sabía dónde bajo tierra.

Pero había llegado el momento de realizar una llamada. La situación estaba a punto de estallar. Y cada vez era más probable que se hubiera equivocado.

Después de escuchar la historia de Jason y Rick y de cómo esa bruja de Oblivia se había adueñado del mapa, no había sido capaz de quitarse de la cabeza la idea de haber cometido un terrible error. Y de no poder hacer nada por remediarlo.

Había muchos detalles que no encajaban en la historia de los chicos. Por ejemplo, ¿por qué el mapa no estaba en su sitio? ¿Quién lo había llevado a la Cámara que no existe? ¿Y por qué el pasaje de la Puerta del Tiempo estaba sellado con un muro?

Nadie le había comunicado nada.

Él no sabía nada.

Obviamente, solo había una respuesta: Oblivia.

Pero, por lo que habían contado Jason y Rick, parecía que la misma Oblivia se había quedado extrañada al descubrir que el nicho de los Cuatro Bastos estaba vacío. ¿Entonces?

Entonces, las cosas no encajaban. Algo había cambiado. Y nadie le había avisado.

—Yo llamo —dijo en voz alta, como si pidiera permiso a alguien.

Acarició el teléfono. No se decidía entre quedarse de pie o sentarse. Sentía un hormigueo en los dedos, como le ocurría siempre en los momentos de tensión. Al final, cogió el auricular y marcó un número distinto del que tenía pensado.

—Mudanzas Homer & Homer —respondió la voz de una secretaria.

—¿Podría hablar con el dueño, por favor?

—No está. En este momento está ocupado en una...

—Dígale que su hermano está al teléfono.

—Un momento —se rindió la secretaria.

Al cabo unos minutos de musiquita irritante, Homer contestó al teléfono.

—Hola, hermano.

—Hola. ¿No hay forma de hablar contigo sin tener que hablar antes con la secretaria?

—Su misión es filtrar las llamadas. Dime, o espera, mejor te digo yo: los Covenant están furiosos. Si seguimos así, nos quitan el encargo y se dirigen a otra agencia de transportes.

—Pues no sigas así, pero entreténles todavía mañana en Londres.

—No sé si lo lograré...

—Te doy trescientas esterlinas más.

—Trato hecho.

—Si ves que quieren volver, llámame, ¿entendido?

—Entendido. Tú mandas.

—¡No me digas eso!

—Como quieras, hermano.

—¡Ni tampoco eso!

Nestor le colgó el teléfono. Ese hombre resultaba irritante, pero lo suficientemente listo para entender cuándo no era momento de hacer demasiadas preguntas. Por otro lado, ¿por qué motivo alguien habría pagado a una empresa de mudanzas para que hiciera su trabajo lo más lentamente posible?

Nestor dio vueltas por la sala, y después volvió a la carga con el teléfono. Levantó el auricular y empezó a marcar el número. Lo recordaba perfectamente. A pesar de todo el tiempo que había transcurrido.

La línea estaba libre.

—No me oírás —murmuró el viejo jardinero tamborileando con los dedos sobre el escritorio. Corrió la cortina para mirar hacia fuera y luego volvió a correrla.

Cuando estaba a punto de colgar, una voz masculina, grave y cavernosa, le respondió al otro lado:

—¿Qué sucede?

—Hola, Leonard —dijo Nestor balanceándose sobre sus piernas.

Al otro lado del teléfono se hizo un largo silencio.

—Hace tiempo que no llamo —prosiguió el jardinero.

—Ni que lo digas —respondió Leonard Minaxo, el guardián del faro de Kilmore Cove—. ¿Y por qué lo haces ahora? —Las llaves están aquí otra vez.

De nuevo, un largo silencio.

—¿Cuántas?

—Cuatro más una. Quizá más dos.

—¿Quién las ha vuelto a poner en juego?

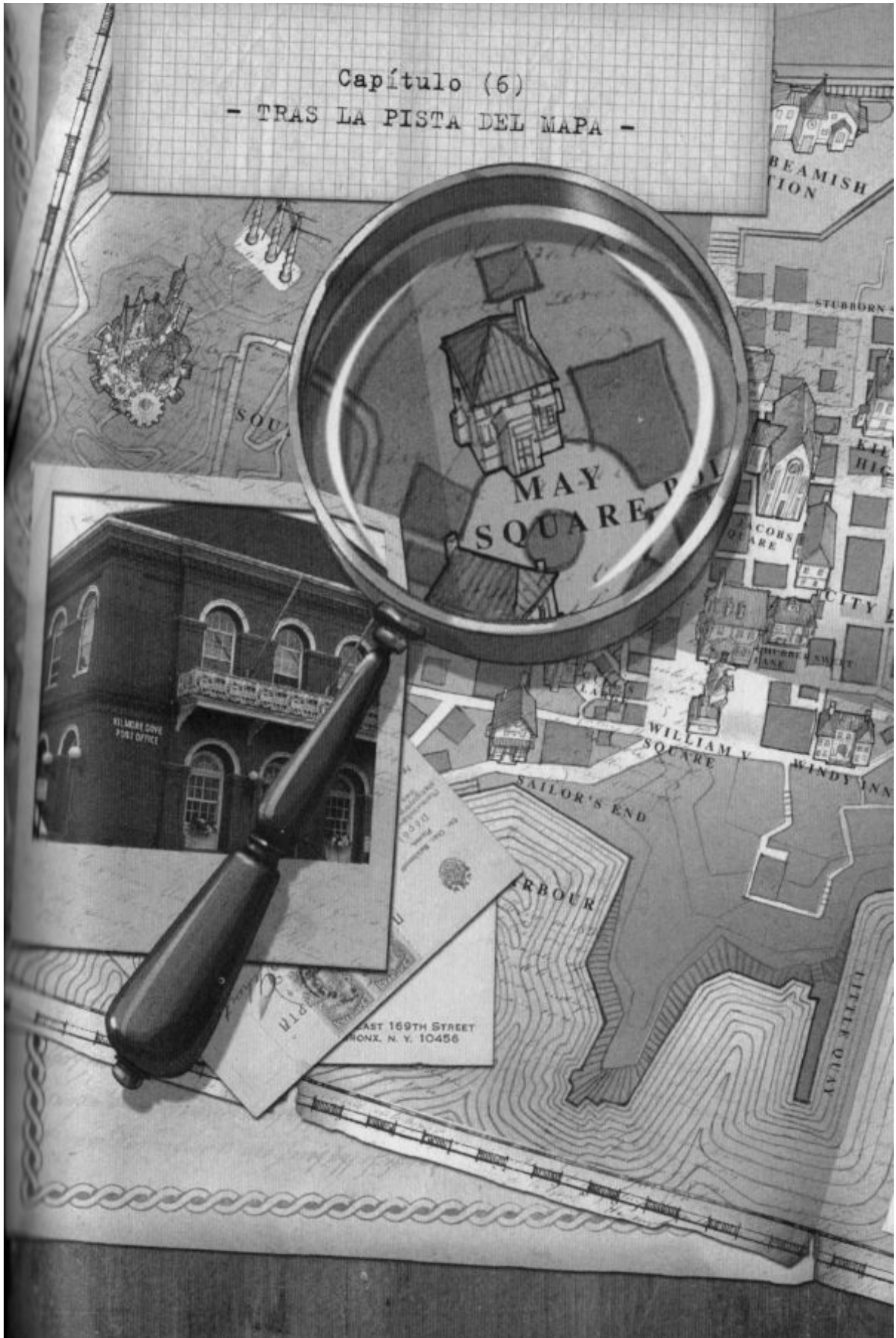
—No lo sé. Pero están de nuevo en Kilmore Cove.

—¿Quién las tiene?

—Tres chicos. Y una ladrona.

—Y los chicos, ¿de qué parte están?

—Lo están descubriendo.



Capítulo (6)
- TRAS LA PISTA DEL MAPA -

Una vivaracha voz femenina respondió al portero automático. Cuando los tres chicos le dijeron que querían hablar con el doctor Bowen, un *bzzz* eléctrico les dejó entrar a un ordenado sendero de guijarros blancos.

—Es una de esas familias de enanitos —observó Julia con desconfianza cuando notó que en el jardín de la casa del doctor un gran número de enanitos de escayola la miraban de soslayo. Y, además, había un columpio con borlas en las cuerdas, un pozo redondo con el cubo atado a una cadena y una carretilla de madera de adorno hasta los topes de hierbaluisa.

—Eh, eh, chicos, ¡por aquí! —gorjeó desde la puerta de entrada la misma voz vivaracha que había contestado al portero automático.

El sendero de guijarros blanquísimos se transformó en un ordenado camino de baldosas de cerámica rectangulares. La puerta se entreabrió con un delicado sonido de *chimes* orientales, esos bastoncillos de madera que suenan cada vez que el aire los mueve y los hace vibrar, y por ella asomó una mujer pálida y consumida, con una mata de pelo en perfecto orden que parecía un casco de astronauta. Tenía en la mano dos pares de patucos azules y, en cuanto vio a los chicos, exclamó:

—¡Oh! —Y entró de nuevo para procurarse un tercer par.

Jason y Rick dieron un imperceptible paso atrás y cedieron a Julia el honor de presentarse.

—Buenos días, señora —comenzó diciendo Julia—, perdone las molestias. Estábamos buscando a su marido para...

—No es ninguna molestia, queridos... —respondió la mujer con tono animado—. Solo una cosa: ¿os importaría ponerlos los patucos para entrar en casa? Acabo de encerar todo el suelo.

—¡En absoluto!

La señora Bowen se quedó allí para asegurarse de que los chicos se quitaban las deportivas para ponerse los patucos de paño.

—¿Qué te ha pasado, hijo? —preguntó en tono preocupado al ver a Jason. O mejor dicho, al ver sus pantalones y su camiseta de color verde hierba.

Jason se lo explicó con todo tipo de detalles. La señora Bowen sacudió la cabeza desconsolada y exclamó:

—¡Oh! ¡Espera un momento, cielo!

Y volvió a entrar en casa.

—Parece una seta —dijo Jason a Rick, ganándose un buen codazo en las costillas.

—Debe de ser una maniática de la limpieza —murmuró Julia, que ya había logrado echar una ojeada dentro de la casa—. Desde aquí puedo mirarme en el suelo como si fuera un espejo.

La señora Bowen volvió a aparecer con un albornoz de algodón blanco y se lo ofreció a Jason.

—Si tienes que sentarte, te ruego que te pongas esto primero.

El chico cogió el albornoz y se lo puso como si fuera un apestado; después siguió a los otros y entró en la casa de campo de la familia Bowen, refunfuñando:

—Y de todas formas no me he hecho daño alguno al caer... y gracias por su interés...

El interior de la casa estaba tan blanco y tan limpio que deslumbraba a la vista. Los chicos, que ya se habían acostumbrado a las habitaciones de Villa Argo, a sus techos de piedra, de ladrillo o pintados con frescos, se quedaron sorprendidos al ver esas paredes clínicamente perfectas y esos suelos de parquet resplandeciente.

Había poquísimos muebles y todos aparentemente fuera de lugar. Las sillas eran de estilo rústico, con flores talladas, como las de una casa de montaña; las mesas eran bruñidas placas de cristal y aluminio, como las de las clínicas veterinarias. En lugar de las lámparas de Villa Argo, o de lámparas de vidrio oscuro o de bronce, allí solo había fríos focos blancos, que asomaban como pequeños extraterrestres de los rincones del techo.

El doctor Bowen estaba en el salón, arrellanado en un sillón tirolés leyendo la sección de chistes de una revista de crucigramas. Era un señor de mediana edad, con la mirada resignada de los niños que nunca han podido ir a jugar en el barro con los amigos.

O al menos eso es lo que pensó Jason.

—Buenos días, muchachos —les saludó con tono afable—. ¿Qué viento os trae por aquí?

La señora Bowen resumió el asunto detalladamente, sin darles la oportunidad de abrir la boca. Después los miró como si se esperara que le hicieran un cumplido, por lo bien que lo había hecho.

—¿Y la bicicleta se ha roto? —preguntó el doctor con un destello de interés en la mirada.

—Está en la acequia de aquí delante.

—Está para tirar.

—Vaya, qué pena.

—De todos modos, ¡no me he hecho daño! —recordó a todos Jason.

—Ya lo veo, ya. Edna —llamó el doctor—, en el garaje, ¿no tenemos todavía la bicicleta que usaba la niña?

La mirada de Edna se llenó de ansiedad.

—Claro. La empaqueté para conservarla bien.

—Nuestra hija ha cumplido ya cuarenta años y vive en Londres —explicó el doctor—. No creo que la vaya a usar ya mucho. —Volvió a dirigirse a la mujer y sugirió—: Podríamos prestársela a estos chicos, ¿no crees?

—Ajá —se limitó a comentar la mujer, a la que sin duda no le parecía una buena idea.

—¿Por qué no la sacas? En el garaje no hace más que coger polvo.

La señora Bowen trató de oponerse una última vez, pero el marido fue inamovible. Lanzándole una mirada del tipo «En cuanto nos quedemos solos, te mato», la señora Bowen hizo una pirueta y se alejó.

Su enorme peinado tembló como un flan.

El señor Bowen esperó hasta que oyó un par de portazos para luego volver con los chicos.

—¿Así que decís que Nestor no se encuentra bien?

—Así es; tose continuamente, estornuda y tiene los ojos brillantes.

—Quizá sería mejor que fuera a visitarlo.

El doctor Bowen rió con sorna.

—¿A visitarlo?! ¡Ya! ¿Y vosotros creéis que hay alguien capaz de conseguirlo? A los habitantes de Villa Argo no les he vendido nunca ni una triste aspirina. Mejor dicho, no exactamente... —se corrigió el doctor—. Una vez vino el jardinero y compró una crema solar contra las quemaduras. Dijo que era para la señora.

De nuevo soltó una sonora carcajada.

—Recuerdo que se llevó la más fuerte, con protección para el desierto del Sahara. La señora Moore debía de tener una piel de lo más delicada para quemarse con el sol de Kilmore Cove.

—Pues sí... —sonrieron algo tensos Jason y Rick.

—Y otra vez compraron un antídoto contra las mordeduras de víbora. Pero, aparte de eso, nada más. Nunca. Así que será difícil recetarle algo que se vaya a tomar de verdad. ¿De qué humor está ahora? Cuando estaban los señores ya era intratable... no quiero ni imaginar cómo será ahora.

—Si lo sabes llevar, no está mal —lo justificó Julia.

—Ese Nestor es un tipo como los de antes —continuó el doctor—. No se fía de las medicinas ni de los médicos. Creo que la tiene tomada con nosotros por culpa de la pierna. Os habéis dado cuenta de que cojea ¿no? Pues es la

típica secuela de una pésima operación de fractura. Aunque eso no le ha impedido en absoluto trabajar en el jardín durante todos estos años, ni pedalear hasta el pueblo para venir a hacer la compra y a dar alguna noticia de los Moore, visto que nadie iba nunca a verlos.

—¿No ha subido usted nunca a Villa Argo?

—Bueno, alguna vez sí, pero nunca he entrado. Cuando Edna se convirtió en una apasionada del senderismo, ya sabéis, ese deporte que es como ir de paseo pero para el que hace falta comprarse un calzado especial... íbamos a menudo a caminar por el acantilado y de vez en cuando sucedía que nos encontrábamos la verja de Villa Argo abierta. Entonces cruzábamos con Nestor unas palabras sobre el tiempo o sobre el mejor período para plantar hierbaluisa. A veces saludaba de lejos a los señores Moore cuando bajaban a su playa privada.

—¿Cómo eran? —inquirió Rick.

—Discretísimos y muy unidos entre sí. Si no fuera porque Nestor bajaba a realizar la compra para los tres, nadie habría dicho que vivían en Kilmore Cove.

Al oír esa frase, Jason notó que la garganta se le secaba de repente. Se movió a disgusto en su albornoz de algodón, arrastrando los patucos de paño sobre el parquet.

Mientras el doctor Bowen contaba algunos detalles reveladores de la extrema discreción de la familia Moore, Jason miró a su alrededor en busca de algún indicio en las paredes que pudiera relacionar al plácido doctor arrellanado en su sillón tirolés con el autor del misterioso mapa que habían recuperado en la Tierra de Punt. Pero, mirara donde mirase, los únicos cuadros que veía eran labores de ganchillo enmarcadas.

—Para serle sinceros, hay otra razón por la que hemos venido a verle en domingo... —confesó tras echar una enésima ojeada en balde.

—¿Y bien?

—El nombre de Thos Bowen, ¿le dice algo?

—¿Thos Bowen? —El doctor estuvo pensando un rato y luego respondió —: Tenía un antepasado que se llamaba así.

Los chicos cruzaron una mirada convencida.

—Era un tipo raro. Era cartógrafo.

—¡Es él! —exclamó entonces Jason, incapaz de contenerse.

El doctor Bowen lo miró, francamente sorprendido.

—¿Se puede saber cómo conocéis a mis antepasados? Esta, entre otras cosas, es su casa...

—¡Fantástico! —exclamó Rick.

—¿No habrá conservado usted alguno de sus trabajos, alguno de sus mapas? —aventuró de repente Jason.

—Oh, no, no —les respondió inmediatamente el doctor—. Cuando nos mudamos aquí, Edna no quería ni oír hablar de vivir en una vieja casa llena de polvo, insectos y quién sabe cuántos otros bichos raros más.

—Pero si esta era la casa de Thos Bowen...

—Sí, pero han pasado muchos años desde que él vivió aquí. A ver, chicos, esta casa es de la época de Napoleón Bonaparte. ¡Napoleón!, ya pertenece a los libros de historia. Cuando Edna y yo nos mudamos aquí, derribamos la vieja casa y construimos este pequeño chalet, dotado de todas las comodidades del mundo moderno. O sea, de casi todas, ya que nadie en Kilmore Cove consigue que funcione la televisión vía satélite.

Jason se dejó caer en el sofá.

Se oyó un frufú de algodón.

—¿Quiere decir que no ha quedado aquí nada que perteneciera a Thos Bowen?

—¡Por suerte, no! Había toneladas de papelerías y de hojas llenas de polvo. Baúles, ropa vieja y atrocidades de todo tipo. Edna ni siquiera quiso rozarlos con los guantes. Nos deshicimos de todo.

—¡AAAAAARRRGGG! —gimió Jason hundiéndose, abatido, entre los cojines—. ¡No me lo puedo creer! ¡Me encuentro mal!

El ojo clínico del doctor juzgó el desmayo de Jason como una simple escena melodramática.

—¿Se puede saber qué le pasa a vuestro amigo?

—Es difícil de explicar... —dijo Julia—. Es que esperábamos obtener algún tipo de información sobre cierto mapa de su antepasado.

—Un mapa de Kilmore Cove —añadió Rick.

—¡Ah! ¡El que está colgado en la cocina! —exclamó el doctor.

De repente Jason abrió los ojos de par en par:

—¿En la cocina?

El doctor se levantó afanosamente del sillón tirolés y los condujo hasta la cocina, una sala resplandeciente y esterilizada que parecía recién salida de un catálogo de decoración.

El único objeto que desentonaba era una acuarela de la bahía de Kilmore Cove colgada sobre la mesa de comer, en un elegante marco de oro.

—Estaba ahí, donde ese cuadro... —explicó—. Lo recuerdo bien, ese mapa. Se veía toda la costa y las viejas casas de Kilmore Cove desde lo alto.

«Es ese», pensó Jason dándole un vuelco al corazón.

—Y ahora, ¿adónde ha ido a parar?

—Oh, es una vieja historia. La verdad es que ni siquiera me acuerdo ya...

—Por favor... ¡para nosotros podría ser importante!

En ese momento, Edna Bowen entró en la cocina.

—He preparado la bicicleta... Está ahí fuera —dijo con tono avinagrado.

Luego fue a lavarse las manos, frotándoselas furiosamente con el jabón.

—Ah, Edna, has llegado justo a tiempo. ¿Tú te acuerdas de adónde ha ido a parar el mapa que teníamos colgado en la cocina?

—¿Ese viejo dibujo incomprensible? ¡Claro que sí! Se lo regalamos al guardián del faro hace algunos años. Mejor dicho, no: ¡a Penelope Moore!

—¡Ah, sí! ¡Por el de la herida de tiburón! ¡Qué tonto! Se me había olvidado...

Los chicos la escuchaban sin pestañear.

—Fue más o menos así: ¿conocéis al guardián del faro?

—Ellos no —respondió Rick—. Acaban de llegar a Kilmore Cove. Pero yo sí: se trata del señor Minaxo.

—¡Por eso no os había reconocido! —murmuró Edna. Luego, como quien pillaba una idea al vuelo, dijo—: ¿Vosotros sois los gemelos de Londres?

—Exacto —contestó Julia.

—¿Has oído, Roger? Son los hijos de los que han comprado Villa Argo. Me lo contó Gwendaline ayer, cuando vino a cortarme el pelo...

—Si queréis saber algo del pueblo, ¡preguntad a la peluquera! —bromeó el doctor Bowen, que después felicitó a Julia y a Jason por su nueva casa. Los chicos sonrieron lo justo para acto seguido volver al asunto que más les interesaba.

—Habéis mencionado al guardián del faro...

Edna se secó las manos y siguió:

—Tenía una fea herida en el brazo, por culpa de un mordisco de tiburón.

—Para ser exactos, era en el ojo —puntualizó el doctor.

—Y, además, era domingo, pero mi marido lo curó igual.

—¡Corría el riesgo de perder también el otro ojo! Estaba todo ensangrentado y ¿sabéis qué?, la señora Moore lo trajo aquí en persona. Llegaron en un sidecar, acantilado abajo. Me contó... ay... ¿Qué me contó? Que lo habían encontrado en la playa. Fue una operación difícilísima, pero le salvé el otro ojo. ¡Y le cosí la mejilla lo mejor que pude! No era un espectáculo muy agradable, pero por lo menos estaba vivo.

—Y Roger no quiso cobrarles nada. Él es así. Generoso incluso cuando no debe serlo. —Y, al decir eso, Edna Bowen dirigió la vista hacia la flamante bicicleta aparcada en el jardín al lado de la estatuilla de Gruñón.

—Pero los Moore fueron muy amables. A la semana siguiente volvieron aquí con el sidecar. Ulysses se quedó fuera, con una bufanda blanca por debajo de la nariz y un curioso casco de motorista que parecía salido de la Segunda Guerra Mundial. Penelope, en cambio, entró y me trajo ese cuadro que veis en la pared, que ni Edna ni yo sabíamos dónde colgar.

Edna explicó:

—Si son feos, los cuadros solo sirven para traer polvo. Y si son bellos, para atraer ladrones que destrozan todo para robártelos. Es lo que le pasó a mi madre cuando estábamos en Clonakilty. —Después suspiró—: Pero ese cuadro teníamos que colgarlo a la fuerza, porque lo había pintado la señora Moore personalmente.

A Julia le dio un vuelco el corazón y se puso a observar con más atención la acuarela de la bahía de Kilmore Cove.

—¿Quiere decir que lo ha pintado personalmente la señora Moore?

—Oh, sí. No está nada mal, ¿verdad? —El doctor contempló el lienzo con cierta melancolía—. Era una persona maravillosa... ¡y se querían tanto! ¡Ay, qué historia tan triste la suya!

—¿Y el mapa? —insistió de nuevo Jason.

—¡Ah, el mapa! Se lo regalamos a Penelope a cambio del cuadro —les confió Edna—. Así por lo menos me deshice de uno de los dos.

Los chicos se miraron boquiabiertos.

—Aunque no fue un regalo casual. La señora Moore lo había visto en la cocina mientras mi marido operaba al guardián del faro y me había hecho muchas preguntas sobre él. Se veía que le interesaba; así que, cuando vino a regalarnos este cuadro, aproveché la ocasión.

—Algo de su familia a cambio de algo de la nuestra —dijo el doctor.

Jason sacudió la cabeza. No entendía. No entendía en absoluto qué relación podía haber entre ese mapa, Penelope Moore y Oblivia Newton.

—Pero ¿por qué razón estarían todos tan interesados en un simple mapa de Kilmore Cove? —murmuró distraídamente.

—Eso es lo que me pregunto yo —dijo el doctor Bowen—. Y eso es lo que le dijimos también el otro día a la señora esa... ¿cómo se llamaba, cariño?

—¡Gwendaline la llama señorita Precisión! Es una millonaria —confesó Edna—. No porque sea nada malo, que quede claro, pero...

—¿Oblivia Newton? —preguntó Julia.

—¿La conocéis?

—¿Oblivia Newton ha estado aquí? ¿Cuándo?

—¿Cuándo fue, Edna?

La señora Bowen buscó la fecha en el calendario que tenía colgado encima de la nevera.

—Yo diría que el mes pasado.

—Y apuesto lo que sea a que también ella les hizo preguntas sobre el mapa.

—Exacto.

Edna añadió:

—Si hubiéramos sabido que era tan importante, nos lo podríamos haber quedado. A lo mejor vale una fortuna.

—Oblivia Newton nos dijo que era único —bromeó el doctor Bowen—. Nos contó que no había podido encontrar ningún otro mapa o plano de Kilmore Cove en toda Inglaterra. Por ningún lado, ni siquiera en Londres. ¡Ni siquiera por un millón de esterlinas! Pero estaba claro que bromeaba —añadió.

—O quizá no... —murmuró Jason pensativo. Metió una mano en el bolsillo del albornoz y encontró un bigudí.

—¿Sabe usted dónde vive Oblivia Newton? —preguntó entonces Rick, que había permanecido en silencio prácticamente todo el tiempo.

—¿Yo? —dijo la señora Bowen—. Oh, no. No lo sé. Pero podríais bajar al pueblo y preguntárselo a Gwendaline. Ella es su peluquera.

—Entonces, ¿Oblivia Newton vive en Kilmore Cove?

—No exactamente, pero su casa no debe de quedar muy lejos, ¿verdad Roger?

—Eso creo —sonrió afable el doctor, que tenía ganas de volver lo antes posible a su revista de crucigramas—. Por otro lado, ¿cómo puede uno saber quién vive en Kilmore Cove? ¿Habéis visto alguna vez un cartel donde esté escrito algo así como: «Aquí empieza Kilmore Cove»?

—No —respondió Rick perplejo—. La verdad es que no.

—Claro. No hay. Pero es inútil quejarse... ¡Ya es mucho que baya una carretera que llegue hasta el pueblo!

—¿Y dónde podemos encontrar a Gwendaline? —preguntó Jason.

—Yo lo sé —contestó Rick.

—Tiene una peluquería en el pueblo que se llama Peinados de Gran Clase —se entrometió la señora Bowen al tiempo que agitaba sinuosamente su peinado—. El domingo también está abierta.

—¿Puedo mirar el cuadro más de cerca? —preguntó Julia cuando la conversación hubo terminado.

—¡Pues claro!

Mientras Rick y Jason se entretenían con los señores Bowen, Julia se acercó a la acuarela de Penelope. La mujer del antiguo propietario había pintado la bahía de Kilmore Cove con colores suaves y difuminados, que se mezclaban unos con otros creando una armonía perfecta. El mar era de un azul oscuro, profundo y vibrante. El cielo carecía de horizonte. Las gaviotas eran pequeñas comas blancas; las siluetas de las casas, manchas azules, rosas y amarillas, como flores.

A Julia le pareció que de aquel cuadro emanaba algo especial. Se acercó tanto al lienzo que lo rozó.

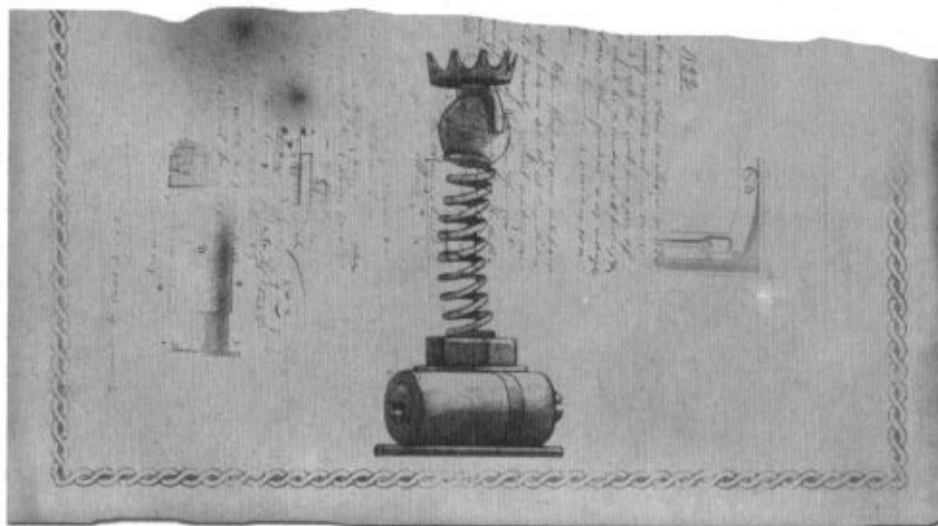
Era magnífico.

Se quedó contemplándolo durante un largo rato, deteniéndose después sobre las dos letras de la firma, escritas oblicuamente: «P. S.».

—¿P. S.? —preguntó en voz alta.

—Penelope Sauri —le contestó enseguida la señora Bowen—. Era su apellido de soltera. Era italiana.

Julia asintió, todavía embelesada por el cuadro.



—¿Puedo? —preguntó impulsada por una intuición.

Levantó lentamente el marco del cuadro.

Con el corazón en un puño, descubrió que detrás de la tela del cuadro había un pequeño objeto pegado con cinta adhesiva. Lo quitó con sumo cuidado.

Los demás se le acercaron. ¿Qué había encontrado?

Julia giró entre los dedos algo que parecía un engranaje, un perno, o...

—¿Qué es? —preguntó la señora Edna. Acto seguido, cogió una toallita del lavabo y, con aire preocupado, empezó a pasarla por detrás del cuadro.

El objeto tenía una base de terciopelo verde. Era como medio dedo de alto, alargado, y tenía una especie de coronita en la parte de arriba.

—En mi opinión es una figurita de ajedrez —dijo Rick examinándola con atención.

—Podría ser —confirmó Jason—. Una figura hecha con una pieza de una máquina.

—Para mí, es una reina. Una reina de ajedrez.

Jason se rascó la nariz pensativo.

—Una reina de ajedrez escondida detrás de un cuadro que Penelope Moore ha regalado en señal de agradecimiento por la operación del guardián del faro. Hum...

—Y todo esto, ¿adónde nos lleva? —preguntó Rick.

—A un solo sitio: al pueblo.

Tomaron prestada la pieza de ajedrez de los Bowen y salieron al jardín.



Julia le gritó a su hermano:

—¡Venga! ¡Muévete! ¡Que no te está mirando nadie!

Jason resopló, dio otra pedalada e hizo tintinear su nueva bicicleta.

Entonaba perfectamente con el estilo de la familia Bowen: de un bonito color rosa brillante, con el manillar en forma de mariposa y una serie de campanillas ruidosísimas colgadas de los pedales, como toque final.

En cuanto llegaron a los primeros edificios de Kilmore Cove, Jason se bajó de la bicicleta.

—Ya hemos llegado —decidió—. Yo sigo a pie.

Al verlo tan enfurruñado, Julia rompió a reír.

—¡Es un asunto serio! —replicó su hermano—. ¡No quiero que nadie me vea con esta bici! ¿No puedes cogerla tú? ¡ES DE CHICA!

—El que se ha cargado la bicicleta has sido tú. Así que la de los Bowen te toca a ti. ¿Verdad, Rick?

El chico pelirrojo soltó una risita burlona y confirmó de ese modo la hipótesis de Julia, ganándose un puesto de honor en el libro negro de los amigos traicioneros de Jason Covenant.

Adelantaron a un pequeño grupo de pescadores que reposaban en unas tumbonas medio cojas mientras charlaban. Jason intentó pasar caminando lo más digno posible por delante de ellos, empujando con indiferencia su bicicleta de chica, pero no pudo evitar imaginar que las risitas que siguieron iban dirigidas a él.

Guiados por Rick, los dos gemelos dejaron el mar a sus espaldas y se adentraron por una de las callejuelas que iban a parar al corazón del pueblo.

Las calles estaban empedradas, y las casas eran blancas, con ventanas adornadas por marcos de color azul y amarillo y pequeños balcones rebosantes de flores perfumadas.

Pasaron por una pastelería, de la que salía un aroma irresistible; después por una frutería, cuya propietaria estaba sentada fuera tomando el sol. La señora saludó efusivamente a Rick, a su amiga e incluso al chico de la cómica bicicleta rosa...

La callejuela se bifurcaba al llegar a la estatua ecuestre del rey Guillermo V. Era un monumento imponente y majestuoso, que inmortalizaba al soberano montado en un caballo que avanzaba hacia el mar. A Jason y Julia, que no lo habían visto nunca, les pareció fascinante y algo familiar.

Rick les dijo que continuaran y se detuvo en una pequeña plaza donde había un mesón con mesitas fuera. Después de orientarse, prosiguió la marcha.

—Hemos llegado, debería de ser aquí —dijo deteniéndose ante un establecimiento con dos carteles.

En uno estaba escrito: «Peinados de Gran Clase», mientras que en el otro podía leerse: «Pelo y barba solo para caballeros».

El establecimiento tenía también dos escaparates y dos entradas, una debajo de cada cartel.

—¿Por dónde entramos? —preguntó Rick.

—Yo por «Peinados de Gran Clase» —dijo Julia.

Dejó la bicicleta y apartó las tiras hechas con cuentas de plástico de la cortina que protegía la puerta.

—Pues yo por «Pelo y barba solo para caballeros».

Jason, con cara de pocos amigos, se quedó fuera vigilando las bicicletas.

—¡Buenos días, señora! —dijo Gwendaline poniéndose en pie de un salto en cuanto Julia entró en la peluquería—. O sea, quería decir... ¡hola!

Era una chica guapa, con una sonrisa espléndida y unos ojos enormes. Y además, tenía una magnífica melena morena que le enmarcaba las mejillas de forma armoniosa.

—Hola —dijo Julia.

—Siéntate, siéntate. —La peluquera le indicó un sillón que estaba enfrente de un espejo—. Perdóname, será solo un momentito...

Desapareció por la puerta de atrás y apareció ante Rick en el establecimiento de al lado.

—Hola —lo saludó. Tras mirarlo fijamente unos segundos, añadió—: Pero ¿tú no eres el hijo de la señora Banner?

—Sí, soy yo.

—Ah, tu madre dice que eres un tesoro y que vas muy bien en el colegio. ¿Puedes sentarte aquí, por favor? Tengo una cliente en el otro lado.

Rick se apresuró a explicarle que Julia y él habían venido juntos. Pero Gwendaline interpretó mal la información y la archivó en su apartado de cotilleos bajo la rúbrica «nuevos novios».

—Ah, entiendo... Pues entonces, vente conmigo —dijo mientras le abría paso hasta la sección «Peinados de Gran Clase».

Cuando estuvieron al otro lado, Rick le preguntó:

—¿Cómo es que tienes dos establecimientos?

Gwendaline sonrió:

—Fácil: porque las señoras no dejarían nunca que los hombres las vieran con los rulos en la cabeza y los hombres no dejarían nunca que les recortara la barba una peluquera de señoras.

—Bien pensado —asintió Julia. Gwendaline le había despertado una simpatía inmediata.

—¿Por cuál de los dos empiezo? —preguntó Gwendaline empuñando tijeras y peine.

—Pues la verdad es que nosotros...

La peluquera dio unos golpecitos con el pie en el suelo y después observó mejor a su joven clienta:

—Perdona un momentito, pero tú... ¿tú no eres la gemela de Londres?

—Julia Covenant, encantada.

Mientras le daba la mano, Gwendaline le hizo un guiño a Rick cargado de sobreentendidos, como diciendo: «¡Buena jugada, jovencito!».

—¿Y tu hermano?

—Está fuera.

Gwendaline corrió la cortina y lo invitó a entrar. Jason, que hasta ese momento siempre se había mostrado reacio a meter siquiera la punta de la nariz dentro de una peluquería, en cuanto contempló la belleza de la peluquera saltó dentro como impulsado por un resorte.

—Es todo tan bonito aquí... —susurró a Rick al entrar.

Segundos después, estaba sentado en un sillón con una toalla blanca alrededor del cuello y con las tijeras de Gwendaline Mainoff bailando entre su pelo.

—¿Oblivia Newton? —preguntó la peluquera un cuarto de hora después, mientras cobraba a Julia el corte de pelo—. Pues claro que la conozco. Es clienta mía.

—¡Uau! ¡Uau! —repetía mientras tanto Jason, pavoneándose delante del espejo. En la cabeza tenía una absurda escultura de pelo engominado.

—¿Y sabrías decirnos dónde vive?

—Por supuesto —respondió Gwendaline saliendo de la peluquería—. Vais andando o...

—En bici.

—Perfecto, porque está bastante lejos. Primero tenéis que volver a la carretera de la costa, pasado el puerto, o podéis subir por aquí y girar al llegar a la librería de Calypso...

—¡No, no! A Calypso mejor que no la veamos... —se apresuró a decir Rick, pensando en la promesa que le habían hecho el día anterior a la bibliotecaria para lograr que les abriera la oficina de Correos.

—¿Y por qué no habéis de querer encontraros con una señora tan agradable y tranquila como Calypso? —preguntó con curiosidad la peluquera.

—Porque le prometimos leer tres libros en una semana y todavía no hemos empezado.

—En ese caso —sonrió Gwendaline—, volved a la plaza de la estatua del rey. Saldréis directamente al paseo marítimo. Allí, cogéis a la derecha. Es fácil: basta que dejéis el mar siempre a la izquierda. Salid del pueblo y seguid un par de kilómetros, pasad el camino de tierra de Owl Clock y continuad unos cuatro o cinco kilómetros más. Veréis entonces un pequeño bosque con unos árboles muy raros, cuyo nombre no recuerdo nunca. Oblivia me dijo que había pedido que se los trajeran de no sé qué lugar exótico. La casa es preciosa, muy moderna. Parece una tarta boca abajo, toda pintada de color violeta. No tiene pérdida.

Los tres le dieron las gracias y montaron de un salto en sus respectivas bicis. Jason estaba tan excitado con su nuevo *look* que, olvidándose por completo del problema de la bicicleta de los Bowen que lo había tenido tan preocupado hasta poco antes, salió disparado como una flecha, tocando el timbre a todo trapo.

Gwendaline Mainoff los vio desaparecer por entre las calles del pueblo; después entró de nuevo en la peluquería. Se sentó enfrente del espejo y retomó la lectura de las casi mil páginas de *Los Buddenbrock*.

Rick, Jason y Julia dejaron atrás la estatua del rey y se lanzaron por la calle de la derecha, un callejón angosto en el que los tejados de las casas se rozaban entre sí. Al llegar a un ensanchamiento donde se asomaban viejas casas de piedra, una señora en bata se plantó en medio de la calle y les hizo señas para que se pararan.

—¡Frenad! —gritó—. ¡Podrías atropellar a *Marco Aurelio*!

—¡Miss Biggles! —la reconoció Rick al vuelo, bajando inmediatamente de la bicicleta—. ¿Qué le ha pasado?

La señora vagaba por la calle, desgredada y en camisón y zapatillas, mirando turbada a su alrededor.

Rick se acercó a ella y se presentó, pero ella no lo reconoció.

—¡*Marco Aurelio* ha salido! —gimió llevándose las manos a la cabeza.

—¿Y esta de dónde sale? —preguntó Jason a su hermana.

—¡Chissst!

Después de numerosos intentos fallidos de explicarse, miss Biggles indicó a los chicos la silueta de un gato que estaba al otro lado de la calle, encaramado a una farola curvada.

—¡Está aterrorizado! ¡No hay forma de que baje de ahí!

—No se preocupe, señora, nosotros nos encargamos —dijo Rick ofreciéndose a ayudarla—. En un instante se lo traemos aquí.

Ante esta nueva interrupción, Jason resopló:

—Pero ¿no teníamos que ir a ver a Oblivia Newton?

Al oír ese nombre, miss Biggles se dio media vuelta de golpe, con la mirada todavía más turbada que antes.

—¿La señorita Newton? ¡Entonces, id enseguida! ¡Vamos, corred!

—¿Conoce usted a Oblivia Newton? —le preguntó Julia con curiosidad.

—¡Ya lo creo que la conozco...! —gimoteó Cleopatra Biggles.

Se tapó los oídos con las manos y se fue corriendo hacia casa.

Al llegar a la puerta de la vieja casa de piedra, se dio media vuelta y dirigiéndose a los chicos gritó:

—Por su culpa *Marco Aurelio* y mis pequeños tesoros están tan asustados. ¡Por su culpa y por culpa del hombre negro empapado!

Después abrió la puerta de par en par. Salieron una docena de gatos maullando que empezaron a restregarse contra sus pies y a afilarse las uñas contra el dobladillo de su bata.

—¡Tranquilos, tranquilos! —La señora los acarició uno a uno—. ¡Ya veréis como *Marco Aurelio* vuelve pronto!

—Es fácil decirlo... —jadeó Rick, que se había colocado debajo de la farola. El gato estaba agazapado en la parte curvada del poste y lo miraba con indiferente superioridad.

Ni la profusión de palabras dulces ni las órdenes perentorias lograron convencerlo, ni tampoco se rindió cuando Rick decidió arriesgar su vida trepando por la farola.

Al final, Jason perdió los nervios y mientras Cleopatra Biggles se dedicaba a susurrar palabras de consuelo a *César* y *Antonio*, y Rick y Julia intentaban convencer a *Marco Aurelio* para que bajara, dio una patada a la farola.

Asustado por el repentino ruido, *Marco Aurelio* se asomó hacia delante y cayó al suelo bufando con aire amenazador. Un instante después salió

corriendo como un rayo hacia la casa, se coló por entre las piernas de miss Biggles y desapareció dentro.

—¡Marco Aurelio! —gritó ella de alegría—. ¡Has vuelto!

—Ya era hora... —comentó Jason.

Miss Biggles insistió en que los chicos entraran para darles unas galletas en señal de gratitud. A pesar de la negativa de los tres, la mujer se mostró inflexible.

—¡Venid! ¡Venid a la cocina! —dijo abriéndoles paso—. Tengo unas galletas deliciosas...

Julia fue la primera en seguirla, curiosa por saber qué tenía que ver Oblivia Newton con la fuga del gato. Rick, que no era capaz de decir que no a nadie que lo obligara amablemente a hacer algo, entró justo después de ella. Jason se puso en marcha en último lugar, sin dejar de resoplar ruidosamente.

Luego pensó que, después de todo, era casi la hora de comer y, como el plan preveía una larga carrera en bicicleta fuera de Kilmore Cove, algo que llevarse a la boca no era tan mala idea.

Entraron en el vestíbulo y se adentraron por el pasillo que lo separaba de la cocina.

A mitad del pasillo, Jason notó algunos granos de arena bajo los zapatos.

En un principio, no hizo caso. Después, apenas sin darse cuenta, se dio media vuelta para ver de dónde procedían.

Cleopatra Biggles llegó a la cocina y abrió una caja de latón con flores.

—¡Aquí están! ¡Galletas de mantequilla!

«Caramba», pensó Jason tocándose el pelo engominado.

Volvió sobre sus pasos y se agachó para tocar la fina capa de arena que cubría el suelo. En los dedos se le quedaron pegados unos minúsculos cristales idénticos a los que había encontrado en la habitación de piedra de Villa Argo.

Era la misma arena fina, casi impalpable.

Arena del desierto, procedente de debajo del umbral de una desvencijada puerta.

«Caramba —pensó Jason volviendo a tocarse el pelo con las manos—, ¡parece la Puerta del Tiempo de Villa Argo!» Acto seguido, tras erguirse, gritó:

—¡RIIIIIICK! ¡JULIAAAAAA!

La puerta del pasillo de Cleopatra Biggles era vieja, de madera desgastada y aspecto robusto. Estaba cerrada, y miss Biggles no recordaba haberla abierto nunca ni haber tenido nunca la llave para hacerlo. Se acordaba, sin embargo, de que daba al sótano, aunque debía de ser un sótano muy raro, ya que, de vez en cuando, salían remolinos de arena y ráfagas de aire caliente por debajo de la puerta.

Miss Biggles no había querido bajar nunca al sótano: durante un tiempo incluso había disimulado la puerta tras un mueble de madera, pero como los gatos lo habían usado para afilarse las uñas, ella había tenido que llevarlo a restaurar.

Las semejanzas con la puerta de Villa Argo eran impresionantes; en particular, los viejos clavos en el lado izquierdo de la maciza cerradura eran idénticos a los que sujetaban las cuatro cerraduras de la Puerta del Tiempo.

Rick y Julia casi se desmayan cuando la vieron.

—Miss Biggles, creo que tendría que explicarnos con todo detalle lo que pasó ayer —murmuró Rick amablemente.

La dueña de la casa les contó de forma más bien confusa que, en plena noche, había recibido la visita de Oblivia Newton y del hombre negro empapado.

—Manfred —intuyó Julia.

Oblivia, sin ningún miramiento, se dirigió hacia la puerta diciendo algo que miss Biggles no recordaba bien de tan asustada como estaba para poder entender algo. Había una fuerte tormenta y los gatos estaban nerviosos. De lo que sucedió después, no se acordaba de nada. Se despertó cuando era de día. Los gatos estaban como locos y *Marco Aurelio* se había pasado el día entero subido a la farola, como si la sola idea de volver a casa lo aterrorizara.

—¡Alguien me ha abierto incluso la vitrina del salón! —se quejó la señora—. Por suerte no se ha llevado nada...

—Pero, miss Biggles, ¿por qué ha dejado entrar a esos dos en plena noche? —preguntó Julia.

—Bueno, la señorita Newton siempre ha sido así ¡de imprevisible!

—O sea, ¿que ya la conocía?

—Oh, sí. Aunque a mí nunca me ha gustado mucho. A mí, por lo menos...

—¿Y a quién le gustaba?

—A mi hermana. Era su alumna favorita —confesó miss Biggles.

—¿Alumna? Miss Biggles, ¿de qué está hablando?

—Del colegio de Cheddar, ¡la ciudad del queso! —Cleopatra Biggles fue al salón a coger una antigua fotografía enmarcada, donde había dos chicas sentadas una al lado de la otra—. La más pequeña soy yo. Y esta de aquí... es mi hermana Clio. Clitemnestra Biggles, para ser precisos. Ella fue siempre la lista de la familia, aunque nuestros padres habrían querido que estudiáramos una carrera las dos. A Clio le encantaba leer: los libros que tengo en la vitrina me los regaló ella.

Un día decidió que quería ver mundo. Por eso dejó Kilmore Cove y se fue a enseñar a Cheddar. Oblivia Newton era una chiquilla muy inteligente y prometedora. Fue allí donde se conocieron.

—¿Y luego?

—Al cabo de muchos años, mi hermana empezó a sentir añoranza de Kilmore Cove. Y al final volvió. Hace unos años vio en el periódico una foto de la chiquilla que había conocido en Cheddar y descubrió que había hecho carrera y se había convertido en una mujer famosa. Clio se puso muy contenta. En mi familia siempre hemos sido muy sentimentales, ¿sabéis? A lo mejor creía que parte del éxito de su alumna favorita era mérito suyo, ¡de la amada maestra de escuela! Así que le mandó un obsequio. Oblivia vino a verla para darle las gracias presentándose en casa sin avisar. Desde entonces no ha parado de venir, incluso después de la muerte de mi pobre hermana.

Durante todo el rato que miss Biggles estuvo contando a Julia y a Rick la carrera escolar de Oblivia Newton, Jason permaneció inmóvil mirando fijamente, como hipnotizado, la puerta que estaba en medio del pasillo.

—Otra Puerta del Tiempo... —murmuró acariciando la superficie áspera de la madera. Notaba que el corazón le latía con fuerza embargándole sentimientos encontrados: de un lado estaba emocionado por el descubrimiento, y del otro, desilusionado al saber que existía una segunda puerta como la de su casa.

Cuando los chicos volvieron a donde estaba él para contarle las noticias acerca de Oblivia, apenas los escuchó. Solo podía pensar en esa puerta y en la fórmula para abrirla.

—¿Dices que también esta conduce a una gruta y a una nave como la que está bajo el acantilado de Salton Cliff? —le preguntó Julia.

—Creo que sí.

—Eso al menos explicaría por qué Oblivia Newton se encontraba en el Antiguo Egipto... —murmuró Rick.

Miss Biggles los miró asombrada, y acto seguido sacudió la cabeza y comentó:

—¡Ay, los chicos de hoy! ¡Qué imaginación! —Y se alejó para defender las galletas de la atención de los gatos.

En cuanto se fue, Julia sacó de los bolsillos las llaves de la Puerta del Tiempo.

—¿Probamos?

Las cuatro entraron en la cerradura y giraron en balde. La puerta permaneció cerrada a cal y canto.

—No funcionan.

—Creo que estas no son las llaves.

—Y yo creo que la llave verdadera la tiene Oblivia.

Aunque lentamente, todo comenzaba a encajar.

—Tenemos que encontrarla cueste lo que cueste. ¡A esta hora Oblivia tendría que estar de vuelta!

—¿Y tú qué sabes? —intervino Julia—. A lo mejor está todavía en el otro lado. ¿No habéis dicho que buscaba algo muy concreto?

—Sí, y lo ha encontrado: ¡el mapa!

—Ya. Y ahora que lo ha encontrado, quizá esté tramando algo allí abajo.

Rick asintió.

—Es posible... ¿Por qué no?

Jason, por su parte, parecía dudar.

—Os recuerdo que el mapa era el primer y único plano de Kilmore Cove, perteneciente a los Moore, y que los Moore lo llevaron a Egipto para esconderlo en la Colección. De eso no cabe duda.

—Si tú lo dices... —murmuró su hermana.

—El mapa no tiene ninguna utilidad en el Antiguo Egipto, sino aquí y ahora. —Y, tras decir esto, indicó la puerta de madera—: Ya hay dos, ¿entendéis?! Dos viejas puertas que se encuentran en el mismo pueblo antiguo. Yo digo que no es una coincidencia. —Dejó en suspenso el resto de sus pensamientos.

—Entonces, ¿insinúas que podría haber otras?

—¿Por qué no?

—En ese caso, el mapa tendría sentido —confirmó Rick.

—Y también lo tendría que fuera tan importante y antiguo.

—No sé.

—¿Recuerdas de cuándo estaba fechado?

—Mil setecientos y algo... —respondió Rick.

—Un pueblo antiguo, antiguas puertas, antiguo mapa, antiguo dueño... —sonrió Jason, ligeramente asustado por lo que estaba pensando—. El círculo se cierra.

—¿Puedo ofreceros una taza de té, chicos? —propuso miss Biggles asomando la cabeza por la puerta de la cocina—. ¿O queréis continuar fantaseando sobre el Antiguo Egipto?

Un cuarto de hora más tarde, los chicos dejaron la casa de miss Biggles. A pesar de las protestas divertidas de la señora Cleopatra, habían logrado convencerla de que colocara una cómoda delante de la puerta del sótano para bloquearla.

—Al menos por un par de días —le rogó Rick—. Más tarde vendremos nosotros mismos a quitarla.

—¡Qué divertido! —dijo ella, riendo con sorna mientras acariciaba a Marco Aurelio y César, los cuales rivalizaban entre sí para conquistar sus mimos.

—Y no hable de esto con nadie, por favor —insistió Julia.

Miss Biggles los saludó desde la puerta y se puso a poner en orden la cocina, colocando en el fregadero las tazas de té, que ya lavaría por la tarde, y poniendo de nuevo la caja de galletas en el centro de la mesa.

Cuando hubo acabado, cruzó el pasillo y se paró un momento delante de la cómoda. Aunque estaba convencida de que quedaba francamente mal delante de la puerta, decidió seguir el consejo de aquellos chicos tan simpáticos.

Mientras subía al piso de arriba, en medio de un ir y venir frenético de gatos, pensó que el chico pelirrojo y la chica se parecían mucho.

«A lo mejor son hermanos —decidió—. Aunque no recordaba que los Banner tuvieran dos hijos...»

Se dirigió hacia el baño, abrió de par en par las contraventanas y suplicó a Nerón y Caracalla que salieran de la bañera:

—¡Ya os bañasteis ayer! ¿Sois dos gatos de agua o qué?

Cuando levantó la vista hacia el espejo, hizo una mueca. Encendió todas las bombillas que lo rodeaban y se puso a peinarse distraídamente, pero el cepillo se le enredaba como en una zarza cada vez que lo pasaba por el pelo.

Se lo dejó así, enmarañado, y se fue al cuarto a cambiarse.

Descubrió que estaba extrañamente alegre. Era como si, después de la impresión y el susto de la tarde anterior, la llegada de esos chicos por fin la

hubiera tranquilizado. Su amabilidad y sus extrañas conversaciones de adolescentes sedientos de aventuras habían hecho que se sintiera mejor.

Y, después, todo ese halo de misterio...

—¡Y no hable de esto con nadie, por favor! —repitió Cleopatra Biggles imitando la voz preocupada de Julia.

Esa chiquilla era realmente deliciosa: le recordaba a ella cuando tenía su edad.

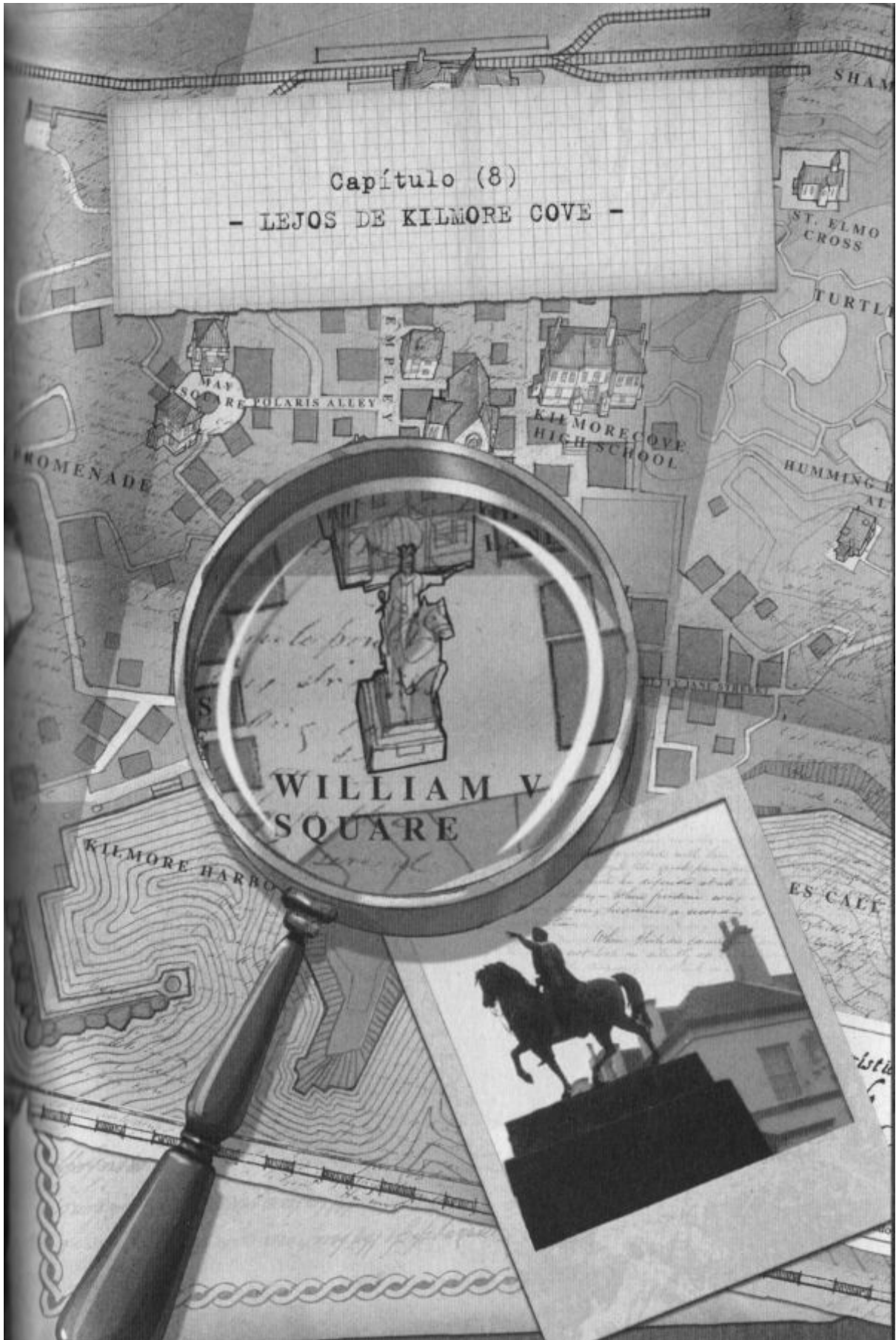
—¡Ya sé lo que me hace falta! —dijo miss Biggles levantándose de un salto y poniéndose la falda—. Una visita a Gwendaline para lavar y marcar.

Estaba a punto de salir de casa cuando sonó el teléfono. Hacía tanto tiempo que no llamaba nadie que al oírlo pegó un brinco y a duras penas recordaba dónde lo había puesto.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —dijo después al teléfono de baquelita negra, que no dejaba de sonar—. ¿Diga? ¿Quién es?

Frunció el ceño durante un largo rato antes de que sus labios esbozaran una amplia sonrisa.

—¡Ah, Nestor! ¡Claro que me acuerdo de ti! —exclamó—. ¡Qué alegría me da oír tu voz! No, no, no me molestas en absoluto...



El sol brillaba en lo alto del cielo, blanco como las páginas de un diario por estrenar. En el aire se fundía el olor a hierba de los prados con el de la sal marina. Era ya mediodía. Jason, Julia y Rick recorrieron el único camino costero de Kilmore Cove, el cual rodeaba toda la bahía para volver a subir por el lado opuesto de Salton Cliff con una pendiente mucho menos pronunciada que la de la cuesta por la que habían bajado.

Pedaleaban uno al lado del otro, sin prisas, aturdidos y deseosos de comentar entre ellos lo que acababan de descubrir. Jason, en medio, iba inclinado sobre el manillar con forma de mariposa y, a cada pedalada, notaba en el bolsillo la reina de metal que habían encontrado detrás del cuadro de Penelope Moore. Julia hacía preguntas continuamente, intentando reconstruir la vida de Penelope, de Ulysses, del doctor Bowen, del guardián del faro y de Oblivia Newton. Las piezas del rompecabezas de aquella caza a Ulysses Moore se entremezclaban continuamente, lo que les llevaba a plantearse de nuevo otras posibilidades.

A los dos gemelos les parecía llevar años en Kilmore Cove cuando, en realidad, no habían pasado más que algunos días: hacía menos de veinticuatro horas que habían descifrado el primer mensaje secreto, iniciando así ese camino tan difícil que, según Jason, alguien había preparado para ellos. Aquel domingo, sin embargo, el juego se había complicado más. No había ninguna pista clara que seguir ni ningún mensaje secreto que resolver. Era como si, desde el momento en que el mapa había caído en manos de Oblivia, la secuencia de indicios se hubiera interrumpido con brusquedad.

—Si hay una segunda Puerta del Tiempo... y Oblivia lo sabe porque la ha utilizado... —dijo Rick—, entonces, ¿por qué también quiere tener a toda costa acceso a la de Villa Argo?

—¡Porque es obvio que quiere probarlas todas! —respondió Julia con tono de marisabidilla—. Yasabéis cómo somos las mujeres cuando se nos mete una idea en la cabeza.

Rick esbozó una sonrisa.

Después se puso serio para recapitular la situación:

—En cualquier caso... sabemos dónde vive. Sabemos que la tiene tomada con el anterior propietario y que el motivo de la disputa podríamos ser nosotros. Sabemos que ha sido la alumna favorita de la hermana de miss Biggles...

—Y que, como ha dicho Nestor, ha llegado a Kilmore Cove por un terrible error.

—A lo mejor el error lo cometió Clio Biggles.

Rick sacudió la cabeza.

—Quizá. Pero la cuestión es que no sabemos qué es lo que se le ha metido en la cabeza. Y ese es el verdadero problema.

—Yo digo que el problema es en realidad el propio Kilmore Cove —intervino Jason—. Todo el pueblo. Antes creía que era Villa Argo. Pero después de haber visto la puerta de miss Biggles, estoy convencido de que...

—Hay otras puertas, claro... —concluyó Julia por él.

—No. Debe de haber alguien que quiere que permanezcan escondidas... Nuestra Puerta del Tiempo estaba oculta tras un armario: si no la hubiera encontrado por casualidad, habría podido estar allí años y años... Y miss Biggles piensa que su puerta lleva al sótano.

—Técnicamente, podría tener razón —puntualizó Rick—. No la hemos abierto.

Julia dijo:

—¿Con qué llave? Las cuatro que tenemos no iban.

—A lo mejor habría ido la que tiraste al mar anoche... —refunfuñó Jason.

—¡No la tiré al mar! Yo...

—¡Mirad qué espectáculo! —los interrumpió Jason frenando de repente. Habían llegado al punto en que la carretera costera se bifurcaba. Por un lado proseguía bordeando la costa, mientras que el otro llevaba a un promontorio, en cuya cima se encontraba el faro, una torre blanca aislada en el mar.

La mirada de Julia ascendió por el blanco acantilado de Salton Cliff, al otro lado de la bahía. Villa Argo estaba encaramada allí arriba, con la torre que descollaba entre los árboles del jardín. Las escaleras que cortaban en dos el acantilado para descender hasta el mar le recordaban un aparato dental.

—¿No creéis que antes de salir del pueblo sería mejor que avisáramos a Nestor? No querría que se preocupara.

—¿Y cómo lo avisamos? ¿Haciendo señales de humo? No creo que haya muchas cabinas de teléfono por aquí cerca...

—Jason podría...

—Olvídate. Yo no pienso pedalear hasta Villa Argo para avisarlo. Además, Nestor estará ocupado recogiendo hojas o durmiendo. No creo que sea de esa clase de personas que se preocupan por los demás.

—Por eso —dijo Julia—. Quizá nosotros deberíamos preocuparnos de él. Anoche se cayó, y no deja de ser una persona anciana. ¿Has oído qué tos tenía?

—El doctor Bowen ha dicho que está hecho un toro.

Pero Julia insistió:

—Por muy cascarrabias y gruñón que sea, es el único que está al corriente de todos nuestros secretos. Si tenemos un amigo en Kilmore Cove, ese es él.

—Ayer no me parecía que te cayera tan simpático —observó su hermano.

—Ayer era ayer y hoy es hoy.

—Pues entonces, ¡en marcha, Julia! Si nos damos prisa, Nestor no se dará cuenta de que hemos salido del pueblo.

Julia se quedó parada al borde del promontorio, mirando el acantilado.

—¿Y ahora qué pasa?

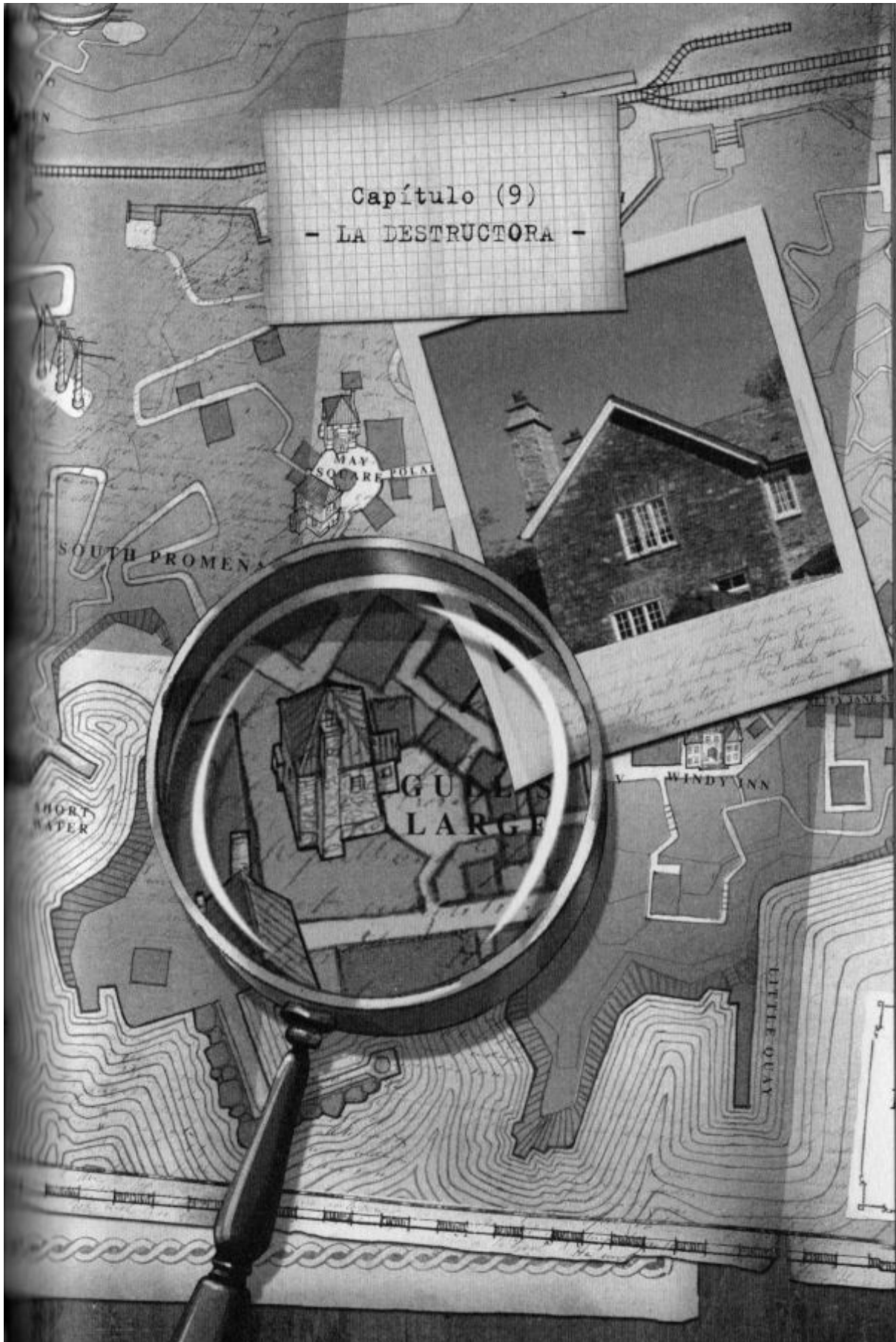
—No sé —respondió ella—. Llámalo intuición femenina o como quieras, pero tengo la sensación de que Villa Argo está asustada.

—¿Qué te parece si lo llamo «bobadas de mi hermana»?

Julia le sacó la lengua.

—Es como si estuviese a punto de ocurrir algo. Quizá no deberíamos alejarnos del pueblo.

—¡Tonterías! —se burló Jason poniéndose en pie sobre los pedales para ir más rápido. El viento le hinchó la camiseta y el esculpido pelo—. ¿Qué puede pasar?



En una mansión de cemento color violeta, a cinco kilómetros de los chicos, en una habitación perfectamente climatizada gracias a una instalación de aire acondicionado de cuatrocientas mil libras esterlinas, sonó el teléfono. Aunque el tono era *La cabalgata de las valquirias* de Richard Wagner, una pieza fragorosa y llena de vigor, nadie lo oyó. En la atmósfera reinaba una ensordecedora música disco que servía como ritmo de base para una frenética sesión de *spinning*.

En el centro de la habitación había una bicicleta tecnológicamente avanzada, cuyos componentes eran a su vez aparatos de gimnasia. El manillar articulado servía para trabajar brazos y hombros, y los pedales seguían el ritmo de la música obligando a la mujer que los estaba utilizando a sudar la proverbial gota gorda para mantener el ritmo.

Ella, sin embargo, parecía satisfecha con toda esa fatiga. Miraba hacia delante sin pestañear, con la mirada fija y segura. Era alta, atlética y fuerte.

No parecía tener intención de contestar al teléfono.

Cuando sonó por decimoquinta vez, la puerta pintada de blanco se entreabrió e, inmediatamente, el aire acondicionado disminuyó, la música se apagó y la bicicleta redujo la velocidad hasta pararse del todo.

—¡MAAANFREEED! —gritó la mujer, exasperada. Cayó sobre el manillar tonificabíceps—: ¿Se puede saber cuántas veces tengo que decirte que no me molestes cuando estoy haciendo gimnasia?!

—El teléfono —respondió Manfred con un hilo de voz por la rendija de la puerta—. Creo que es importante. Son los de la empresa de derribos.

—¡Ah! —Oblivia Newton levantó el cuello de golpe. Tenía una «V» de sudor dibujada en el chándal de gimnasia—. Pásamelo enseguida.

—Ya lo he hecho. Pero usted no ha contestado.

—Entonces vuélvemelo a pasar.

La puerta pintada de blanco se cerró. Oblivia Newton bajó de la bicicleta y cogió una toalla de algodón de color morado oscuro en la que había hecho bordar sus iniciales, enormes, con gran ringorrango: «O. N.».

—Newton —respondió seca a las primeras notas de *La cabalgata de las valquirias*. Escuchó durante una fracción de segundo y después replicó—: No me interesa lo que cueste. No quiero disculpas. Hoy. Ahora. Y con todos los hombres que tengan. Quiero los mejores, los más fuertes. Y una de esas máquinas demoledoras con una cadena y una bola de hierro. No quiero que quede en pie ni una piedra. Mejor dicho, tiene que quedar una sola pared...

Al otro lado del teléfono, el director de la empresa de derribos logró decir algo antes de que los gritos de Oblivia lo embistieran de nuevo:

—Ya les he explicado mil veces cómo llegar a la casa. Cojan el camino sin asfaltar que queda fuera del pueblo. ¡Y no me fastidien más con esa historia de los permisos! ¡La casa es mía y hago lo que quiero! Nos vemos allí dentro de media hora.

Colgó violentamente.

Se secó el sudor de la frente y arrojó la toalla al suelo. Después abrió de una patada la puerta blanca del gimnasio y fue en busca de Manfred.

Lo encontró de pie delante del ventanal, mirando hacia fuera con las manos en los bolsillos.

—Nos vamos —le ordenó—. Lo que tarde en darme una ducha y cambiarme.

Manfred se dio media vuelta. Tenía la nariz completamente tapada por un esparadrapo y sus ojos tenían el aspecto morado e hinchado de quien ha pasado una mala noche. La vieja cicatriz que bajaba por el cuello hasta ocultarse debajo de la camisa le daba un toque decididamente siniestro.

—¿Adónde vamos?

Oblivia Newton se detuvo de golpe, sorprendida por tan impertinente pregunta.

—¿Y desde cuándo te interesa a ti saber adónde vamos?

Manfred esbozó una sonrisa sibilina, intentando imitar la que había visto a Jack Nicholson en una película de gánsteres.

—Desde que me he jugado la vida por usted.

Oblivia se acercó a él con una veloz pirueta sacando a relucir las uñas moradas, afiladas como cuchillas.

—Sabes muy bien lo enfadada que me he puesto cuando he vuelto a casa y no estabas... porque te habías ido a perder el tiempo a Villa Argo... y habías visitado a los chicos... dejando que te destruyeran medio millón de libras esterlinas de coche...

Manfred se esforzó por mantener, impasible, la sonrisa al estilo Jack Nicholson a medida que las uñas de Oblivia le recorrían la cicatriz del cuello y se iban acercando a la yugular.

—Pero después, Manfred, después —prosiguió Oblivia con un tono de voz completamente distinto, quitándole de golpe las uñas del cuello, lo que hizo que se tambaleara hacia atrás—, me has entregado ese maravilloso objeto que habías robado... y me has dicho que habías arriesgado tu vida para conseguirlo... Así que he decidido perdonarte.

En las manos de Oblivia centellearon dos viejas llaves que pendían de una cadena que llevaba colgada al cuello.

—Mi pequeño y valerosísimo Manfred... Hasta ayer tenía solo el gato...
—Sonrió la mujer enseñándole primero una llave y después la otra—. Y ahora al gato se le ha unido el león... ¡GRRR!

Manfred tragó saliva, incapaz de decidir si le daba más miedo Oblivia Newton furiosa u Oblivia Newton radiante de alegría.

—GRRR... —replicó en voz baja, poco convencido.

Luego recuperó su habitual expresión de bandido de poca monta.

—¡Muy bien, Manfred! —le felicitó Oblivia—. Ve a preparar la moto. Salimos dentro de poco.

El hombre se la quedó mirando, inmóvil, hasta que desapareció tras una de las mil puertas esmaltadas de aquella gélida casa. Después se dio media vuelta y metió con furia las manos en los bolsillos. Estaba lleno de rabia, pero no sabía contra quién dirigirla. Odiaba su trabajo, Villa Argo, a aquel viejo jardinero y a la chiquilla histérica que casi lo mata. Y se dio cuenta de repente de que empezaba a odiar también a su jefa, que lo usaba como una marioneta y lo trataba con el mismo desprecio que a los de la empresa de derribos. Pero todavía sentía sobre su piel las marcas de sus uñas moradas...

Para colmo, no había podido dilucidar adonde tenían que ir.



Después de pedalear unos cuantos kilómetros, los chicos se pararon en un cruce con un camino sin asfaltar para tomar aliento. La carretera principal había dejado la costa y se había adentrado con una pequeña desviación hacia el interior. Desde que habían salido del pueblo, no habían visto ni un coche. Era como si el paisaje se hubiera aplanado transformándose en una extensión de matorrales bajos y redondeados, piedras y florecillas blancas y moradas que vibraban al más ligero soplo de aire. De vez en cuando surgía un árbol solitario con las ramas altas y replegadas hacia dentro, en dirección contraria al viento.

Relajaron un poco las piernas y echaron una ojeada a su alrededor. Rick, previsor como siempre, había llenado en el pueblo una cantimplora de agua, que repartió con sus dos amigos.

Tenía que haber pasado hacía poco rato por el camino de tierra algún vehículo pesado, porque había dejado profundas huellas sobre el terreno y había roto el cartel de madera con el nombre de la calle. Jason lo recogió de la hierba y leyó lo que estaba escrito: «Owl Clock».

—Curioso, ¿verdad?

Junto al nombre había una lechuga blanca.

Acordándose de repente de lo que había dicho el doctor Bowen, Julia se volvió hacia Rick:

—¿De verdad no has visto nunca un cartel en la carretera donde esté escrito «Bienvenidos a Kilmore Cove»? ¿Ni siquiera un simple cartel donde ponga «Kilmore Cove», como los que hay a la entrada de los pueblos?

—Bueno... no me he fijado nunca, pero... no. No me parece que haya carteles.

—¿Cuántas carreteras hay para entrar en el pueblo?

—Una sola: esta. —Rick indicó el camino por el que habían venido—. Que después prosigue bordeando la costa hasta Villa Argo.

—¿Y después de Villa Argo?

—No lo sé. No he llegado nunca hasta allí —respondió Rick, un poco avergonzado. No quería admitir que no había salido nunca de Kilmore Cove. En realidad, ni siquiera se le había pasado nunca por la cabeza. En el pueblo había todo lo que podía desear. Incluso había conseguido realizar su gran sueño: entrar en Villa Argo, el guardián de Salton Cliff. ¿Qué más podía pedir?

Julia se dio cuenta de su turbación y le sonrió. Empezaba a apreciar la amabilidad y las atenciones de Rick, tan distintas del tono siempre tajante y sin miramientos de su hermano.

—¡Al menos en la estación de tren habrá un cartel! —exclamó.

—Había uno —respondió Rick—. La estación está cerrada desde hace años. Para seros sinceros, no recuerdo haber visto nunca pasar un tren. Estamos... ¿cómo podríamos decirlo?, ¿un poco apartados?

—Pues un poco, sí —asintió Jason—. No hemos visto una casa desde hace unos cuantos kilómetros.

Rick recuperó la cantimplora, la cerró y la volvió a colocar en la bici.

—¿Os da miedo? ¿Os sentís perdidos en mitad de la nada?

—¡Oh, no! Aunque sin duda en Londres habría más gente.

Permanecieron unos segundos en silencio hasta que Rick soltó de un tirón, sin respirar:

—Sea como sea, a mí me gusta esto. Y aunque no haya ningún cartel de bienvenida en la carretera, estoy muy contento de que ahora también vosotros estéis aquí. De verdad.

Agarró el manillar chirriante de su bici y empezó a pedalear de nuevo.

Apenas había avanzado unos cuantos metros que ya quería darse de puñetazos. «Estúpido, estúpido, estúpido —se repitió Rick—. ¡Has quedado como un estúpido! “Estoy muy contento de que ahora también vosotros estéis aquí. De verdad”... ¡Puff!»

Pero ¿cómo se le había podido ocurrir una frase tan cursi? ¡Parecía la frasecilla de buenas noches de un cuento de niños!

—Yo no lo conozco, el mundo... —murmuró dirigiéndose al viento procedente del mar. Y se encontró de pronto pensando en su padre. Su padre sí que había visto mundo y sabía siempre qué decir.

Nadie podía saber qué estarían pensando Julia y Jason en ese momento. Probablemente que Rick era un pobre chico ignorante de pueblo.

Oyó que los dos hermanos se estaban medio riendo e imaginó, no sin dolor, que se estaban riendo de él: Sin dejar de pedalear, se volvió hacia ellos y les gritó:

—¡Eh, vosotros! Ya vale, ¿no?

Jason y Julia, que estaban hablando de otro tema totalmente distinto, oyeron de repente un zumbido sordo, similar al de un helicóptero. Luego vieron asomar en la curva un objeto brillante y negro que corría a toda velocidad.

Era una moto de carreras, que se inclinaba para trazar la curva. Llevaba dos personas encima.

—¡RICK! ¡CUIDADO! —gritaron.

También Rick oyó el ruido y cuando volvió a mirar al frente se quedó mudo de terror al verse perdido: tenía la moto encima. Se lanzó instintivamente hacia la izquierda y se tiró al suelo. La moto se inclinó hacia el lado opuesto y de las ruedas se levantaron sendas estelas de chispas.

El piloto realizó una serie de maniobras desesperadas para mantener el equilibrio y consiguió esquivar la bici de Rick por pocos centímetros. Pasó como una centella junto a Jason y Julia con las gomas recalentadas por los frenazos hasta ir parándose poco a poco.

El pasajero levantó la visera del brillante casco y gritó con voz furibunda:

—¡Volved a casa, mocosos!

Tras lo cual, la moto, levantando una nube de polvo, enfiló el camino sin asfaltar donde se habían parado antes los chicos.

Jason sacudió la cabeza, incrédulo.

Julia arrojó la bicicleta al suelo y corrió a ver si a Rick le había pasado algo.

Lo encontró tumbado en el suelo, inmóvil.

—Estoy bien... —murmuró el chico pelirrojo en cuanto Julia lo rozó—. Solo me he... roto la camiseta.

—¡Estás lleno de sangre!

—No es nada —replicó él, indiferente a las rozaduras y las pulsaciones del antebrazo—. Pero ¿habéis visto? ¿Quiénes eran esos dos desgraciados?

La silueta negra de la moto corría centelleando bajo el sol en medio de la nube de polvo que había levantado.

Jason sacudió de nuevo la cabeza.

—Estoy seguro de que eran ellos.

—Ellos, ¿quiénes? —preguntó Julia.

—Estoy seguro de que la que nos ha insultado era Oblivia Newton.

—¿Oblivia Newton? ¿Y adónde demonios va?

—No me interesa —exclamó enfadado Rick, con la camiseta desgarrada colgándole del brazo, mientras cogía la bicicleta—, pero ¡ya me he hartado de que me atropelle!

Montó en su bicicleta como un vaquero preparado para el duelo final.

—¿Qué pretendes hacer?

—Seguirla. Y esta vez me las va a pagar —decidió sin consultar siquiera con los otros chicos.

—A ver si lo he entendido bien... —dijo uno de los pescadores al guardián del faro—. ¿Nos pagarás cincuenta esterlinas por barba solo por ir a

lanzar las redes bajo Salton Cliff?

Sus dos compañeros se atusaron sus largas barbas, divertidos por aquella oferta de trabajo tan disparatada.

—¿Te has vuelto loco, Leonard?

El guardián del faro estaba de espaldas al pueblo: era una figura imponente, embutida en un chaquetón marinero de tela azul. Era corpulento, el pelo y la barba largos y descuidados. Iba calzado con unos sencillos zuecos de madera sin pulir.

—Pues sí —dijo con una voz que parecía la resaca del mar en una caverna.

Uno de los hombres de mar llegó hasta su barca y dijo:

—Acabo de limpiar las redes y quería disfrutar de lo que queda de domingo. También es fiesta para nosotros, ¿no?

—Y además, si lanzamos las redes bajo el acantilado, como mucho levantaremos un poco el fondo, pero no pescaremos nada —comentó su compañero protegiéndose los ojos con la mano y mirando hacia Salton Cliff.

—Pero apuesto a que no es pescado lo que buscas, ¿verdad? —El tercer hombre de mar se rascó la barriga que apenas cubría una camiseta que ponía: «I AM DAVID BECKHAM».

Leonard Minaxo hizo recaer todo el peso de su cuerpo sobre el otro pie. El muelle crujió. No abrió la boca, pero su actitud era elocuentemente amenazadora.

—Cincuenta esterlinas, lo has dicho tú mismo, es una oferta que un pescador no puede rechazar. Aunque, de amigo a amigo: te aconsejaría volver al faro y controlar si funciona todo.

—Muy bien, Leonard, está claro: el dinero es tuyo y haces con él lo que quieres. Nosotros lanzamos las redes con los peces a ver qué sacamos.

El segundo pescador escupió en el agua.

—Tú buscas una llave. Una vieja llave... Podemos intentarlo, pero no te garantizamos nada.

Y el tercero añadió rascándose la cabeza:

—¿Justo entre los escollos se te tenía que caer?



El rastro de polvo que había dejado la moto quedó flotando largo rato sobre el camino de tierra de Owl Clock, lo que permitió a los chicos seguirla con sus bicicletas.

El sendero serpenteaba y subía y bajaba entre suaves ondulaciones cubiertas de hierba, cardos y florecillas amarillas.

Mientras seguían a la moto, los chicos no pronunciaron palabra para ahorrar fuerzas y no tragar demasiado polvo.

Se encontraron primero con los vestigios de una antigua verja aparentemente construida en medio de la nada.

Estaba sostenida por dos pequeñas columnas de piedra, ahora casi cubiertas por las malas hierbas. En la parte superior podían verse fragmentos de espejo, restos quizá de una antigua ornamentación.

Las dos mitades de la verja, oxidadas, yacían abandonadas en la hierba, como si algo las hubiera derribado.

—Cadenas —observó Rick mirando las huellas dejadas sobre el terreno—. Alguien ha pasado hace poco por aquí con un tractor.

Jason se agachó para observar mejor las huellas del camino.

Su hermana, por su parte, leyó lo que quedaba de la placa de bronce grabada en la verja.

—¿El nombre no te dice nada? —preguntó a Rick.

—No —admitió él—. Pero sea lo que sea, lo descubriremos.

Tras la verja, el camino de tierra formaba una doble «S» en medio de dos pendientes cubiertas de hierba. Encima de una de las dos colinas había una hilera de extrañas construcciones. Esbeltos molinos de viento con largas aspas que giraban perezosamente. El camino estaba flanqueado por árboles de abundante follaje, plantados a distancia regular unos de otros formando una avenida.



—¿Qué son esas cosas que hay en lo alto de la colina?

—Parecen molinos de viento.

—No lo creo, hacen un ruido extraño...

Pero el ruido no procedía de lo alto de la colina. Era un camión que se estaba acercando por el mismo camino por el que habían llegado los chicos.

—¡Deprisa! —exclamó Rick cuando se dio cuenta.

Apartaron rápidamente las bicicletas del camino y se parapetaron detrás de las primeras plantas que vieron, agazapándose entre la hierba.

El ruido se hizo cada vez más intenso, hasta que vieron llegar un enorme camión con los cristales tapados por un vistoso cartel en el lado derecho que ponía:

*EMPRESA DE DERRIBOS
CYCLOPS & Co.*

El camión atravesó la verja dando saltos y prosiguió zumbando hasta desaparecer más allá de la colina.

—Tenemos que ser prudentes... —murmuró Jason—. Parece que hay una reunión familiar.

Dejaron las bicis en la verja, las taparon cuidadosamente con hierba y prosiguieron el camino al cobijo de los árboles. Detrás de la colina empezaba

a distinguirse la silueta de una extraña mansión, cuyo techo parecía recubierto de espejos.

Era alta y estrecha, decididamente armoniosa. Las paredes estaban recubiertas de plantas trepadoras y las ventanas adornadas por balcones con barandillas de hierro forjado y decoraciones recargadas.

Pero a medida que los chicos se fueron acercando, la casa comenzó a mostrar su mal estado de conservación. Parecía como si estuviera deshabitada desde hacía años: algunos espejos estaban rotos y habían dejado agujeros negros recortados en el tejado, las barandillas estaban empezando a oxidarse y la hiedra necesitaba una buena poda.

En el porche había trasiego de personas y coches. Los chicos reconocieron la moto que por poco mata a Rick parada a un lado del camino. Algo más allá había una enorme grúa demolidora con un largo brazo y una cadena que sujetaba una bola de hierro. El camión que había llegado en último lugar estaba aparcado delante de la casa. En torno a él había cuatro hombres. Eran altos y corpulentos, y llevaban ajustadas camisetas blancas que resaltaban sus músculos, pantalones de color azul eléctrico y gorras del mismo color con un ojo abierto dibujado en la parte superior.

Los cuatro hombres estaban hablando con los dos motoristas, todavía enfundados en sus monos de cuero negro.

Jason, Julia y Rick se arrastraron por la hierba y se acercaron lo máximo posible al porche. Cuando consiguieron divisarlo mejor, se dieron cuenta de que Jason estaba en lo cierto: los dos motociclistas eran Oblivia Newton y Manfred en persona.

Al ver al chófer de Oblivia, Julia sintió que le faltaba la respiración.

—Estamos como al principio, Julia... —le susurró su hermano—. Solo le has magullado la nariz.

—Esperadme aquí... —dijo por su parte Rick, mientras se apartaba de ellos arrastrándose.

—¿Adónde vas?

—A arreglarle la moto al tipo ese —respondió en tono enigmático el chico de Kilmore Cove.

Jason y Julia se agazaparon entre la hierba.

—¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loco? —susurró Jason.

—Creo que simplemente está muy enfadado.

En el porche, Manfred comenzó a mirar a su alrededor con nerviosismo, como si se hubiera oído que los chicos estaban por allí cerca.

Jason vio cómo la silueta de Rick desaparecía detrás de un promontorio. Unos segundos después, volvió a aparecer detrás del camión de la Cyclops Derribos.

Con el corazón en un puño, los gemelos siguieron los movimientos de su amigo y los de los desconocidos que hablaban con Oblivia. Manfred volvió a enfrascarse de nuevo en la conversación y Rick aprovechó para deslizarse a hurtadillas hasta la motocicleta de Oblivia. Se puso en cuclillas a la altura de las ruedas y en pocos segundos los neumáticos se deshincharon.

Jason y Julia apenas pudieron contener la risa: Manfred estaba todavía gesticulando con los obreros sin darse cuenta de nada.

Rick desapareció como una flecha del porche y volvió a donde estaban los gemelos. Su rostro tenía una expresión de inmensa satisfacción.

—¿Se puede saber cómo lo has hecho? —le preguntó Jason dándole una palmada en el hombro.

—Secreto profesional —se pavoneó su amigo, satisfecho ante la mirada de admiración de Julia.

Volvieron a mirar al grupito.

—¿De qué están hablando? —le preguntó Julia a Rick.

—No he oído mucho —admitió él—, pero me parece haber entendido que esta casa es propiedad de Oblivia.

—Hum... Tenemos que descubrir algo más —murmuró Jason.

—Sí, pero ¿cómo? Es demasiado peligroso acercarse de nuevo como ha hecho Rick.

El chico pelirrojo indicó el punto por donde había desaparecido hacía poco.

—He visto que allí hay un camino que rodea la casa. A lo mejor si nos acercamos por detrás, logramos oírles sin que nos vean.

Bastó un solo segundo de silenciosa reflexión.

—Vale, vamos.

Bajo el camino, la colina descendía suavemente hasta un gran prado lozano, tupido de hierba alta que llegaba hasta las rodillas.

Alrededor de los chicos se extendía un valle verde sin contaminar, en el que solo destacaban la Casa de los Espejos y los extraños molinos de viento en lo alto de la colina. El camino daba un largo rodeo en torno a la casa para ascender luego por el prado que quedaba detrás.

Visto desde allí, parecía que el extraño edificio no tuviera tejado. Y, lo que era más raro todavía, parecía construido sobre una plataforma circular, que a su vez descansaba sobre robustos pilares de hierro, como si fuera un

palafito. Más que una casa de verdad, parecía un enorme artilugio de hierro, espejos, hiedra y madera.

Los chicos se acercaron fascinados del todo. Unos pájaros habían construido sus nidos entre las ramas de la planta trepadora y los observaban curiosos, escondidos al abrigo del follaje.

Rick notó que la casa y la plataforma circular sobre la que se alzaba estaban unidas entre sí por barras de hierro y grandes pernos, como un enorme mecanismo. Por entre la hiedra que cubría los muros discurrían cables y grandes tubos de cobre formando un esqueleto metálico.

—Ingenioso —comentó Rick, estudiando con atención la singular construcción—. Muy ingenioso.

—¿Qué es lo que tiene de ingenioso? —le preguntó Julia mientras llegaban, sin ser vistos, a las pilastras de hierro sobre las que se apoyaba la construcción entera.

Si aguzaban el oído, los chicos podían oír algunos fragmentos de la conversación que estaba teniendo lugar al otro lado de la casa.

—Sospecho que esta plataforma... —respondió Rick indicando la casa— sirve para hacer ¡que la casa gire sobre sí misma! Alguna vez he oído hablar de una casa que giraba...

—¿Y no has ido nunca a verla? —exclamó Jason.

—No. Estaba lejos del pueblo... Y además, de no haber tomado ese camino, no habríamos dado con ella jamás.

—¿Una casa que gira? ¿Estás seguro? —preguntó Julia.

Rick indicó los puntos en los que la casa parecía apoyarse sobre la plataforma mediante grandes ruedas, similares a las de los trenes.

—¿Y por qué una casa tendría que girar sobre sí misma? —preguntó Jason sorprendido.

—Quizá para seguir el movimiento del sol. ¿Habéis visto el tejado de espejos?

—Sí.

—Bueno, creo que en realidad son placas solares. Y esos extraños molinos en la cima de la colina podrían ser molinos eólicos: energía solar y eólica.

El reclamo sordo de algún animal, un incesante y melancólico «¡Uh, uh, uh!», resonó en aquel momento en el tejado.

—¿Qué ha sido eso?

—No sé. Parecía el ulular de un ave...

Julia se desentendió de la discusión de los chicos y se metió por entre las columnas de metal. En el fondo vio una puertecilla entrecerrada. Se introdujo entre los listones que la mantenían parcialmente atrancada e hizo a los otros señas para que la siguieran.

Al otro lado de la puerta había una habitación increíble. Parecía la sala de máquinas de un submarino o la maquinaria de un reloj. Miraran donde mirasen, Rick, Julia y Jason solo veían ruedas dentadas, palancas, tuberías de cobre de todos los tamaños, cajas de hierro y silenciosos dispositivos conectados entre sí de forma intrincada. El único espacio libre era un estrecho pasillo central.

—Este debe de ser el mecanismo que permite a la casa dar vueltas... —murmuró Rick.

—¡No había visto en mi vida nada igual! —exclamó Jason sin dejar de mirar a su alrededor.

Los chicos llegaron hasta un viejo escritorio colocado en el centro de la habitación en el que había unas palancas que servían para activar interminables sistemas de engranajes. En la pared de detrás del escritorio había una especie de panel de control, que tenía grabados unos estilizados dibujos: uno parecía representar la casa; el segundo, el sol y la luna, así como otros indicaban, mediante flechas, la dirección en la que hacer girar entera la construcción.

Había algunas tuberías que iban desde el panel de control hasta una hilera de pilas de agua fría y caliente, para después desaparecer más allá de la pared.

En la sala reinaba un tranquilo silencio, roto solo de vez en cuando por fragmentos de conversación procedentes del porche y por el incesante ulular «¡Uh, uh, uh!» que parecía venir directamente del tejado.

Rick quitó el polvo de las palancas que se encontraban en el escritorio e intentó adivinar para qué servían:

—Estas podrían ser para controlar el agua caliente. Y estas... la energía producida por los molinos de viento en lo alto de la colina.

—Pero parece que todo está abandonado. Desde no hace mucho, pero abandonado... —dijo Jason.

—¡Los engranajes para después! —propuso Julia—. Es mejor que nos movamos si queremos oír algo de la conversación.

La única alternativa que existía para salir de la sala de máquinas era una escalera que subía hacia lo alto y que conducía, con toda probabilidad, al

interior de la vivienda propiamente dicha.

La puerta, por supuesto, era un espejo.

Lo primero que los chicos oyeron cuando la abrieron fue un batir de alas. Notaron un movimiento rápido que cortó el aire polvoriento y oscuro de la habitación que se encontraba al otro lado.

«¡Uh, uh, uh!», resonó en la sombra.

Los chicos entraron en una habitación de aspecto desolado, de donde habían desaparecido todos los muebles. Había un extraño olor a animales salvajes, y a través de las ventanas rotas la hiedra había penetrado en el interior asaltando los muros. Las paredes no eran de piedra, sino de madera ligera y en ellas todavía se entreveían los restos de la antigua decoración.

Con mucho cuidado de no tocar nada, Rick, Julia y Jason llegaron a un gran salón con forma de media luna, donde el olor penetrante que flotaba en el aire era aún más fuerte.

Una vez allí, distinguieron claramente las voces procedentes del porche.

Se movieron con cautela, todos ellos embargados por una extraña sensación: era como si alguien los estuviera observando.

Julia miró a su alrededor y, en lo alto de las escaleras oscuras, le pareció adivinar hileras de grandes ojos amarillos.

«¡Uh, uh, uh! ¡Uh, uh, uh!», resonó en la sombra.

—Jason... —murmuró cuando se dio cuenta.

Pero los dos chicos ya habían llegado a las ventanas que daban al porche. Eran altas y estrechas, con rejas de hierro forjado. Los cristales estaban todos rotos y las persianas estaban parcheadas con listones de madera clavados entre sí.

Entre las dos ventanas estaba la puerta de entrada a la casa, casi completamente fuera de sus goznes y peligrosamente ladeada hacia fuera.

De nuevo, Julia oyó un batir de alas proveniente de las plantas superiores. Intentó ignorarlo mirando a su alrededor.

El salón estaba vacío del todo: solo quedaba el armazón de un gran reloj de cuco, con la maquinaria esparcida por el suelo, y una mesita redonda de metal con la cara de una lechuza grabada en la parte de arriba y tres patas centrales que imitaban las de un pájaro.

—Lechuzas —sentenció entonces Julia. He ahí a quien podían pertenecer los ojos grandes y líquidos que había entrevisto en lo alto de la escalera.

Jason y Rick echaron una ojeada fuera: Oblivia y los cuatro hombres de la Cyclops estaban confabulando en torno a algo abierto encima del capó del camión.

—¡Nuestro mapa! —susurró Rick en cuanto se dio cuenta de lo que era.

En el capó del camión estaba el mapa de Thos Bowen que habían encontrado en la Tierra de Punt.

—¡No quiero que quede ni una sola piedra de este horror de casa! —dijo Oblivia Newton—. Pero tienen que proceder lentamente, muro a muro.

El obrero del equipo de demoliciones se levantó la gorra y se rascó detrás de la oreja.

—Eso podría ser difícil, dado que...

—¡No me interesa si es difícil o no! —estalló Oblivia—. ¡Tengo que encontrar la puerta!

—¿Y está segura de que existe todavía?

—¡Pues claro! ¡Si supiera el trabajo que me ha costado estar segura de ello!

Oblivia Newton apretó entre las manos el mapa de Thos Bowen.

El empleado de la Cyclops levantó las manos como para indicar que se fiaba. Junto a él, Manfred esbozó una sonrisa sardónica, contento de que la ira de Oblivia fuera dirigida, por una vez, contra otra persona que no fuera él.

—Perdone usted la pregunta, pero si la puerta está allí dentro, entonces —dijo el obrero—, ¿por qué tenemos que echar la casa abajo?

—¡PORQUE NO LA ENCUENTRO! —gritó Oblivia—. Está tapiada en algún intersticio, o sepultada en algún sótano, ¡no lo sé! Por eso les he llamado: tienen que derribar la casa muro a muro hasta que la puerta aparezca.

—¿Y cuando la encontremos?

—Cuando la encuentren, ¡pueden irse ustedes a donde les plazca!

Los cuatro hombres de la Cyclops parecían perplejos: no habían recibido nunca un encargo parecido.

—Dejando aparte si es absurdo o no, señora... la casa es suya y el dinero también... Lo que me gustaría que entendiera es que podría ser peligroso. No me parece una casa del todo normal. Las paredes son de aluminio y madera. El tejado de espejos. Y parece tan llena de tuberías y artilugios que da hasta miedo.

—¿Un hombre grande y robusto como usted que tiene miedo de la casita de juguete de un relojero? —se burló Oblivia Newton—. ¡No me haga reír,

por favor! ¡Es normal que sea de madera y aluminio! ¡Tenía que ser ligera para poder girar!

Dentro del salón, Rick sonrió. Estaba en lo cierto: la casa daba vueltas.

—La verdad es que uno no encuentra todos los días un edificio parecido... —comentó el obrero de la Cyclops—. ¡Menuda casita de juguete!

Oblivia soltó una risita burlona.

—Bueno, para su dueño era un juguete... Peter Dedalus, un hombrecillo de esta altura más o menos... —Y se llevó la mano a la altura del ombligo.

Al oír el nombre de Peter Dedalus, Rick dio un brinco.

—Esta casa es una pequeña joya de la tecnología mecánica —añadió el hombre de la Cyclops tras volver a ponerse la gorra—. Y aún más, si como me decía, genera su propia luz eléctrica.

—Ningún cable de luz, ni de teléfono, nada —confirmó Oblivia—. ¡Una verdadera pesadilla! Todo lo producen esas cosas que hay en el tejado...

—Placas solares.

—¡Horrores solares! —gritó Oblivia—. En un horror de casa. Venga, ¡derríbenla!

Cuando la última palabra estridente resonó en el salón vacío, en la casa se oyó un frenético batir de alas.

Oblivia y los obreros se volvieron para mirar la casa.

—Creo que hay algún animal ahí dentro —observó uno de los obreros.

—¡No me interesa! —replicó Oblivia—. ¡Ya les he dicho lo que tienen que hacer!

—Como usted quiera —concluyó el hombre ligeramente disgustado—. Primero echamos una ojeada dentro y después empezamos.

Los chicos se apartaron rápidamente de la ventana. Al hacerlo, Julia se apoyó sin querer en la mesita con las patas de lechuza que estaba detrás de ella. El mueble produjo un amenazador ruido metálico y, como movido por un resorte, se echó hacia atrás dando un paso él solo con sus propias patas.

Julia se lo quedó mirando con los ojos desorbitados y el cerebro incapaz de encontrar una explicación lógica. ¿Había sucedido de verdad o había sido solo fruto de su imaginación?

—Jason...

—¿Qué?

—La mesita... Se ha movido sola.

—Claro, claro, Julia... Ahora mismo voy.

Jason y Rick se deslizaron hasta la entrada de la Casa de los Espejos y desde allí echaron un vistazo fuera a través de la rendija que había entre el

muro y los goznes de la puerta.

Los hombres de la Cyclops estaban atareados en la parte trasera del camión. Oblivia y Manfred se acercaron paseando hasta el portón de madera ladeado.

—¡Qué increíble satisfacción echar abajo esta choza! —exclamó Oblivia observando con repulsión la entrada de la Casa de los Espejos.

Después, con sumo cuidado para que no la oyeran los obreros, se dio media vuelta y añadió dirigiéndose a Manfred:

—¡La encontraremos enseguida, verás! ¡Sin el mapa habría podido estar buscando la dichosa puerta cien años! Y sin embargo, ¡aquí está!, ¡en la casa de Peter! ¡Ah, nunca me he sentido mejor en mi vida!

Julia seguía inmóvil en medio del salón.

—Es verdad, Jason —susurró—. Solo la he rozado un poco, y la mesita... ¡ha dado un paso!

Delante de la entrada, Oblivia desplegó el mapa de Thos Bowen, lo miró, lo volvió a enrollar y se lo puso debajo del brazo.

—Pero ¿cuánto tardan estos ineptos para un derribo? ¿Qué estarán buscando ahora en el camión? ¡Cuanto más músculo, menos cerebro!

Manfred, que de músculos no se podía quejar, asintió. Justo después se puso a escudriñar la puerta.

Jason y Rick se quedaron completamente inmóviles al otro lado, sintiendo, a través de la rendija, su mirada escrutadora.

En el salón, Julia alargó la mano para tocar de nuevo la mesa.

Manfred hizo una mueca sin convicción.

Oblivia se puso en jarras y miró hacia arriba, hacia el tejado de espejos.

—Empezaremos por allí, por ese ridículo tejado que calienta agua. ¿Oyes qué algarabía? Pero ¿qué animales son? ¿Lechuzas? ¡Puaj, qué bicharracos! ¡Venga! ¡Vamos! ¡Arriba con esa grúa! ¿O tenemos que derribar nosotros mismos la puerta a empujones?

Manfred comprobó la resistencia de la puerta de entrada. En cuanto puso una mano encima, dijo:

—No hace falta dar ningún empujón. Se cae por sí sola... —comentó.

Rick y Jason contuvieron la respiración.

Julia miró hacia lo alto de las escaleras. Encaramada como una estatua en la parte superior de la barandilla había una enorme lechuza de plumaje claro, que la estaba observando.

La chica tocó la mesita de hierro redonda. Y...

—¡CHÚPATE ESA! —gritó de repente Rick. Se apoyó contra el portón y lo hizo ondear peligrosamente hacia Manfred, que levantó las manos para intentar sujetarlo.

Oblivia dio un grito.

Jason entendió al vuelo las intenciones que tenía su amigo y lo ayudó a empujar. Emitiendo un chirrido desesperado, los goznes cedieron y la puerta le cayó a Manfred sobre la cabeza.

La lechuza que estaba encima de las escaleras levantó el vuelo, planeando sobre el salón.

—¡Vámonos! ¡Deprisa! —gritó entonces Jason, buscando a su hermana con la mirada y encontrándose, en cambio, con la cara redonda de la lechuza que bajaba en picado hacia él.

—Y esta, ¿quién es? ¡Vamos! ¡Salgamos de aquí! ¡Si nos pillan, estamos perdidos!

Julia todavía estaba de pie al lado de la mesita.

La tocó: estaba fría y llena de polvo. Inmóvil. Después miró fascinada cómo la lechuza abría las alas y planeaba hacia la salida de la casa.

Los chicos llegaron al lado de Julia en un abrir y cerrar de ojos.

—La lechuza... —intentó explicar ella—. La mesa... y después... ha aparecido en lo alto de las escaleras.

Jason la zarandeó bruscamente.

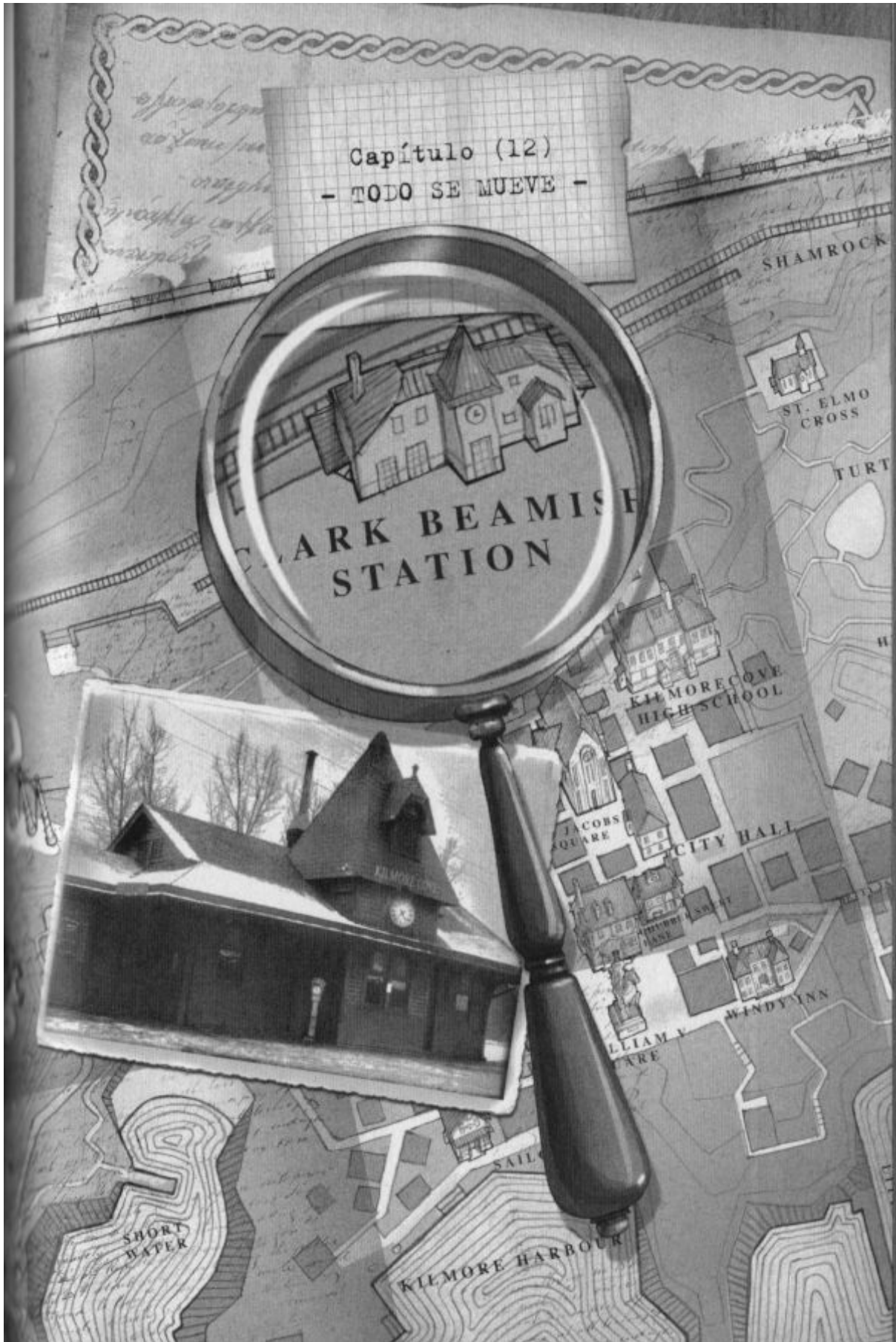
—¡Larguémonos, Julia! ¡Antes de que se den cuenta de que estamos aquí! ¡No podemos quedarnos ni un minuto más! Esa mujer es capaz de todo...

La lechuza había desaparecido en medio de la polvareda de la entrada y ahora lanzaba su reclamo en el porche, entre los chillidos de Oblivia.

Los chicos salieron corriendo del salón.

Pero justo antes de salir, Rick pudo ver por el rabillo del ojo que en el suelo polvoriento, junto a la mesa, había tres marcas circulares más claras.

Era como si las patas de la mesa se hubieran movido.



Los chicos bajaron las escaleras, salieron por la puerta, llegaron a la verja y, finalmente, volvieron a agazaparse entre la alta hierba. Miraron a su alrededor con suspicacia, intentando averiguar si alguien se había dado cuenta de su presencia... En ese momento oyeron el motor de la máquina demoledora que se ponía en marcha. Se quedaron mirando fijamente en silencio la Casa de los Espejos con una repentina sensación de impotencia.

Entonces sucedió algo extraño: una bandada de lechuzas empezó a dar vueltas en torno al tejado.

—¡Nunca había visto tantas lechuzas juntas!

—¿Cuántas serán?

—¿Y qué estarán haciendo?

Las aves, molestas por el ruido y por la luz del sol, volaban frenéticas en pequeños círculos alrededor de la casa. Salían por las ventanas del segundo piso y lanzaban sus oscuros reclamos, planeando sobre el porche.

Oblivia chillaba:

—¡Fuera! ¡Largaos de aquí, bicharracos!

—Creo que intentan defender su casa —dijo Rick. El motor de la grúa seguía calentándose.

—¿La van a derribar de verdad?

—¡Tenemos que impedirlo! —exclamó Rick.

—¡Vámonos de aquí! ¡Deprisa! ¡No quiero verlo! —exclamó Julia acelerando el paso para alejarse—. No podemos hacer nada... Y sería correr un riesgo demasiado grande que nos descubrieran ahora...

Jason y Rick se quedaron mirando la grúa que comenzaba a moverse entre los chillidos de las lechuzas.

—¡Que le parta un rayo a Oblivia Newton y a quien la inventó! —gruñó Jason cuando oyó gemir la casa, tras el primer golpe de la bola de hierro.

—¡No! —gritó Julia tapándose los oídos.

—¡Están tirando el tejado!

—¡Hagamos algo! —propuso Jason.

Pero los chicos estaban como paralizados. A cada nuevo golpe, se les encogía el estómago.

Al final se rindieron ante la evidencia: no podían hacer nada. Esa mujer y su chófer eran muy peligrosos. Y ellos tan solo eran tres muchachos.

Encontraron las bicicletas donde las habían dejado escondidas y se alejaron pedaleando, intentando hacer caso omiso de los ruidos que oían tras de sí.

Jason estaba rojo de rabia. Rick intentaba consolarse con la idea de haberle echado la puerta encima a Manfred. Julia se sentía confusa y triste.

Parecía como si los molinos de lo alto de la colina se hubieran parado, asombrados por la agresión de la grúa y privados ya de su cometido.

Sobre cada uno de ellos se había posado una lechuza.

—¡Su casa sí que me gustaría tirar a mí! —exclamó Julia enojada cuando estuvieron lo suficientemente lejos para poder bajarse de las bicicletas sin correr peligro. Sentados en el suelo, a través de los tallos de hierba, veían el mar, profundo y quieto.

—Me gustaría... ¡No sé qué me gustaría, pero me gustaría que alguien parara esto! ¡Y le diera su merecido a esa bruja de Oblivia!

Cogió una piedra y la lanzó lejos, con toda la fuerza que pudo. Rick repartió la última ración de agua. Estaba caliente y sabía raro.

Jason sacudió la cabeza desconsolado. Tenía en la boca un largo tallo de hierba, que masticaba con rabia.

—Teníamos razón acerca del mapa —dijo al cabo de un rato.

Rick se sentó a su lado.

—Y también sobre las puertas. No existen solo la de Villa Argo y la de miss Biggles. Hay muchas más ocultas por ahí fuera.

—Tenemos que recuperar el mapa y descubrir cuántas son. Y dónde están. Y para qué sirven.

Aunque no lo dijeron claramente, no se sentían con ánimos para volver a la Casa de los Espejos mientras era reducida a escombros. Y tampoco tenían valor para seguir el plan original e ir a la casa de Oblivia Newton. Era como si asistir al inicio de la destrucción de la casa les hubiera hecho darse cuenta de repente de lo despiadada que en verdad era esa mujer.

—Según vosotros, ¿para qué está buscando una nueva puerta? ¿No le basta con la de miss Biggles?

—¡No lo sé! —soltó Jason, sujetándose la cabeza con las manos—. ¡Ya no entiendo nada! ¡Ni quién es Oblivia, ni qué quiere, ni qué son esas puertas o dónde están o para qué demonios sirven! Pero ¿por qué no nos ayuda nadie? —Tiró el tallo de hierba e intentó arrancar otro, que opuso gran resistencia.

—¿Te ayudo? —sonrió Julia.

Herido en su amor propio, Jason se desolló los dedos para arrancarlo. Después, aunque era ridículamente grande, se lo metió entre los dientes.

Una gaviota lanzó chillidos agudos en el cielo mientras permanecía inmóvil sobre ellos a merced de las corrientes. Rick, al igual que aquella gaviota, parecía totalmente incapaz de moverse o de hablar, absorto como estaba en sus pensamientos.

—Yo sé quién era el dueño de aquella casa... —dijo por fin—. Era el relojero de Kilmore Cove. Tenía una tienda en Chubber Sweet Lane. Entré una vez con mi padre —continuó Rick con los ojos brillantes—. Era... era mi primer día de colegio. Fuimos andando hasta la tienda. Hasta ahora no había logrado recordar dónde había visto antes el dibujo del cartel de Owl Clock: la lechuza blanca con un reloj en el pico. Estoy seguro de que era el cartel de su tienda. Y abajo estaba escrito:

Peter Dedalus

relojes, péndulos y otros inútiles artefactos para robar tiempo

Jason dejó de mascar el tallo de hierba y lo escupió.

—Encima de la puerta había una de esas campanillas que suenan cada vez que se abre —siguió recordando Rick—. Ahora la tienen todos, pero entonces la tenía solo el relojero, y yo me pasé no sé cuánto rato abriendo y cerrando la puerta para que sonara. Al final, mi padre me acompañó a la fuerza hasta el mostrador, que era altísimo. No había más que relojes. De todas las formas y colores. Cada uno hacía tictac de una manera distinta... Peter Dedalus estaba en la trastienda. Había una cortina, me parece, y de detrás salía una música. No la he vuelto a oír, pero estoy seguro de que podría reconocerla en cualquier sitio.

—¿Cómo era el tal Peter?

—Estaba demasiado obsesionado por los relojes para ocuparse de él mismo. Pero me parece recordar a un hombre pequeño, con una nariz alargada, una bata manchada y una bonita sonrisa. Recuerdo que mi padre le dijo: «Hola, Peter. Te he traído a mi hijo». Y a mí: «Rick, saluda a Peter». Después me explicó todo: habíamos ido allí porque quería regalarme un reloj para el colegio. Me dijo que todos los niños importantes tenían un reloj para llegar siempre puntuales a clase. De modo que le encargó que me hiciera uno.

Rick desenganchó del cuadro de la bici un reloj de muñeca y se lo enseñó a los dos gemelos.

—La correa se me ha quedado pequeña, y ya no está Dedalus para cambiarla.

Era un elegante reloj automático con un cuadrante claro que tenía grabada una lechuza blanca en el centro. Debajo de la lechuza se leían las dos iniciales de su artífice: «P. D.».

—Es muy bonito —comentó Julia.

Jason, que no había usado reloj en su vida, se limitó a sopesarlo entre las manos.

—Y es ligero.

Rick se encogió de hombros.

—No se ha adelantado ni retrasado nunca ni un segundo. Peter era muy preciso en su trabajo.

De golpe, los tres imaginaron con terror lo que le estaba pasando a su casa en esos momentos.

—Quizá deberíamos avisar a alguien para intentar detenerlos —sugirió Julia.

—¿A quién? Hoy es domingo —le recordó Rick mientras cogía de nuevo el reloj—. Y además, a nadie le importa lo que sucede en casa de Peter Dedalus. ¡Pobre Peter!

—¿Por qué? ¿Qué le pasó?

—No se sabe. Un día desapareció. O por lo menos eso es lo que me ha contado mi madre.

—¿Desapareció así, por las buenas? ¿Desapareció sin decir nada a nadie?

—En efecto: dejó la tienda como estaba y nunca más ha vuelto.

De repente, Jason intuyó lo que podía haber pasado:

—Descubrió la puerta.

—¿Qué?

—Un día Peter Dedalus descubrió la Puerta del Tiempo en su casa. La abrió y no ha vuelto. Eso es lo que le pasó.

Simple e increíble al mismo tiempo.

Una intuición perfecta.

Jason se puso en pie y las tripas le rugieron de hambre.

—Y hablando de relojes, ¿sabéis qué hora es?

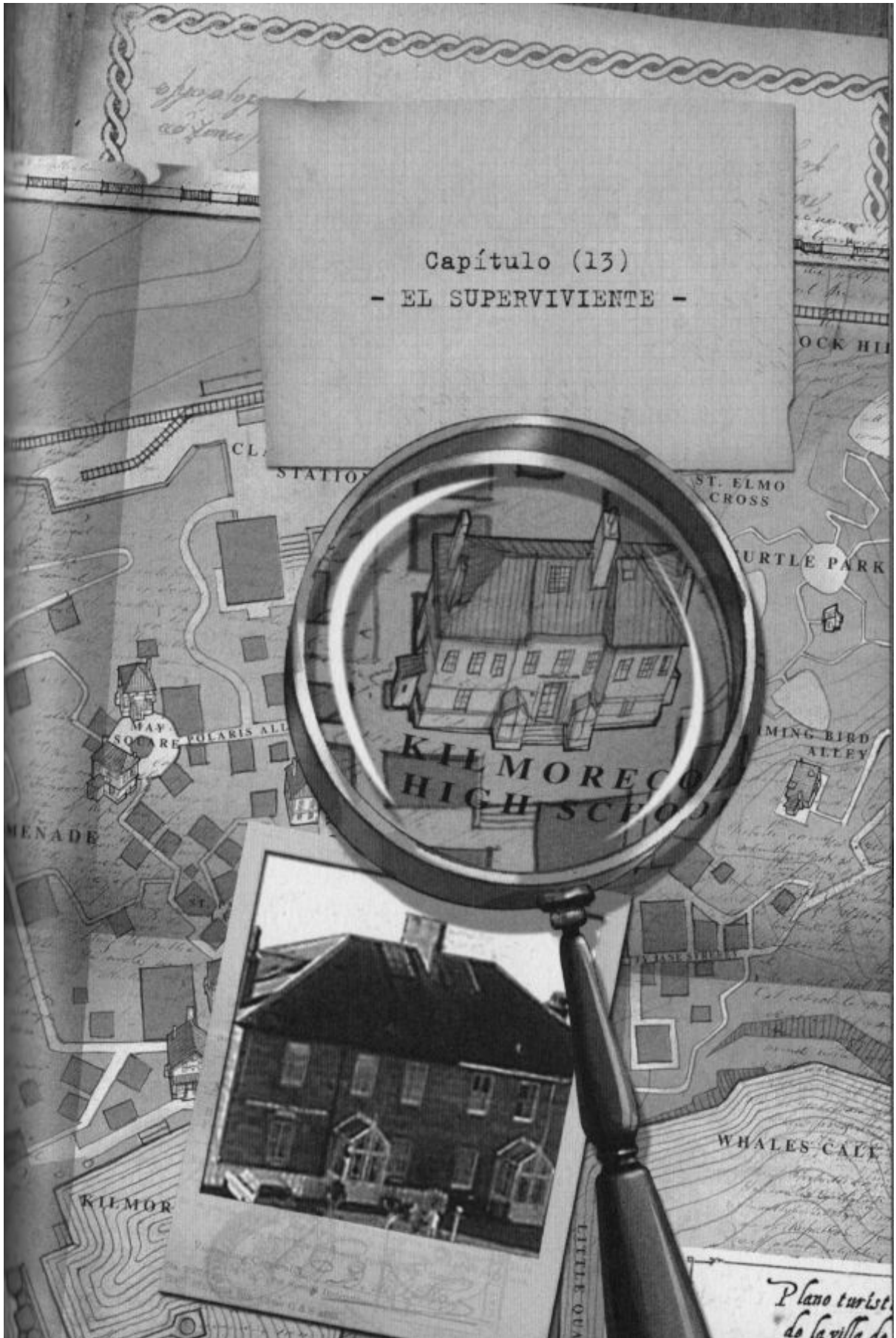
—Las tres y media.

—¿Qué os parece si comemos algo?

Pero Julia seguía fantaseando con la historia de Rick.

—¿Y la tienda? ¿Existe todavía?

—Oh, sí. Ya lo creo que existe todavía.



Oblivia Newton se acercó a su chófer y le espetó:

—¡Lo que nos faltaba! ¡¿Es que tienes que estar siempre en el sitio equivocado en el momento equivocado?!

Después de ayudarlo a salir de los escombros de la puerta de entrada de la Casa de los Espejos, los obreros de la Cyclops tendieron en el suelo una sábana blanca para que se tumbara. Pero Manfred se negó a comportarse como un herido y permaneció estoicamente de pie, observando el comienzo de las operaciones de derribo.

Su mono de motociclista estaba cubierto de polvo y virutas de madera. La nariz le había empezado a sangrar, obligándolo a taponarla continuamente con un pañuelo y, lo que era más grave todavía, sus gafas de sol estaban de nuevo hechas añicos.

Se giró para mirar a Oblivia gruñendo algo incomprensible.

—Pero ¿cómo se te ocurre? ¡Dejar que te caiga encima esa puerta! ¡Podía haberte matado! —insistió ella.

—Tengo la piel dura —replicó Manfred. Se le había metido una astilla debajo de la uña del pulgar. Le dolía al menor movimiento de la mano—. Y además, no estoy seguro de que haya sido culpa mía.

—¿Otra vez con esa historia de la voz, Manfred? —se burló la mujer—. ¡Habrá sido uno de esos dichosos pajarracos!

—He oído una voz dentro de la casa poco antes de que la puerta se cayera.

—¿Y qué ha dicho la voz, a ver?

—«¡Chúpate esa!» —recordó Manfred con cierta rabia.

La máquina con la bola de hierro golpeó el tejado de la Casa de los Espejos. Los obreros de la Cyclops la guiaban desde el suelo con precisión. Llevaban todos gafas y orejeras de plástico negras para protegerse los oídos.

Las placas solares que formaban el tejado se fueron rompiendo una detrás de otra. De vez en cuando el brazo de la máquina oscilaba, haciendo que la bola de hierro se hundiera entre los muros y pilares de la casa. El ruido de cada golpe era ensordecedor.

Oblivia, divertida, agitó las manos haciendo aspavientos ante sí.

—¿No es un espectáculo fascinante?

Sujetaba entre las piernas una mochila de viaje, llena de misteriosos objetos.

—Fascinante de verdad... —musitó Manfred, tapándose la nariz con el pañuelo.

De repente, la bola de hierro se quedó encajada inexplicablemente en un rincón de la casa; los obreros de la Cyclops empezaron a ponerse nerviosos

mientras intentaban sacarla de allí.

Con un gemido suspendido, toda la estructura de la Casa de los Espejos empezó a girar lentamente. Era como si se hubiera activado un mecanismo de emergencia que, primero, había atrapado la bola de hierro y, después, había puesto en marcha la rotación de la casa.

—¡Inútiles! ¡Incompetentes! —gritó Oblivia—. ¡Les he dicho que podía girar!

A medida que la casa giraba, la cadena de la grúa iba tensándose más y más, y los obreros de la Cyclops iban poniéndose cada vez más nerviosos.

—Me parece que va a haber problemas —sentenció Manfred. «Si la casa sigue girando —pensó—, se romperá la cadena o volcará la grúa. Por suerte he aparcado la moto al otro lado.»

Se oyó un fuerte estruendo.

Oblivia Newton se tapó los ojos con las manos.

—¿Por qué me rodeo siempre de incompetentes? —exclamó mientras la máquina se ladeaba y caía al suelo, arrastrada lejos de la Casa de los Espejos.

En lo alto de la colina, los molinos empezaron a girar de nuevo vertiginosamente.



Chubber Sweet Lane debía su nombre a la pastelería Chubber, situada justo en la esquina del callejón.

La tienda tenía dos escaparates anónimos, uno que daba al pequeño callejón y otro que asomaba a la plaza principal de Kilmore Cove. Sendos visillos de encaje custodiaban sus tesoros: una hilera inacabable de pequeños canutos de crema, pastas recubiertas de azúcar glaseado y pasteles de chocolate con forma de seta. Dentro, aroma de cacao, vainilla, canela y azúcar de lustre impregnaban nariz y ropa, obligando incluso al más escéptico visitante a esbozar una sonrisa de satisfacción.

Julia, Jason y Rick recuperaron la serenidad gracias a una enorme bandeja de *scones* con pasas, bocaditos rellenos de crema de fresa y bollos de chocolate puro.

Se los tomaron de pie, delante del cartel de la relojería de Peter Dedalus, pasándose la bandeja uno a otro hasta que no quedó ni una migaja.

La lechuza con el reloj en el pico seguía allí, pero el único escaparate de la tienda estaba sellado por una gruesa tabla de madera que no dejaba libre ni una rendija. La entrada estaba protegida por una puerta maciza y reforzada por una verja de hierro forjado, cuyo panel central tenía una complicadísima y extraña cerradura.

Colgado de la verja con un alambre había un cartel que decía:

*SE TRASPASA ACTIVIDAD
A OJOS CERRADOS
PRECIO INMEJORABLE
(Tel. **7480020)
(ENTRADA POR DETRÁS)*

Los chicos se chupetearon los últimos restos de chocolate de los dedos y siguieron el consejo: atravesaron una arcada de piedra y un pasaje poco iluminado y salieron a un pequeño patio que estaba detrás de la tienda. Allí vieron una puerta modernísima, empotrada a la fuerza en la pared con una capa de cemento bastante reciente, que desentonaba con el resto del edificio. Era como si alguien hubiera conseguido entrar en la tienda pasando por detrás y, después, para impedir la entrada a los otros, hubiera obstruido el paso montando esa puerta.

—Pues qué bien... —se lamentó Jason tras comprobar que estaba cerrada con llave—. Yo diría que por aquí no se entra...

Los chicos volvieron a la verja y examinaron con detenimiento la cerradura.

—Parece uno de sus singulares artilugios —les comentó Rick—. No me sorprende nada que para poder entrar hayan echado abajo la puerta de atrás. Peter Dedalus era famoso en el pueblo por sus extraños mecanismos —explicó a los gemelos—. Se dice que le gustaba construir máquinas de precisión que desempeñaban las tareas más disparatadas: brazos móviles que transcribían partituras musicales, manos mecánicas que quitaban los huevos del fuego cuando estaban perfectamente pasados por agua, pequeños coches que se movían solos...

—¡Como la mesita de su casa! —exclamó Julia.

—Julia, venga, ¿quieres dejar ya la historia esa de la mesa que camina?

—Jason, creo que tu hermana tiene razón —intercedió en su defensa Rick—. Mi madre me hablaba siempre de una salita de butacas mecánicas que se movían por toda la habitación. Decía que resultarían muy útiles para poner y quitar la mesa.

Los chicos soltaron una carcajada al imaginarse la escena.

El panel cuadrado que estaba en medio de la verja, de hecho, era realmente original: no había ni un hueco para poder meter una llave o poner en marcha un mecanismo. Había, eso sí, un cuadrante de un reloj con dos largas manecillas inmóviles, un calendario perpetuo en la parte superior y dos ruedecillas laterales, una a la derecha y otra a la izquierda.

Jason intentó girar la de la derecha y descubrió que todavía funcionaba: las manecillas del reloj cambiaron de sitio inmediatamente. La otra ruedecilla servía para dar cuerda.

—Los artilugios de Peter eran siempre perfectos —observó Rick complacido.

—Yo no diría eso: el año del calendario está equivocado —comentó Julia.

—¿Qué hora es en este momento? —preguntó Jason.

—Las tres o las cuatro.

—A lo mejor para entrar basta con ponerlo a la hora y darle cuerda...

Hizo girar las manecillas hasta que marcaron las cuatro y cuarto y le dio un poco de cuerda al reloj. No sucedió nada.

—A lo mejor tienes que darle toda la cuerda... —sugirió Julia.

Jason le enseñó las coloradas yemas de sus dedos.

—¿Por qué no lo haces tú? —replicó—. Yo me estoy dejando la piel.

—Entonces no veo por qué me la tengo que dejar yo también.

—¡Ha sido idea tuya venir aquí!

Julia se puso en jarras:

—Ah, ¿sí? ¿Y tú qué habrías hecho, en cambio? ¿Es que tenías otro plan mejor?

—Yo habría ido a Villa Argo corriendo para hablar con Nestor. Quizá él sepa algo de este Dedalus, de la Casa de los Espejos, de cómo funcionan las puertas y de quién las ha escondido. ¿Habéis pensado en eso? ¿Quién ha escondido las puertas?

—¿Ulysses Moore? —aventuró Julia.

—¡No! —replicó Jason—, Ulysses Moore nos ha ido dejando pistas para que lo encontremos. Él no está ocultando las puertas. Al contrario, ¡quiere que las encontremos!

Julia reflexionó sobre ello, muy poco convencida. Esperó a que Jason diera inútilmente toda la cuerda al reloj y después comentó:

—Tampoco ahora ha pasado nada...

Después de un breve tictac, sin embargo, las manecillas del reloj empezaron a girar. Y también el calendario perpetuo.

Al final, las manecillas acabaron marcando un horario diferente y el calendario señalando un nuevo año: 1206.

Pero Jason no se desanimó, convencido de que el número podía sugerir la hora a la que había que colocar el reloj. El año 1206 podía leerse también como un horario: las doce y seis minutos. El chico puso el reloj a esa hora y volvió a darle cuerda.

Por segunda vez, las manecillas se movieron rápidamente por el cuadrante y en el calendario pudo leerse un nuevo número: el 334.

—¡Basta! —se rindió Jason—. ¡Esto es demasiado para mí! Si hay que descifrar códigos secretos o estudiar el orden de los tarots, acepto, pero no me pidáis que haga algo con números...

—¿Números? —saltó de repente Rick—. ¡Podríamos intentar llamar al número que está escrito en el cartel! A lo mejor así viene alguien a abrirnos.

—¡Buena idea! —aprobó Julia—. Busquemos una tienda desde donde podamos llamar.

—Por supuesto que hemos comenzado a leer sus libros, señorita Calypso... —mintió descaradamente la chica minutos después, dentro de la librería—. ¡Nos ha aconsejado unos títulos verdaderamente extraordinarios!

La mujer los miró de arriba abajo, uno tras otro, para acabar deteniéndose en Rick.

—¿Tú también, Banner?

—Pues, sí, sí, por supuesto... —farfulló él.

—Apuesto a que ni siquiera te acuerdas del título del libro que tenías que leer —lo apremió Calypso mientras se atusaba la falda del traje azul celeste.

Rick se puso muy derecho, herido en su orgullo.

—¡No es verdad! Me acuerdo perfectamente. Era... o sea, es... el...

Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, parecía que la información no hubiera dejado ninguna impronta en su memoria.

—¿Entonces?

—¿Quiere saber la verdad, señorita Calypso? —intervino Julia, suspirando.

—Me gustaría, sí.

Rick se había puesto colorado. Por enésima vez había vuelto a quedar fatal ¡Dichoso domingo! Apenas se reconocía a sí mismo: ¿adónde había ido a parar aquel chico práctico, preciso y siempre puntual?

—La verdad es, señorita Calypso —prosiguió Rick, mientras miraba con los ojos muy abiertos primero a Julia y luego a Jason—, que ayer por la tarde tuve que acabar otro libro y por eso no he podido empezar el nuevo. No me gusta dejar los libros a medias, ¿sabe?

—¡¿Otro libro, Banner?! —La mujer dio unas palmaditas y fingió desmayarse—. Y, vamos a ver, ¿qué libro es ese que te ha tenido tan cautivado toda la noche?

Rick levantó el mentón.

—*El enorme cocodrilo de los mapas perdidos* —soltó—. Es la historia del faraón Tutankamón, que se pierde dentro de una Casa de la Vida egipcia, una especie de gigantesco laberinto lleno de nichos en el que se custodian todo tipo de objetos. Allí tiene que huir de un cocodrilo asesino que le persigue y que quiere encontrar el mapa antes que él. Pero como Tutankamón es un faraón, todos los funcionarios de la Tierra de Punt, lugar de suma importancia para los antiguos egipcios, acorralan al enorme cocodrilo y salvan al joven faraón.

La señorita Calypso se enderezó y comentó:

—Pues parece interesante.

—Es muy interesante —continuó Rick—. Si quiere, se lo presto.

Por suerte, Calypso pareció quedar satisfecha con la explicación de Rick.

—Entonces, ¿nos deja hacer esa llamada? —preguntó cándidamente Julia.

El teléfono de baquelita negra se encontraba detrás de la caja. Julia levantó el auricular y marcó el número que estaba escrito en el cartel de la tienda de Peter Dedalus. A pocos pasos de ella, la señorita Calypso les estaba enseñando a los chicos una novela llamada *Century*, que, en su opinión, no podían dejar de leer.

Mientras esperaba que alguien contestara al teléfono, Julia leyó distraídamente las notas escritas en las distintas estanterías que rodeaban la caja: «Pedidos de libros que nadie ha venido a recoger», «libros para cambiar que ya no se pueden cambiar», «libros que hay que pedir esta semana» y «libros de regalo».

En la estantería más baja había algunos volúmenes marcados con un signo de interrogación.

Al ver un libro con el lomo de terciopelo rojo que tenía tres grandes signos de interrogación, Julia sintió curiosidad.

Tiró del cable del teléfono para acercarse y ver de qué se trataba: era un viejo libro de bolsillo, manoseado y amarillento por los años, con la fotografía de un pequeño puerto en la portada.

Pero lo que la dejó sin respiración fue el título:

EL VIAJERO CURIOSO
Pequeña guía de Kilmore Cove
y alrededores

Julia se aseguró de que nadie la estuviera observando: Calypso estaba poniendo de nuevo en orden una colección de grandes clásicos, mientras Jason y Rick hojeaban distraídamente un libro lleno de dibujos.

A Julia el corazón le empezó a latir cada vez más fuerte.

La línea del teléfono estaba libre. Colocó el auricular entre la oreja y el hombro para sujetarlo y alargó la mano hasta tocar la portada del libro.

Intentó abrirlo: las páginas estaban todavía sin separar, como si nadie lo hubiera leído nunca antes. Su curiosidad era ya tan grande que cogió la guía de la estantería.

Cuando abrió el libro, cayó de él una hoja. Julia intentó cogerla al vuelo, pero al agacharse se le escapó el auricular, que cayó con estrépito al suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Calypso.

Julia, en un abrir y cerrar de ojos, se agachó para coger la hoja y se la metió en el bolsillo, volvió a colocar la guía en la estantería, recuperó el auricular y después se puso en pie como movida por un resorte. Después,

sonrió con la mejor de sus caras de niña buena e, intentando dominar el pánico, se puso a declamar mientras la línea del teléfono seguía dando libre sin que nadie contestara:

—¿Oiga? Sí, sí, buenos días... Llamaba por el anuncio de la tienda de Peter Dedalus... Sí, claro, el de Kilmore Cove. Ajá, ajá. Ah, ya. Pues entonces nada. Muchas gracias, de todas formas. Hasta pronto. —Colgó veloz como una lagartija y comprobó por el rabillo del ojo que el libro estaba de nuevo en su sitio. Después bordeó la caja y se dirigió hacia Jason y Rick, sin dejar de sonreír ni un segundo a Calypso.

—¿Y? —preguntó Jason.

—No hay nada que hacer. Estaba solo la mujer de la limpieza. La oficina está cerrada.

—¡Caramba! ¡Es que es domingo! Tendríamos que haberlo pensado antes...

—Ejem... —carraspeó Julia mirando con nerviosismo a su alrededor.

Jason y Rick intuyeron al vuelo que era mejor salir de allí, así que saludaron apresuradamente a la señorita Calypso y se fueron.

La mujer se los quedó mirando a través del escaparate y, luego, acabó de ordenar los grandes clásicos de la literatura inglesa mientras silbaba una canción.

Algunos minutos más tarde, en la Isla de Calypso hizo su entrada una señora de mediana edad, con sombrero y zapatos blancos de turista. Se dirigió sin titubear hacia donde estaban las novelas de amor y eligió una con la cubierta rosa.

—Esta —decidió sin la más remota duda.

—Excelente elección —la felicitó Calypso mientras se dirigía a la caja para hacer el tíquet.

La vieja máquina se puso en funcionamiento con un ruido de reloj de péndulo. En la parte de arriba, un hombrecillo de hierro se quitó rígidamente el sombrero, mientras que a sus pies salió el tíquet impreso.

—Aquí tiene —dijo Calypso entregándoselo a la señora.

—¡Qué caja tan bonita! —comentó ella—. Es muy antigua, supongo.

—Sí, pero todavía funciona perfectamente —respondió Calypso acariciando las teclas redondas de cobre—. La construyó un artesano del pueblo.

—Entonces, ¡será indestructible! Y naturalmente, dentro de algún tiempo vendrá un funcionario del gobierno a decirle que tiene que cambiarla porque no respeta no sé qué extraña ley burocrática...

—Es posible... —sonrió Calypso—. ¡Pero antes el funcionario tendrá que encontrarme!

Fue entonces cuando miró el contador del teléfono que estaba colocado en la pared.

«Qué raro —pensó—, la chica ha llamado y el contador ni siquiera ha registrado un paso.»

En cuanto salieron de la librería de Calypso, Julia echó a correr. No se detuvo hasta que llegaron al callejón de Chubber Sweet.

Cuando Jason y Rick le preguntaron a qué tanta prisa, ella sacó del bolsillo una hoja arrugada.

—Y eso, ¿de dónde lo has sacado?

—¡Estaba dentro de una vieja guía de Kilmore Cove!

En un lado de la hoja había un boceto a lápiz de un tren que salía de un túnel. Debajo estaba escrito: «¿Qué sucede en las vías después del túnel?» En el reverso de la hoja, otro boceto representaba la estatua del rey de Inglaterra junto a la que habían pasado esa misma mañana. El anónimo dibujante comentaba esta vez: «¡En Inglaterra no ha habido nunca un rey llamado Guillermo V! (?)».

—¿Qué significa esto? —exclamó Rick, a quien le empezaban a temblar las manos—. ¿Qué es? ¿Una broma?

—No sabría decir si lo del rey es verdad o no... La historia nunca ha sido mi fuerte.

—¡¿Por qué razón habrían levantado un monumento a un rey que nunca ha existido?!

—¿Y que, además, se parece tanto a Nestor? —bromeó Jason, haciendo reír a los otros—. ¿Y lo de las vías del tren? ¿Qué es lo que tendría que pasar después del túnel?

Rick sacudió la cabeza.

—No tengo ni la más remota idea. Pero podemos ir a ver. El túnel del tren está a cinco minutos de aquí en bici.

Jason se plantó de nuevo delante de la verja de Peter Dedalus.

—Pero antes tenemos que conseguir entrar en su tienda —dijo.

—¿Y cómo? ¡El dichoso mecanismo no quiere ponerse en marcha de ninguna de las maneras!

—¿Tú crees? —exclamó Jason astutamente. El descubrimiento de su hermana había vuelto a reavivar sus esperanzas. Sentía que Ulysses Moore no los había abandonado y que, de alguna manera, estaba intentando una vez más comunicarse con ellos—. Quizá solo tengamos que entender para qué sirve.

La fecha del calendario perpetuo no había cambiado desde la última ocasión en que Jason había movido las manecillas.

—La clave para abrir la verja está en el calendario —aventuró Jason—. Rick, venga... ¡piensa!

En el aire flotaba un olor a bollos recién sacados del horno y Rick empezó a pensar en voz alta:

—El año 334 está equivocado. Pero el día y el mes están bien. Eso significa que el año, en realidad, no es un año. Quizá haga falta poner antes el reloj a la hora que corresponde al número del año indicado en el calendario.

—Ya lo he intentado. Pero no pasa nada.

Rick prosiguió:

—Entonces hace falta combinar ese número con otro.

—¿Con cuál?

—Por ejemplo, la hora en la que queremos entrar en la tienda.

—¿Qué hora es?

—Las 17.00 —respondió Julia.

—Pues entonces... Convertimos las 17.00 en... mil setecientos. Mil setecientos más trescientos treinta y cuatro son...

Después de varios intentos, llegaron al resultado: 2034.

—Y ahora ponemos el reloj a las 20.34... —Rick colocó las manecillas y Jason le dio cuerda.

«¡BZZZ!» hizo el panel, pero no se abrió. Las manecillas del reloj se movieron al azar y el calendario indicó un nuevo número: el 116.

—No se ha abierto —suspiró Julia.

—Pero ha hecho «¡BZZZ!» —observó Rick—. No había hecho nunca «¡BZZZ!» hasta ahora.

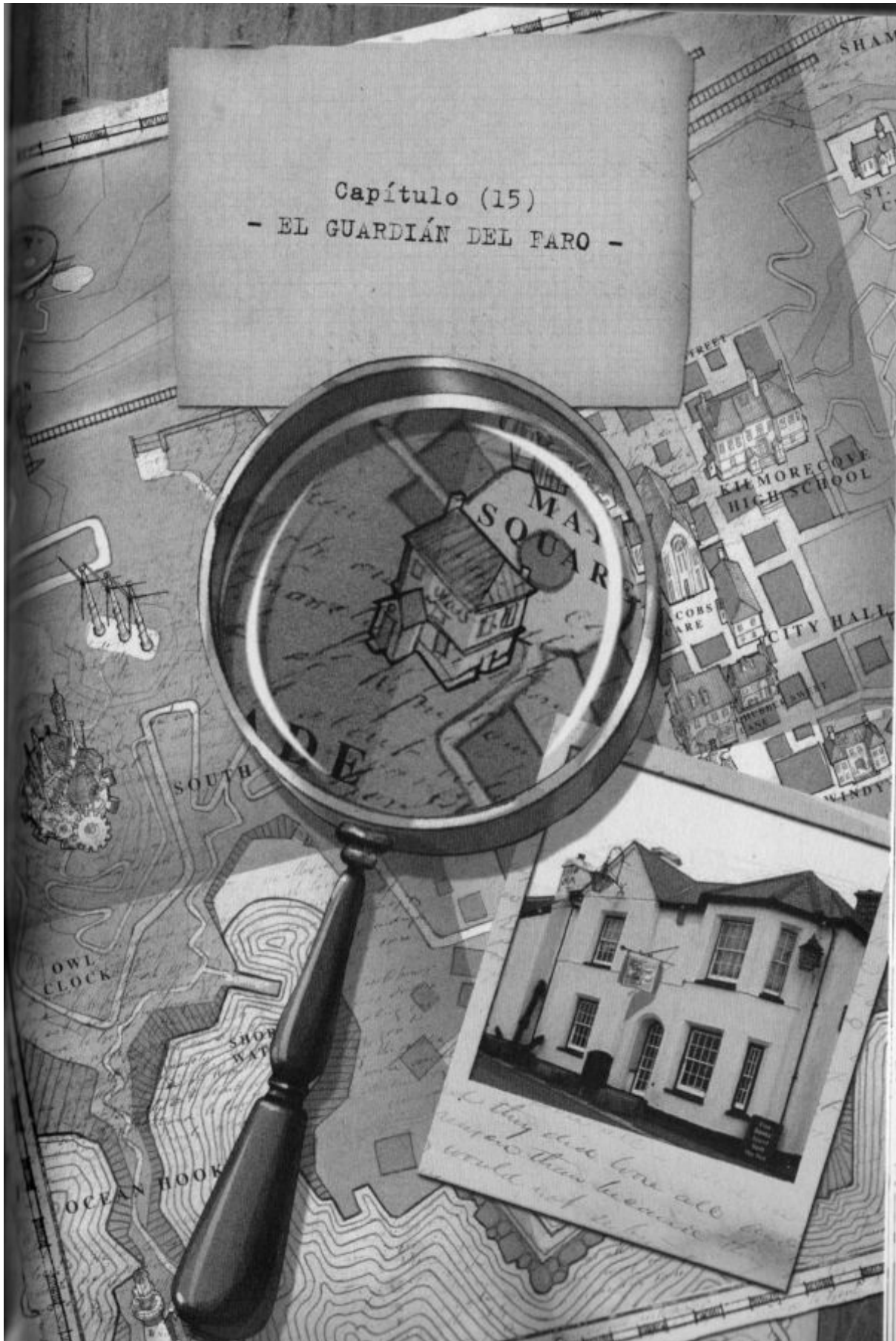
Repitieron los pasos. Como mientras tanto había pasado un minuto, sumaron las 17.01 a 116: 1817.

—Las 18 horas y 17 minutos... —calculó Rick moviendo velozmente las manecillas del reloj.

Jason le dio cuerda otra vez y... el panel hizo «¡BZZZ!».

—No se ha abierto —suspiró de nuevo Julia.

Pero estaba equivocada.



En el jardín de Villa Argo, Nestor oyó un ruido de pasos. Después vio una sombra a su espalda. Se dio la vuelta con el corazón en un puño y se encontró de frente con Leonard Minaxo.

—Hola —lo saludó el guardián del faro con su típica voz cavernosa. Tenía los pantalones mojados hasta las rodillas y un parche de color carne le cubría completamente el ojo derecho.

Nestor se tranquilizó.

—¡Leonard! ¡Menudo susto me has dado! ¿De dónde sales? ¿Por dónde has venido?

Minaxo indicó el acantilado.

—Por las escaleras.

El jardinero se acercó a las escalerillas de piedra y miró abajo, hacia los escollos. Vio la barca de los pescadores atracada en la playa de Villa Argo y los saludó con la mano.

—¿Cómo ha ido?

—Nada —contestó Minaxo mirando a su alrededor. Se detuvo un buen rato en el jardín y en la entrada de la casa, dejando que el viento jugara con su larguísima melena. Su rostro era como una máscara arrugada. Las manos, enormes y nudosas, estaban surcadas por pequeñas cicatrices.

—Ha pasado mucho tiempo —añadió sin darse media vuelta para mirar a Nestor—. ¿Están aquí?

—No, no están. Han bajado al pueblo.

—Peligroso.

Nestor cogió el rastrillo y se alejó unos pasos.

—No tengo elección.

—La tenías.

—Los chicos son valientes.

Minaxo se puso a silbar. Moduló un sonido armonioso, que parecía confundirse con el del viento. Después adoptó una tonalidad más grave, transformando el silbido en un lamento fúnebre.

—No, Leonard. Por favor. Ahora no. Déjalo ya.

—Déjalo ya —repitió el guardián del faro.

En el tejado de Villa Argo habían aparecido dos ardillas.

—La cuestión es precisamente esa: déjalo ya, Nestor.

—¿Has venido hasta aquí solo para decirme esto?

—He venido para volver a ver la casa. Y para decirte que no hemos encontrado ninguna llave en el fondo del mar.

—Las probabilidades eran escasas. Pero valía la pena intentarlo.

—Ni tampoco ningún hombre.

Nestor asintió. Había bajado a primera hora de la mañana a inspeccionar los escollos y no había encontrado ni rastro de la caída de Manfred. Se habría caído al agua. Y como nadie lo había encontrado, ni por la playa ni los alrededores, eso quería decir que probablemente estaba ya de vuelta a las andadas con su pérfida jefa.

—Gracias, Leonard. Al menos lo hemos intentado.

Leonard Minaxo cruzó las manos sobre su gigantesco pecho y lanzó otro largo silbido.

—Lo habíamos intentado ya y decidimos dejarlo.

Un cuervo se posó en las ramas de un sicomoro observando a los dos hombres con atención.

Nestor observó a su amigo de arriba abajo. El único ojo sano del guardián tenía el mismo color que las alas del cuervo.

—Leonard, yo creo que...

Los labios del gigante del faro esbozaron una enigmática sonrisa y pronunciaron con amargura cuatro versos en rima:

Solo se ha quedado ya el rey,
que perderá la partida.
Ganar quiere el juego con los tres
y hará que los tres pierdan la vida.

Nestor empalideció.

—¿Es uno de tus poemas proféticos, Leonard?

Minaxo se encogió de hombros.

—Quizá. Sabes que mis intuiciones casi siempre se cumplen...

—¿Por qué me lo has recitado ahora?

—Porque tienes que entender que ha llegado el momento de dejar las cosas como están y abandonar el juego. Se acabó, Nestor, hay que rendirse ante la evidencia.

—Tengo una tarea que...

—¡NO! ¡No tienes ninguna tarea! —gruñó el gigante sacudiendo la cabeza furiosamente—. ¡Y no puedes confiar algo así a tres chiquillos! ¡Razona! ¡Se acabaron esos tiempos! ¡Estamos en la era de los viajes espaciales, de los teléfonos vía satélite, de los ordenadores portátiles! Conectados todos como las marionetas a sus hilos.

—Tenemos que derrotar a Oblivia...

El guardián del faro se acercó tanto a Nestor que habría podido abrazarlo. Indicó la casa y la mesa fuera de la cocina donde los chicos habían

desayunado esa mañana.

—Ellos no.

—Pero Oblivia...

—¡Tú no la tienes tomada solo con Oblivia! —se enfureció el gigante—. ¡Tú la tienes tomada con el mundo entero! ¿No tienes bastante con lo que pasó? ¿Es que ya no te acuerdas? —Y tras decir eso se levantó el parche del ojo derecho. Nestor no lo miró. No era capaz. Nunca había sido capaz de hacerlo.

Leonard se volvió a colocar el parche y concluyó en voz baja:

—¿No hemos causado ya bastantes problemas?

Hubo un largo silencio. Las ardillas del tejado se alejaron saltando sobre las ramas de un fresno. El cuervo abandonó el sicomoro.

Leonard Minaxo esperó a calmarse del todo, y luego puso una mano en el hombro del jardinero.

—Perdóname. No quería ser tan duro. Pero alguien tenía que decírtelo antes de que fuera demasiado tarde... Olvídate de esa historia de la tarea que te encomendó el antiguo dueño...

Nestor alzó lentamente la mirada hasta encontrar la de su amigo.

—Si no lo hago yo, ¿quién lo hará?

—Seguramente tampoco tres chiquillos de once años.

—¿Por qué no?

—Porque no pueden. Porque no lo lograrán.

Nestor se mordió los labios.

—¿Estás seguro?

—Te lo he recitado hace poco.

—Era solo un poema.

Leonard Minaxo suspiró.

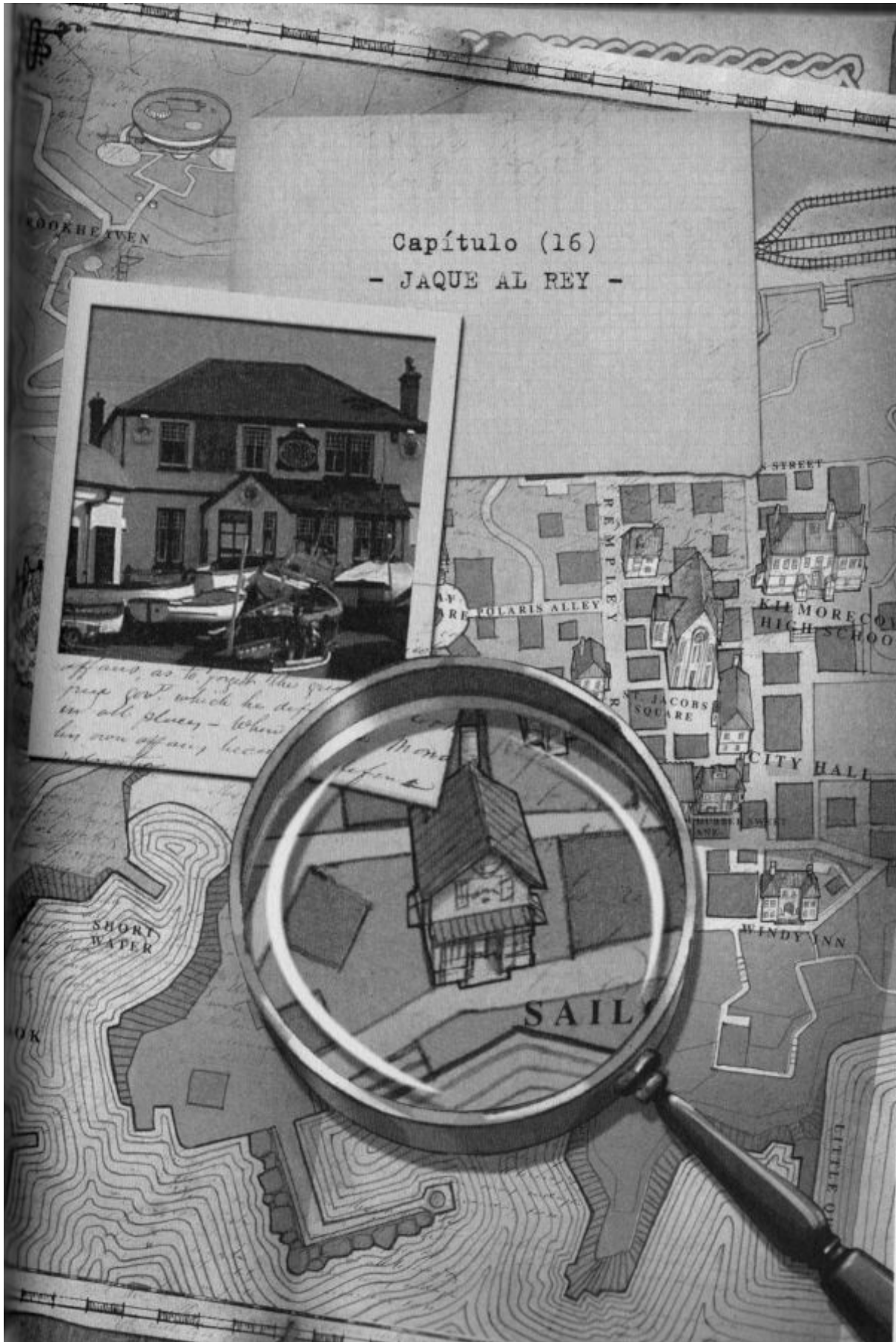
—¿Y dónde crees que está la verdad si no en la poesía?

Nestor asintió taciturno. Estrechó un buen rato la mano de Leonard y después se despidió de él.

Esperó a que bajara hasta la playa y subiera de nuevo a bordo del bote. Levantó el brazo para saludar a los pescadores y permaneció inmóvil largo rato como una estatua de un viejo jardín.

Tenía los ojos brillantes.

Y se sentía completamente solo.



En cuanto la verja de la tienda de la relojería se abrió, los chicos entraron. Las primeras sombras de la tarde se deslizaban a sus espaldas por entre el callejón resplandeciente por el sol. Sin embargo, dentro de la tienda, todo estaba en penumbra.

Gracias a la luz que se filtraba por la entrada, Jason, Julia y Rick advirtieron enseguida el gran caos reinante.

Jason cedió el paso a su amigo, que intentaba hacer coincidir esa habitación con la que él recordaba haber visitado con su padre.

La tienda tenía una única habitación en torno a la cual estaban dispuestas las estanterías con los relojes inmóviles arriba del todo, algunos de ellos de metal y madreperla, de oro y marfil, como si una bandada de pájaros se hubiera posado para descansar. Sus mecanismos estaban parados y en silencio. Los cuadrantes parecían rostros asombrados, con las bocas perfiladas por las manecillas, algunas sonrientes, y otras enojadas.

Los cajones del mostrador estaban todos abiertos, como si alguien hubiera estado inspeccionándolos a fondo: habían arrancado el papel que los forraba con un cuchillo. Había hojas y gomas elásticas tiradas por todas partes, en absoluto desorden. La caja registradora estaba ladeada, contra el escaparate.

La cortina separaba aquella habitación del taller que había en la trastienda oscura que Rick todavía recordaba con nitidez. La corrió, apartándola a un lado, y fijó la mirada en medio de la oscuridad. La trastienda no se hallaba en mejor estado.

Los chicos llegaron a la puerta provisional que alguien había montado no hacía mucho tiempo y la abrieron para dejar que entrara un poco de luz.

—Qué lío... —comentó Julia—. Aquí se han llevado todo.

Y, sin embargo, los relojes y los inventos de Peter Dedalus estaban prácticamente intactos: quien había registrado la tienda no era eso lo que buscaba.

Los instrumentos de precisión y las minúsculas piezas que el relojero usaba en su trabajo estaban esparcidos por todas partes y los cajones estaban abiertos. Una colección de discos sin sus fundas estaba hecha añicos en el suelo.

Sin embargo, las vitrinas contenían todavía gran parte de los objetos fabricados por Peter: relojes elegantemente decorados, un tablero de ajedrez con algunas piezas, un imponente despertador de mesa, una lámpara hecha con una cadena soldada sobre sí misma...

—Han hurgado en los cajones, han tirado los papeles por los suelos, han roto los discos... y, sin embargo, han dejado intactos los relojes y los objetos

más valiosos —murmuró Julia—. No cabe duda de que no buscaban objetos de valor.

—A lo mejor han encontrado lo que buscaban y ya no han tocado el resto —aventuró Jason.

Rick no había pronunciado palabra todavía. Caminó arriba y abajo por la tienda y se quedó largo rato solo, en silencio, contemplando aquel desastre.

—Canallas... —dijo cuando recuperó las fuerzas para hablar—. Primero le han destruido la tienda, después la casa. ¿Y buscando qué?

Jason y Julia sacudieron la cabeza. En realidad, no lo sabían.

—Nestor tenía razón al decir que la llegada de Oblivia a Kilmore Cove había sido un terrible error —exclamó Julia—. ¡Ha destruido la paz! Ha causado estragos en la vida de miss Biggles, que estaba tan tranquila con sus gatos y su Puerta del Tiempo. Está reduciendo a escombros la Casa de los Espejos... Es la personificación de todo lo que detesto: maldad y destrucción sin fin.

—El fin existe —gruñó Rick—. Está clarísimo. Hacerse con el control de Kilmore Cove y de las Puertas del Tiempo.

—Vámonos a casa —propuso Jason.

Rick se detuvo delante de una vitrina y, de repente se dio cuenta de una cosa.

—Chicos... —murmuró llamando a los otros muchachos.

—¿Qué?

—Jason, ¿tienes todavía la pieza de ajedrez que hemos encontrado detrás del cuadro de Penelope Moore?

El chico se metió una mano en el bolsillo.

—¡Claro! —exclamó recuperando la extraña figura—. ¿Por qué?

—Porque pertenece a este tablero de ajedrez —dijo Rick mostrando a sus amigos el contenido de la vitrina.

Ante ellos había un tablero de ajedrez bastante grande, de unos diez centímetros de alto, realizado con dos tipos de madera, una más clara y otra más oscura. Colocadas en las casillas, había algunas piezas muy parecidas a la que Jason había tenido todo el día en el bolsillo.

—¿Cómo es posible? —exclamó Julia.

—¿Los Moore y Peter Dedalus se conocían? —aventuró Jason.

Rick sacudió la cabeza.

—Eso no lo sé.

La figura que ellos tenían era una reina. Una reina blanca. Y las blancas parecían francamente en desventaja frente a las negras.

—La reina negra está todavía en juego —observó Jason acercando su pieza al tablero.

Rick sacudió la cabeza.

—Es mejor no tocar —sugirió—. La partida aún no ha acabado. Y nos han comido la reina...

Jason y Julia observaron la posición de las otras piezas en el tablero.

—Yo nunca he conseguido entender nada de ajedrez —suspiró Jason al cabo de un rato. Lo cual no era del todo cierto: si la jugada era rápida, Jason era fortísimo. Pero si tenía que pensar en más de dos movimientos consecutivos, su cerebro empezaba a echar humo y su adversario lo batía siempre.

—¿A quién le toca mover? —preguntó a su vez Julia.

—No lo sabemos —le respondió Rick.

—En tu opinión, ¿quién estaba jugando?

—¿Qué me decís de Peter Dedalus contra Ulysses Moore? Nuestra reina es blanca, así que quizá las de Peter eran las negras.

Jason miró nuevamente la disposición de las piezas.

—¿Es que vamos a pasarnos toda la tarde estudiando este aburridísimo tablero de ajedrez? Os recuerdo que tenemos una lista larguísima de misterios que deberíamos resolver y...

Su hermana, sin embargo, no lo encontraba en absoluto aburrido.

—¿No es fascinante pensar que es como si el tiempo se hubiera detenido? Estamos asistiendo a una partida que se remonta a muchos años atrás. Y que se ha interrumpido.

Jason resopló:

—Sí, y que quizá sea mejor dejarla así, tal como está.

—¡Qué remedio! —asintió Julia—. No sabemos a quién le toca mover.

—En mi opinión, es turno de las blancas —intervino Rick.

—¿Cómo lo sabes?

Rick se encogió de hombros.

—No puedo saberlo con seguridad, pero estoy convencido de que Peter Dedalus no habría desaparecido de Kilmore Cove sin hacer la última jugada.

—Ah, ¿sí? —replicó Jason—. ¡Pues entonces no era muy inteligente! Porque si yo jugara con las blancas, cogería este caballo de aquí y...

Cuando Jason levantó el caballo, el tablero de ajedrez empezó a vibrar.

—¡Jason! —lo reprendió su hermana asustada—. ¿Qué has hecho?

Se quedó con el caballo en la mano y los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué he hecho?!

De repente, el tablero empezó a temblar, repiqueteando muy despacio.

—¡Jason! ¡Coloca ese caballo en su sitio inmediatamente! —gritó Julia—.
¡Has puesto en marcha algún dispositivo!

Rick lo detuvo antes de que devolviera el caballo adonde estaba.

—¡No! ¡Espera! Así no. Ya no puedes volver a ponerlo en su sitio. Mueve ficha.

Jason tragó saliva.

—¿Qué quieres decir?

El tablero empezó a temblar de nuevo, esta vez con mayor intensidad.

—La partida está de nuevo abierta, Jason. Y el tablero te está diciendo que juegues. El repiqueteo podría ser un contador. Venga, mueve. ¿Dónde querías poner el caballo?

Jason estudió nervioso la posición de las piezas, intentando recordar la jugada que quería hacer.

—A mí... no se me ha dado nunca muy bien el ajedrez, pero... en mi opinión... si lo ponemos aquí... —farfulló Jason, titubeando de repente—, hacemos jaque al rey.

Puso el caballo en el tablero, y este dejó de temblar.

—¿Seguro? —preguntó Julia.

—Bastante seguro.

Al ver la jugada que había hecho, a Jason le asaltaron una serie de dudas atroces.

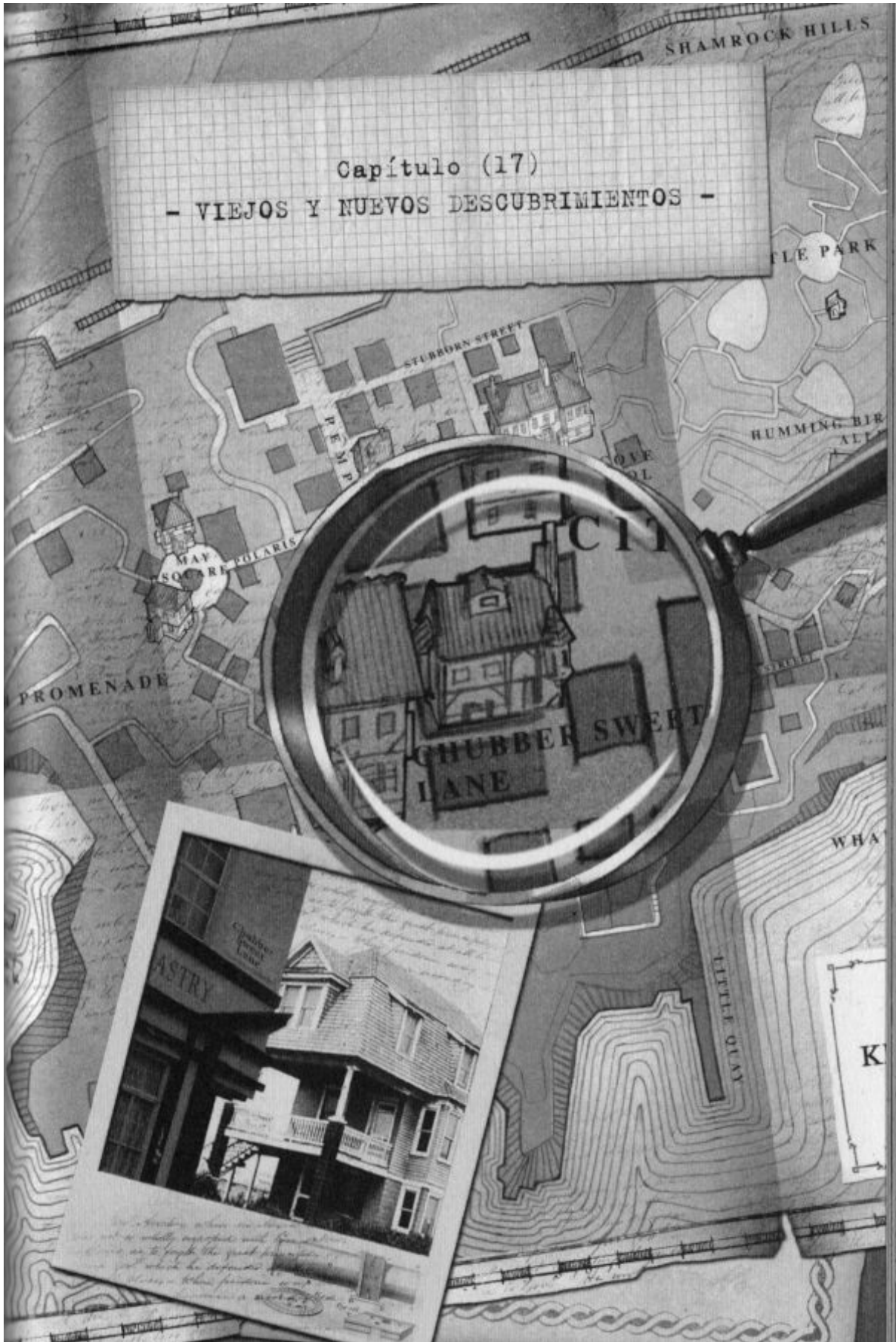
El tablero dio un brinco, como si en su interior se hubiera puesto en marcha una serie de pequeños mecanismos.

Los chicos dieron un paso atrás, acercándose por precaución a la puerta de salida.

Después, una a una, las piezas fueron cayendo todas de lado. Y en lo alto del tablero, se abrió un cajoncito.

—Tenías razón, Jason. ¡Jaque mate! —dijo Rick acercándose de nuevo al tablero.

Dentro del cajoncito había algo.



Capítulo (17)
- VIEJOS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS -

Nestor miró dos veces el reloj. Recorrió la planta baja de Villa Argo y luego resopló nervioso. ¿Dónde demonios se habrían metido los chicos? Eran casi las seis de la tarde y todavía no habían vuelto.

«Peligroso», había dicho Leonard.

Y Leonard tenía un don especial para predecir los acontecimientos. Con su único ojo, en realidad veía mucho más que los otros. Y sus poemas escondían significados profundos y mensajes casi siempre proféticos.

Nestor no era de los que se pasan el día preocupados, pero una ausencia tan prolongada no lo tranquilizaba en absoluto... El último verso de Leonard seguía rondándole por la cabeza como un disco rayado.

«Y hará que los tres pierdan la vida.»

Volvió a pensar en las bicicletas medio rotas en las que los chicos se habían ido...

—¿Dónde os habéis metido? —preguntó el jardinero a Salton Cliff y a la espuma vertiginosa.

Fue cojeando hasta su casa para coger un binóculo, volvió al acantilado y se puso a escudriñar la playa y la costa del pueblo, tosiendo de vez en cuando.

Vio cómo Leonard abría y cerraba la puerta del faro y desaparecía dentro de la torre blanca. Volvió a pensar en la madre de Jason y Julia, que había llamado por teléfono dos veces esa tarde. Y las dos veces el jardinero había tenido que inventar más de una excusa para justificar que no se pusieran al teléfono.

—Si les has tocado un solo pelo de la cabeza a mis chicos... —dijo en voz alta mientras Kilmore Cove discurría agrandada tras las lentes—, me las pagarás. De una vez por todas.

«Como tendría que haber hecho hace ya muchos años. Como tendrían que haber hecho todos...»

Nestor bajó el binóculo cuando empezaron a dolerle los brazos.

Por lo que parecía, en el pueblo había el trasiego normal de turistas que habían ido a parar allí por casualidad y que, en cuanto regresaran a su vida cotidiana, se olvidarían de la existencia de Kilmore Cove.

—No les ha pasado nada —murmuró Nestor llamándose a la calma—. Dentro de poco estarán aquí.

Tiempo...

¿Qué era todo sino una cuestión de tiempo?

Veinte metros más abajo, el mar tumultuoso se arremolinaba entre las rocas en busca de secretos sumergidos.

Las ramas del sicómoro, del fresno y de las encinas se balanceaban al viento. Las gaviotas se posaban en el tejado de Villa Argo para volver a levantar enseguida el vuelo en pos de las corrientes.

Nada permanecía inmóvil.

Todo era movimiento, se desplazaba y cambiaba, y el tiempo era el que dictaba las reglas de ese fluir caótico, contemplando su obra como un espectador burlón.

Las llaves habían regresado. Las puertas se estaban volviendo a abrir. ¿Quién las había vuelto a poner en juego?

¿El tiempo?

«Ni siquiera las llaves están paradas —pensó Nestor en voz alta, compartiendo como siempre sus reflexiones con el mar de Kilmore Cove—. Se mueven solas, en busca de nuevas cerraduras que abrir. Van de mano en mano, de bolsillo en bolsillo, de cajón en cajón, hasta el momento en que todos se olvidan de ellas. Y entonces vuelven a aparecer de nuevo en manos de algún otro. Y otra vez empieza el juego desde el principio.»

Fue entonces cuando, sumido en sus pensamientos, le pareció oír una voz que lo llamaba.

Se dio media vuelta hacia su casa.

Nadie.

Observó los tragaluzes de Villa Argo.

Nadie.

Después vio a Rick asomar por la verja montado en bicicleta, seguido por Julia y Jason, que iba en una tintineante bicicleta completamente de color rosa.

—¡Nestor! —lo llamaron los chicos—. ¡Nestor! ¡Mira lo que hemos encontrado!

Al viejo jardinero le habría gustado estallar en una carcajada de liberación y correr a abrazar a los tres chicos, pero se contuvo y suspiró.

Tranquilizado por fin, se dirigió cojeando hacia los chicos.

—Bonita bici —dijo a Jason cuando llegó a su lado—. Seguro que eres la envidia de todas las niñas de Kilmore Cove.

Lo primero que hicieron los chicos fue enseñarle la hoja que habían encontrado en la guía de Kilmore Cove para, acto seguido, bombardearlo a preguntas.

—¿Tú sabes qué pasa en las vías del tren?

—¿Y la estatua en la plaza? ¿Es verdad que no ha existido nunca un rey llamado Guillermo V?

—¿Alguna vez has notado algo raro?

—¿Sabías que en Kilmore Cove no hay ni un solo cartel con el nombre del pueblo?

—¿Dónde está el túnel del tren?

—¿Y la estación?

—¿Sabías que existen otras Puertas del Tiempo?

—¿Conoces a Cleopatra Biggles?

—¿Y Owl Clock?

—¿Por qué no nos dijiste que Penelope pintaba?

—En tu opinión, ¿qué hacía una pieza de ajedrez detrás de uno de sus cuadros?

—¿Qué sabes tú de Peter Dedalus? —le preguntó entonces Julia.

Nestor, arrollado por esa oleada de preguntas, presagiaba complicaciones.

—¿Peter Dedalus? Era el relojero del pueblo.

—¿Venía a menudo a Villa Argo?

—¿Por qué queréis saberlo?

—Era amigo del anterior propietario, ¿no?

—Amigo es presuponer demasiado. Supongo que se conocían, sí.

—Y supones bien —dijo entonces Jason triunfante—. ¡Mira lo que hemos encontrado en su relojería!

Nestor agarró no sin suspicacia una funda de papel en la que estaba escrito con una caligrafía diminuta y angulosa:

*A mis únicos amigos
Penelope y Ulysses,
aunque sea demasiado tarde.*

Nestor abrió los ojos de par en par, asombrado, y empezó a dar vueltas a la funda que tenía entre las manos, sin saber lo que debía hacer.

—Mira lo que hay dentro... —lo apremió Rick.

—Pero ¿tú no tienes que volver a tu casa de vez en cuando? —refunfuñó Nestor con tono irritado.

—Dentro de poco.

—¡Primero tenemos que encontrar la manera de escucharlo! —añadió Jason vigilando al jardinero, que dejó caer sobre su mano el contenido de la funda: era un disco negro, sin etiquetas ni indicación alguna.

Cuando lo vio, Nestor dio un brinco.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—En su tienda.

—Su tienda está cerrada —objetó el jardinero mientras se dirigía cojeando hacia la casa.

—Hemos logrado abrirla.

Nestor sonrió sin que los chicos lo vieran.

—Creía que era imposible —comentó acto seguido sacudiendo la cabeza.

—¡No hay nada imposible para nosotros tres! —gritó Julia rebosante de alegría, abrazando a sus dos compañeros de aventuras.

Siguieron al jardinero hasta el interior de Villa Argo.

—¿Sabes qué hay que hacer para escucharlo?

Nestor masculló una respuesta.

—Creo que este disco es el camino que nos conducirá hasta lo que estamos buscando —dijo Jason.

—¿Y qué es lo que estáis buscando? —preguntó Nestor, mientras empezaba a subir la escalera adornada con los retratos de los antiguos dueños de la casa.

—A Ulysses Moore, naturalmente.

—Entonces, solo tenéis que ir al cementerio.

Subieron al piso de arriba y entraron los cuatro en la biblioteca.

Nestor abrió el baúl que se encontraba detrás del sofá de piel y sacó las piezas de un viejo gramófono. Confió la bocina de latón a Jason y sacó la base cuadrada. Julia, mientras tanto, le mostró a Rick el árbol genealógico que decoraba el techo de la habitación.

Nestor colocó la base del gramófono en el centro de la habitación, montó la bocina en la boquilla, colocó el disco en el plato, la aguja en la primera pista y después dio cuerda al mecanismo que hacía girar el disco.

Tras algunos intentos en vano, logró ponerlo en marcha.

Al principio se oyó algo parecido a un ligero graznido y el rítmico «tic-tac-toc» de la aguja que saltaba de una pista a otra. Después, para gran sorpresa de todos, en lugar de una melodía, de la oscuridad del disco surgió una voz.

Era la voz de Peter Dedalus.

Los chicos se estrecharon en torno al gramófono, silenciosos, mudos. Nestor tosió y se apoyó en el piano.



El disco chirrió: «Queridísima Penelope, queridísimo Ulysses... es una canallada abandonar el juego, lo sé, pero es lo único que se me ocurre. Ya no me quedan fuerzas, ni ganas, ni valor. Fuera llueve a cántaros, acorde con mi estado de ánimo: mi último día en Kilmore Cove tenía que ser un día triste. Lo he echado todo a perder, y hasta ahora no me he dado cuenta. No puedo seguir. La lluvia que bate sobre el tejado de espejos hace que me sienta aún más solo. El óxido devorará el mecanismo que hace girar mi queridísima casa en pos del sol. La sal bloqueará los molinos de lo alto de la colina.

»La puerta me está esperando. Pero antes de irme para siempre de Kilmore Cove, quiero que sepáis que ha sido para mí un honor ser vuestro amigo y haber podido compartir con vosotros y con los demás este nuestro gran proyecto. Hemos hecho bien en esconder las llaves y ocultar las puertas, en espera de tiempos mejores. Era lo único que se podía hacer para salvar Kilmore Cove y el secreto de quien la construyó. Pero yo he cometido un error que quiero confesaros. Mi flaqueza y mi error tienen nombre y rostro de mujer: Oblivia Newton. Es culpa mía que el proyecto no haya salido bien. Es culpa mía si ahora ella me persigue. Solo culpa mía.

»Os contaré todo desde el principio para que sepáis cómo han ido las cosas. La conocí en mi tienda, un sábado por la tarde. La vi entrar desde detrás de la cortina de mi taller y pensé que solo era una de esas turistas que, de vez en cuando, llegan hasta aquí. La carretera existe todavía, aunque hayamos eliminado todos los carteles, borrado Kilmore Cove de todos los mapas y cortado las vías del ferrocarril. ¡Cuánto trabajo para hacer que desapareciera toda referencia, todo dibujo, todo libro que hablara de Kilmore Cove! Quedaba solo el mapa de Thos Bowen, naturalmente, en el que habíamos marcado la posición de las puertas y de sus llaves.

»Nuestro plan estaba saliendo bien. Teníamos casi todas las llaves y habíamos ocultado las puertas. Quizá habríamos conseguido borrar de verdad todo rastro del secreto si aquel día Oblivia no hubiera entrado en la tienda.

»Era bellísima. Creedme: bellísima. ¡Y yo no sabía todavía quién era Oblivia Newton! Iba vestida de verde manzana y me había traído un objeto para que lo tasara. Dijo que era un regalo de su antigua maestra de escuela: Clio Biggles, la hermana de Cleopatra. Naturalmente, conocía bien a Clio. Pero no me esperaba que esa señora que había estado fuera de Kilmore Cove durante tantos años hubiera regalado a Oblivia una de las llaves: la llave con el gato.

»Mi primera reacción fue de estupor. La segunda, un error: intenté comprar la llave a cualquier precio. ¿Os acordáis de lo mucho que la habíamos buscado? Al final pensamos que había desaparecido para siempre. Pero no había sido así. Estaba en Cheddar: se la había llevado lejos del pueblo una maestra de escuela. Y finalmente había vuelto, de la mano de una maravillosa desconocida.

»Oblivia Newton se olió el negocio: se preguntó, creo, el motivo por el que un simple inventor de engranajes estaba dispuesto a pagar el precio que fuera por una simple llave. Empezó a venir por la relojería, hasta que un buen día me siguió por el camino de Owl Clock y, al final, vino directamente a mi casa.

»Yo estaba contento. Había crecido con la única compañía de mis inventos, y la presencia de una mujer en casa me parecía un sueño. Le enseñé la Casa de los Espejos y ella me dijo que le parecía fascinante: no había visto nunca una casa ni parecida. Y yo hacía que girara para ella, moviendo el balcón hacia la puesta de sol o hacia las colinas. Oblivia me decía que era un gran genio. Y yo, que no había visto nunca una mujer tan hermosa como ella, pues me lo creí.

»¡Pobre, pobre Peter Dedalus! No entendí que lo único que nos unía era el misterio de la llave. Y Oblivia sabía perfectamente que tarde o temprano acabaría confesándole por qué esa llave era tan importante. Aguardaba solo a que le cogiera confianza al igual que una araña sabe que la mosca, por mucho que zumbe, caerá en sus redes.

»Y yo caí en picado y de corazón. Solo, sin confiároslo nunca. Nunca me lo podré perdonar. Mientras os ayudaba a ocultar Kilmore Cove al resto del mundo; pero una noche vendé los ojos a Oblivia y la acompañé al pueblo. Con su llave en forma de gato abrí la puerta de miss Biggles y la conduje al otro lado del umbral. Permanecimos en Egipto menos de una hora, pero lo suficiente para que ella comprendiera.

»Cuando volvimos a Kilmore Cove, me preguntó si su llave era la única que había en todo el mundo. No le contesté pero ella intuyó que no era así. Poco a poco, le fui confesando que en Kilmore Cove había varias Puertas del Tiempo y que en el pueblo también estaban sus respectivas llaves para abrirlas. Le expliqué que las puertas eran todas distintas y que cada una llevaba a un lugar diferente, excepto una, la puerta principal, la que se abría con las cuatro llaves, desde la que se podía acceder a cualquier parte. Nunca pronuncié el nombre de Villa Argo, pero ella lo captó enseguida, estoy seguro. Y empezó a ambicionar vuestra casa.

»De repente se volvió fría, distante, ávida. Fue entonces cuando empecé a conocer a la verdadera Oblivia Newton. Pero ya era demasiado tarde. No podía volver atrás.

»Las mentiras que os contaba a vosotros y las confesiones que le hacía a ella estaban a punto de derrumbarse como un castillo de naipes. ¿Qué podía hacer? Os había traicionado a todos, incluso a mí mismo. Me quedaba un único secreto que proteger. El más grande de todos, el secreto que quizá ni siquiera vosotros conocéis...».

El disco giró unas cuantas veces más en vano y en silencio.

Nestor se acarició la barba pensativo.

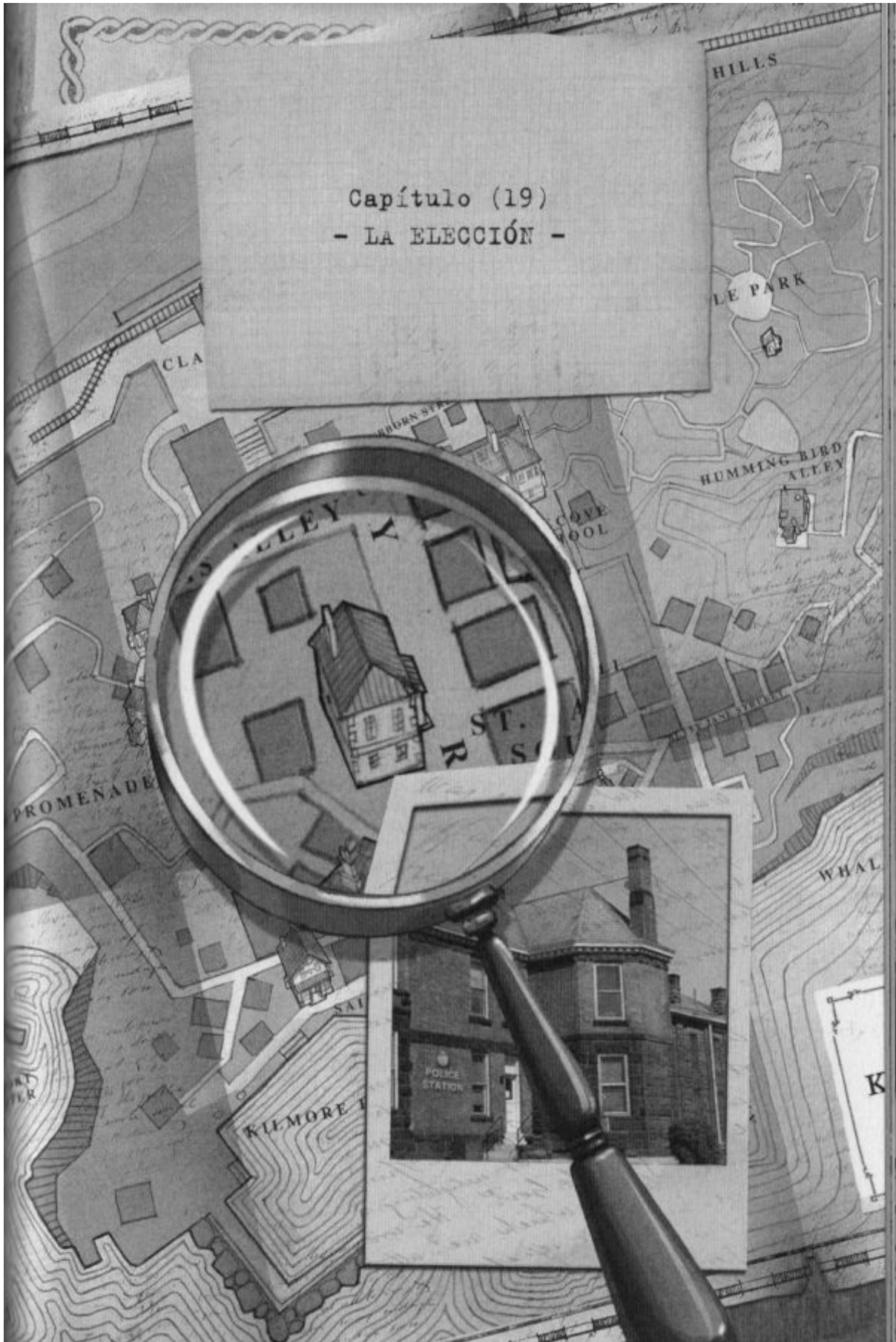
Después se oyó de nuevo la voz de Peter, pero mucho más baja. Los ruidos de la grabación hacían que sus palabras fueran comprensibles solo en parte: «Le... conté que... un modo para... abrir y cerrar todas las puertas... todas... y tener el control completo de... las puertas... una sola llave... y ella... ella me preguntó si sabía encontrarla... pero yo no contesté... la promesa...».

Hubo de nuevo una larga pausa tras la cual la voz de Peter Dedalus se volvió rápida y aguda.

Sus palabras, inicialmente incoherentes, se fueron haciendo cada vez más nítidas. Era como si el relojero estuviera gritando.

«¡Huiré, sí, huiré esta noche! Donde ella no pueda encontrarme. Ulysses, Penelope, he movido la última pieza... He guardado el secreto. ¡No podrá tener nunca el control de todas las puertas!» Luego la voz se hizo ininteligible: «Ah, amig... echaré de men... partidas, los saludos a... ...elope, ... jardinero a... Argo y los viajes. ¡Escapo, amigos! Huyo de este mundo cruel y lleno de mentiras. He creído que el corazón era un mecanismo perfecto, que podía regularse con engranajes fiables y seguros, pero he descubierto una verdad dolorosa... Adiós, Ulysses. Adiós, Penelope. Recibiréis por correo la llave del león, para que la podáis conservar junto con las otras. A mí ya no me hará falta. Mi tienda y mi casa se las regalaré a Oblivia: que haga con ellas lo que quiera. Yo no quiero saber nada. Borrad mi nombre y quemad el cartel de la lechuga blanca. Eliminadme también de vuestros pensamientos. ¡Yo nunca os olvidaré!».

Con estas palabras, terminó la confesión.



El sol empezó a inclinarse sobre el horizonte y el cielo a teñirse de tonalidades naranjas. En la biblioteca de Villa Argo, el viejo disco emitió algún chirrido más; luego el gramófono quedó en silencio. Rick levantó la aguja y volvió a ponerla en su sitio.

Los chicos estaban sentados en el suelo, mientras que Nestor seguía de pie, apoyado en el piano. La luz anaranjada entraba por las ventanas, volviéndose más y más roja, como su propia rabia, incandescente.

—O sea, que fue eso lo que ocurrió —dijo Julia al cabo de un rato—. Fue Peter quien le contó a Oblivia lo de las puertas.

—Bastantes puertas, por lo que parece —añadió Jason. Nestor apretó los puños, y empezó a toser sin parar. Levantó los brazos para liberar los pulmones y permaneció durante un buen rato inmóvil, sin conseguir calmarse. Cuando volvió a bajar los hombros, parecía afligido por pensamientos angustiosos.

—Ahora sabemos por qué Oblivia está derribando la Casa de los Espejos —murmuró Rick.

Nestor arqueó una ceja, alarmado.

—¿Qué?

Los chicos le contaron lo del camino sin asfaltar de Owl Clock y la máquina demoledora de la Cyclops que estaba derribando la vivienda de Peter Dedalus.

—No podíamos hacer nada, pero tampoco podíamos soportar quedarnos allí mirando... —concluyó Julia.

—Entonces... es el fin —farfulló el viejo jardinero dirigiéndose hacia la salida de la biblioteca.

—¡Nestor, espera! —lo llamó Julia—. No nos dejes solos.

—Estamos todos solos —gruñó él.

Pero no se fue.

—Dinos una cosa: la llave que Manfred te ha robado...

Nestor asintió.

—Era la del león, la llave de la que habla Dedalus en el disco. Estaba entre las cosas que el antiguo propietario me había dejado en custodia.

—Y con esa llave...

De nuevo Nestor anticipó la respuesta:

—Sí. Con esa llave se abre la puerta que está en la casa del relojero.

—¿Por qué no nos has hablado antes de las otras puertas?

El jardinero no respondió.

—¿Tú sabes adónde lleva esa puerta? —preguntó Julia.

Nestor se sobresaltó.

—¿Yo? ¿Y cómo puedo saberlo yo?

—Pero sabías lo de la llave del león...

Nestor murmuró algo.

—Y sabías que Peter tenía una puerta en su casa.

—¡Yo no lo sé todo, chicos! ¡Caramba! —Nestor dio un puñetazo en una estantería, tirando por el suelo la placa de bronce de identificación.

—Peter Dedalus dice que en Kilmore Cove hay muchas puertas —intervino Rick—. Una está aquí. La otra en casa de miss Biggles. La tercera en la Casa de los Espejos. ¿Cuántas más hay?

—Para saberlo bastaría con mirar el mapa que hemos perdido —murmuró Jason.

—En el mapa están indicados también los nombres de las llaves...

—Ahora Oblivia sabe cuáles son las llaves que sirven, pero no las tiene —intervino Nestor. Después prosiguió—: Ulysses Moore y su esposa las pudieron poner a buen recaudo. Todas, excepto la llave de Oblivia... que no estaba ya en Kilmore Cove.

—Y la de Peter que...

—Que Manfred nos robó anoche.

—Probablemente ya tienen dos llaves —dijo Rick.

—Nosotros tenemos cuatro —replicó Jason.

Julia empezó a caminar arriba y abajo de la habitación.

—¡Ay! ¡Lo que daría por poder pegarle un puñetazo en las narices y coger sus llaves!

Los chicos se pusieron a comentar entre ellos las increíbles noticias de las que se acababan de enterar.

Nestor los miraba. Los miraba y pensaba al mismo tiempo. Su entusiasmo era contagioso, aunque no podía evitar que retumbara en su cabeza el poema de Leonard y sus inquietantes palabras.

Pero Leonard no los estaba oyendo hablar en aquella biblioteca, como sí los estaba oyendo él. Leonard no los conocía.

De repente, Jason interrumpió sus pensamientos con una pregunta:

—Nestor, ¿cuántas personas saben de la existencia de las puertas?

—«Sabían», querrás decir —respondió el jardinero—. Quitándome a mí, a Oblivia y a su chófer, los demás han fallecido todos...

«O se han rendido», pensó sin decirlo.

—Entonces llevamos ventaja —concluyó Jason—. Somos cuatro contra dos.

Nestor miró a ese chiquillo de once años que le hablaba como si fuera un adulto, con una determinación y una voluntad que eran, cuando menos, conmovedoras.

Atenazado por la duda, miraba fijamente el pasillo que se extendía a través de los dormitorios del primer piso y pensaba. Pensaba que tenía que tomar una decisión. Y que ya no quedaba más tiempo. La situación iba más rápido de lo que él mismo habría imaginado nunca.

Rick empezó a recapitular los últimos descubrimientos:

—De modo que... el matrimonio Moore tenía un proyecto, el de esconder las puertas y poner las llaves a buen recaudo. Intentaron aislar lo más posible Kilmore Cove, sin darlo a conocer a sus habitantes. Peter Dedalus los traicionó y Oblivia Newton descubrió parte del secreto. Peter huyó para no tener que revelar la parte más comprometida de ese secreto... o sea, cómo abrir y cerrar las puertas... ¿Habéis oído? Peter decía que había una manera de obtener el control de todas las puertas... Y después... ¿qué pasó después?

—Que el matrimonio Moore muere —respondió Julia—. Oblivia está convencida de poder actuar sin que nadie se interponga en su camino, pero entonces descubre que Nestor ha vendido Villa Argo a nuestros padres. Y que hemos llegado nosotros.

—Y que tenemos las cuatro llaves —prosiguió Rick—. Porque fuimos nosotros a buscarlas a Correos.

—Para mantener a Oblivia alejada —intervino Jason—, Ulysses Moore hace que encontremos las cuatro llaves y nos manda a Egipto a recuperar el mapa de Kilmore Cove. Nosotros, sin embargo, dejamos que nos lo quiten y echamos todo a perder.

—Qué desastre —admitió Rick.

—Hemos fracasado.

Julia suspiró.

Nestor tosió y volvió a toser una vez más. Y al final tomó una decisión.

—¡Ahora se hará lo que diga yo y como lo diga yo! —exclamó.

Los chicos se dieron media vuelta para mirarlo, estupefactos.

—¿Qué es lo que se hará como digas tú?

—¡Vosotros no habéis fracasado! —dijo Nestor señalándolos uno a uno—. ¡Vosotros no sois un desastre! Ni lo penséis siquiera, ¿está claro? Vosotros... vosotros... ¡Ah! —Nestor sacudió la cabeza. Los cumplidos nunca habían sido su fuerte y le resultaba muy difícil pronunciarlos. Así que tosió y ordenó—: ¡Vamos! ¡Venid conmigo!

El viejo jardinero los condujo hasta la mitad aproximadamente del pasillo; después se paró, juntó las manos como para jugar a la sillita de la reina y le dijo a Jason:

—Pon el pie aquí, aúpate y abre la trampilla del techo.

—¿Qué trampilla?! —exclamaron los chicos mirando todos hacia arriba.

Efectivamente, había una trampilla blanca, del mismo color que el resto del techo, cerrada por una anilla de metal.

Jason le dijo a Nestor que lo aupara y aferró la anilla.

—¡Venga! —lo animó Nestor.

Jason tiró hacia abajo, pero la trampilla no se abrió.

Tiró por segunda vez y, finalmente, notó que el cierre cedía. Nestor lo bajó al suelo.

De la trampilla salió el extremo de una escalera de mano. El jardinero la agarró y tiró de ella hacia sí.

—¡Oh! ¡Vaya! —exclamó Julia—. Una escalera en mitad del pasillo.

Con un gesto, Nestor les indicó que subieran.

—¡Arriba, vamos!

—¡Oh! ¡Vaya! —repitió Julia acordándose de todo lo que había visto, o creído ver, esa mañana.



Manfred pasó toda la tarde observando a los hombres de la Cyclops que, desde que la grúa se había estropeado, entraban y salían de la Casa de los Espejos vestidos con atuendos que les hacían parecer astronautas, con martillos neumáticos, sierras eléctricas y otras herramientas de mano.

La máquina demoledora yacía inmóvil e impotente, con la bola de hierro todavía sólidamente empotrada entre las paredes que sostenían el tejado. Los obreros habían conseguido detener la rotación de la casa rompiendo a martillazos una serie de engranajes que se encontraban en el sótano. Después habían recorrido habitación por habitación echando abajo todas las paredes que se les habían puesto por delante.

Aquella tarde, de la Casa de los Espejos no quedaba más que un armazón de metal rodeado de escombros. Las terrazas y las barandillas habían quedado destruidas, las persianas hechas trizas, los suelos levantados y perforados en busca de la famosa puerta.

Oblivia daba órdenes desde el porche, examinando ora el mapa de Thos Bowen, ora los planos de la Casa de los Espejos, trazados por la meticulosa mano de Peter Dedalus. Manfred recordaba perfectamente el momento en que tuvo que derribar el muro de la parte de atrás de la relojería para entrar a buscarlos...

Era casi el atardecer cuando uno de los hombres de la Cyclops salió de repente de la casa, exclamando:

—¡Señora Newton! ¡Señora Newton! ¡Venga! ¡Venga! Creo que la hemos encontrado...

Oblivia entró corriendo.

Manfred la siguió con más calma.

—¿Es esta? —preguntó el obrero indicándole a Oblivia lo que habían descubierto en el cuarto de máquinas.

De un montón de cascotes y escombros sobresalía una pared de piedra con una vieja puerta. La puerta estaba camuflada detrás de un tabique de ladrillos y madera, donde estaba grabado el nombre de «Ulysses Moore».

Nada más leerlo, Oblivia masculló:

—Has intentado ocultarme también esta, ¿eh? ¡Pero yo soy mucho más lista que tú!

—¿Es esta...? —preguntó de nuevo el obrero de la Cyclops.

—¡Es esta! ¡Sí! —contestó radiante Oblivia Newton, acariciando la firma de Ulysses Moore grabada en el tabique—. ¡Aparten esos cascotes de ahí! ¡Rápido!

Los obreros se pusieron manos a la obra, y con la ayuda de los martillos neumáticos hicieron desaparecer en un santiamén los restos del falso tabique.

Después se hicieron a un lado, para que Oblivia pudiera observar más de cerca el objeto de sus deseos.

La puerta era antigua, pero fuerte y robusta. Tenía un profundo arañazo, probablemente en el punto en que los obreros le habían dado un martillazo. Abajo, a la izquierda, destacaba su cerradura, la misma vieja y maciza cerradura que había en la puerta de Cleopatra Biggles.

Era aquella, sin lugar a dudas. La puerta de Peter Dedalus.

Instintivamente, Oblivia Newton se llevó las manos al collar para coger la llave con forma de león. Después se acordó de la presencia de los obreros y los despidió con indiferencia:

—Muy bien. Ya pueden irse.

Los cuatro dejaron caer al suelo sus herramientas, contentos por la noticia. Preguntaron cuándo podían volver para recuperar la máquina demoledora que yacía volcada en el porche, pero la mujer hizo un vago ademán.

—No hace falta que vuelvan... La grúa se la compro yo. Déjenla donde está.

—Como usted diga, señora Newton.

Los obreros subieron al camión y se alejaron a toda velocidad.

En cuanto el polvo se hubo posado, Oblivia volvió a la puerta, apretando con fuerza la llave del león en la mano y con la mochila al hombro. Iba aún vestida de motorista.

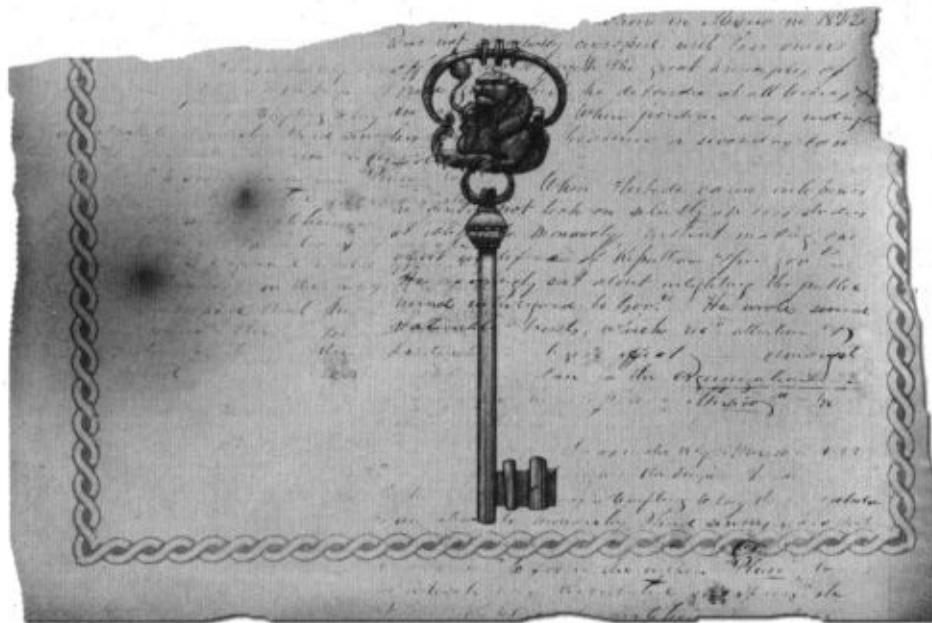
Acercó la llave a la puerta y la metió en la cerradura. Cerró los ojos. Después, conteniendo la respiración, la giró.

CLAC, hizo la cerradura. Y la puerta se abrió.

Oblivia sonrió y se volvió hacia donde estaba Manfred.

—¿Vienes conmigo?

Él torció el gesto. No le gustaban esas puertas ni la manera en que funcionaban. Prefería no saber nada más.



—No. Es mejor que me quede haciendo guardia...

—Como quieras. Pero te advierto de que no sé cuánto tiempo tardaré en encontrar a Peter... al otro lado.

—No importa. —Manfred le enseñó una revista de apuestas deportivas que tenía enrollada en las botas—. Me he traído algo que leer. Y...

Oblivia no le hizo caso. Se sumergió en la oscuridad de la puerta y la cerró tras de sí.

Manfred tiró al suelo el periódico, terminando, de todos modos, la frase:

—... ¡buen viaje, señora!

Después miró a su alrededor. Esas columnas de hierro y pernos le daban escalofríos. Oblivia iba a pasar fuera bastante tiempo. En el porche había una flamante moto de carreras, con el depósito lleno...

«¿Por qué se supone que tengo que quedarme en este sitio olvidado de la mano de Dios?!», se preguntó mientras subía al piso de arriba y salía al jardín.

Había un motivo y lo descubrió así que llegó a la moto... Alguien le había rajado las ruedas.

Manfred miró a su alrededor, pero no vio un alma. El esqueleto de la Casa de los Espejos parecía un teatro de marionetas abandonado. Y en lo alto de la colina esas extrañas construcciones seguían girando al viento.

Manfred se puso a gritar, loco de furia, y a pegar patadas a todo lo que encontró a su alcance.



Cuando llegó al final de la escalera, Jason ayudó a Rick y a Julia a subir; luego se alejó de la trampilla y esperó a que llegara también Nestor. Estaban bajo el tejado de Villa Argo, sumidos en la penumbra. Hacía calor, un calor seco y fragante, y la madera crujía a su alrededor. Eran pequeños ruidos, de asentamiento continuo, como si las vigas y las tejas del tejado estuvieran concentradas en hablar la lengua de la carcoma.

—¡Uau! —exclamó Jason, mirando a su alrededor.

El desván era una única pieza, grande, habitada por el polvo, los trastos viejos cubiertos de harapos y la luz crepuscular que entraba, fluida, por los cristales de las claraboyas. El suelo parecía el de una nave.

A diferencia de su hermano, Julia miró a su alrededor asustada. A ambos lados de la trampilla descansaban viejos muebles tapados con mantas y sábanas blancas y había sombras amenazadoras por doquier.

—¡Id vosotros delante! —ordenó Nestor, mientras trepaba con gran esfuerzo por la escalera de mano.

Los chicos obedecieron. Siguieron caminando entre los muebles apilados a ambos lados de la habitación y salieron a un espacio más amplio, lleno de luz, que estaba delante de la claraboya que daba al jardín.

Recortado contra la luz del atardecer había un hombre que llevaba un enorme sombrero.

Al verlo, Julia lanzó un grito.

Rick le apretó la mano, igual de aterrorizado que ella, mientras que Jason, con los ojos abiertos de par en par y la boca reseca, comprendió que había encontrado por fin la cámara secreta de Ulysses Moore. Y que el antiguo dueño los estaba esperando a solo unos cuantos metros.

—¿Señor... Moore? —susurró el chico dando un paso hacia la silueta oscura del hombre del sombrero.

El hombre no contestó.

Rick dio un paso atrás.

Bajo la ventana, había una alargada mesa de madera llena de lienzos de pintura, lápices y dibujos.

El hombre los estaba esperando erguido junto a la mesa.

—¿Señor Moore? —preguntó de nuevo Jason, dando otro paso hacia delante.

Se oyó un ruido. El suelo del desván vibró bajo los pasos indecisos del jardinero, que asomó de repente a sus espaldas.

—No te puede contestar... —murmuró Nestor—. Ya no. —En el desván parecía más alto y mucho más imponente.

Pasó al lado de Julia y le puso una mano sobre el hombro.

—No te preocupes.

Entonces, Rick, abochornadísimo, soltó la mano de Julia.

El jardinero fue cojeando hasta Jason y lo invitó a dar todavía un par de pasos más para mostrarle la verdad sobre aquel hombre que estaba de pie junto a la mesa de dibujo.

Era un maniquí.

—Este era el estudio de Penelope —explicó Nestor, al lado de la mesa de trabajo situada a plena luz—. Era la habitación en la que pintaba.

Fuera del haz de luz de la claraboya, se podían distinguir lienzos y cuadros apoyados unos sobre otros. Flotaba aún en el aire el olor penetrante de los colores al temple mezclado con el de la madera.

—Está todo tal como ella lo dejó —dijo Nestor—. Sus acuarelas, sus lápices con la punta roma. Su reino bajo el tejado: carboncillos sepia, frascos para el agua y, naturalmente, el maniquí que le servía de modelo para sus dibujos.

Era un fante de tela, tan alto como un hombre e increíblemente bien hecho. Julia lo miró con aire suspicaz; luego lo tocó para asegurarse de que no era de verdad.

En un extremo de la mesa había algunas piezas del ajedrez de Peter Dedalus.

Nestor se dio cuenta de que Rick las había visto y explicó:

—Una vieja apuesta entre ellos. Por cada pieza que perdía al ajedrez, Peter construía para la señora Moore un pequeño artilugio. Por cada pieza que ganaba él, Penelope le pintaba un cuadro.

—Y después pegaba la pieza en la parte de atrás del marco, como en el cuadro de los Bowen.

—¿Cuánto tiempo hacía que duraba la partida?

—Desde hacía dos años —respondió Nestor con seguridad.

—¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó Jason tras observar los dibujos y cuadros de Penelope.

—Porque me parece justo que lo sepáis —contestó Nestor. Se colocó delante de la luz de la ventana y se puso a mirar por ella.

—¿Que sepamos qué? —preguntó Rick, que percibía en el aire la tensión que precede a los momentos importantes.

—Quiénes sois realmente —respondió el jardinero dándose la vuelta—. Y por qué estáis aquí.

—Ulysses Moore no tenía ganas de luchar. Había pasado la mitad de su vida cultivando un secreto y haciendo que creciera. Y la otra mitad intentando ocultarlo y protegerlo. El secreto es el de esta casa, el del mar dentro del acantilado y el de la *Metis* que espera amarrada en el embarcadero. El secreto es el de las cuatro llaves que hoy son vuestras y el de la puerta que abren. Pero el verdadero secreto es Kilmore Cove. Un sitio pequeño, valioso, magnífico, desde el que se puede llegar a otros lugares igual de pequeños, valiosos y magníficos. ¡Las puertas, chicos! Las puertas de Kilmore Cove llevan hasta lo que Ulysses llamaba los Puertos de los Sueños. Sitios como esta casa. Como Salton Cliff y la playa. Lugares a los que no llega el mundanal ruido. Donde solo hay paz, belleza. Y personas que no necesitan nada más, salvo tiempo para disfrutar de ellas. Para descubrir lo hermoso que es darse un baño en una cala escondida entre los escollos o tumbarse en la hierba a mirar las nubes. Sentarse por la tarde al fresco con un libro en la mano. O levantarse al alba para contemplar la luz del primer sol y plasmarlo en el lienzo. Mancharse las manos de tierra. Usar los colores. Escribir poemas, recitarlos a los amigos. Reír con ellos, encender hogueras en la playa y contemplar las estrellas. Estar unidos, con un mismo e idéntico sentimiento, con las mismas ganas de descubrir la vida en sus expresiones más sencillas. Y descubrir que, mágicamente, detrás de una puerta puede esconderse un lejano mundo. Un país en cierto modo igual al que se ha dejado atrás, pero completamente distinto al mismo tiempo. —Nestor pasó al lado de la mesa de dibujo y prosiguió—: Para Ulysses Moore y su mujer, Kilmore Cove y sus puertas eran el misterio más grande del mundo. Un misterio fantástico y peligroso a la vez. Porque de caer en las manos equivocadas, las puertas y los mundos a los que daban acceso serían aniquilados.

—Oblivia... —susurró Julia.

—Oblivia —confirmó Nestor—. El verdadero peligro. Una mujer despiadada, para la cual el tiempo es solo un número, un horario, una cuenta atrás durante la cual hay que enriquecerse con números inútiles, comprar y vender, hablar y hablar y hablar, crearse enemigos que derrotar o encerrarse en la panza de un avión. ¡Oh, no! Ulysses no quería que llegaran personas

como ella a Kilmore Cove, con su obtusa modernidad. Quería preservar este pueblo. Quería protegerlo, como habían hecho sus antepasados antes que él... Reunió a sus amigos y estudió la manera de mantener Kilmore Cove alejado de los peligros del mundo moderno. El pueblo tenía que desaparecer de las guías del teléfono, de la red ferroviaria, de las guías turísticas y gastronómicas. No tenía que haber museos, ni cines, ni acontecimientos importantes a los que acudir, ni monumentos interesantes que visitar. Cuando vinieron los representantes del gobierno para hacer un elenco de las obras de arte del pueblo, uno de los amigos de Ulysses modificó el nombre de la única estatua importante de Kilmore Cove, de manera que no volvieran a citarla nunca más en ningún catálogo. Por otro lado, ¿quién buscaría la estatua de un rey que no ha existido nunca?

Jason se echó a reír y Rick lo imitó sacudiendo la cabeza sin salir de su asombro.

Entonces, el tono de voz de Nestor se hizo más bajo.

—Pero... después... ya sabéis lo que sucedió. Oblivia se hizo con una llave y descubrió Kilmore Cove.

—Peter le contó el secreto... —añadió Julia.

—Y nadie pudo detenerla. —Nestor hizo una pausa, como si hubiera llegado a un punto difícil de su narración—. Ulysses estaba cansado, viejo. Había perdido a Penelope. Sus amigos lo habían traicionado y abandonado. Se sentía solo. Me tenía a mí, claro, pero no era suficiente. Pero, antes de... morir... pensó que alguien podría seguir luchando en su lugar.

Nestor miró a los chicos: no sumaban ni siquiera cuarenta años entre los tres, pero sus ojos brillaban y seguían cada uno de sus movimientos como si de sus labios dependiera la suerte del mundo entero. Sus corazones latían con ímpetu, como tambores enloquecidos. Escuchaban y comprendían a la vez.

Eran ellos. Sí, eran ellos, se dijo Nestor.

—Y me parece que, finalmente, ese alguien ha llegado —anunció.

El viejo jardinero se acercó al maniquí y le quitó el sombrero con delicadeza. Tenía el ala ancha y oscura y un ancla blanca bordada en un medallón dorado.

—Este era su sombrero. El sombrero que usaba cuando se convertía en capitán de la *Metis* y zarpaba con su nave más allá de la Puerta del Tiempo.

Nestor lo sacudió para quitarle el polvo, y luego tosió.

—Ha permanecido demasiado tiempo en la cabeza de este maniquí —prosiguió en cuanto se le calmó la tos—, cuando su sitio es la cabeza de un capitán de verdad. De alguien que conozca la *Metis*, que sepa guiarla y

conducirla hasta los más lejanos Puertos de los Sueños. Alguien como tú, Jason Covenant —añadió tendiéndole el sombrero.

—¿Como yo? —preguntó él, incrédulo, cogiendo el sombrero como si fuera una reliquia.

Nestor tomó el gabán de botones dorados del maniquí y se lo ofreció a Julia.

—O como tú, Julia Covenant —declaró.

Después cogió el sable de plata que llevaba en bandolera el maniquí y se lo entregó a Rick.

—O como tú, Rick Banner —dijo por último el jardinero.

Los tres chicos se quedaron mirándolo fijamente, embobados, incapaces incluso de abrir la boca por el estupor, cada uno con su regalo bien sujeto en la mano. Al verlos, por primera vez en mucho tiempo, Nestor se echó a reír de alegría.

—Ulysses pensaba ceder su puesto a una sola persona, no a tres... —prosiguió el jardinero poco después—. Y había dejado preparado este uniforme para el momento en que yo la encontrara. Solo después de elegirla, habría podido contarle lo que sabía de Villa Argo. Y de Kilmore Cove. Y del pacto para proteger las puertas y las llaves, para conservar el secreto, tal y como han hecho los otros dueños de la casa desde tiempos inmemoriales...

A Jason los ojos parecía que se le fueran a salir de las órbitas.

—Quieres decir que... todas las personas retratadas en las escaleras...

—Son los antepasados de Ulysses Moore, los custodios de Kilmore Cove que os han precedido. Y hoy, yo, que recibí el encargo del señor Moore, os elijo a vosotros para continuar esta tradición milenaria. La decisión está tomada. Ahora, si queréis, solo os queda aceptar.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Acepto! —gritó Jason entusiasmado.

Nestor le dirigió una sonrisa. El polvillo del sol crepuscular se arremolinaba en torno a él como enloquecido.

—Tenéis que aceptar los tres. O todos, o ninguno.

Julia y Rick se intercambiaron una mirada.

El chico pelirrojo fue el primero en hablar:

—Yo he nacido en Kilmore Cove y la protegeré siempre de todos los peligros. Porque es mi hogar.

Tras decir esas palabras, se colgó el sable de plata en bandolera. Jason lo imitó calándose el sombrero de capitán hasta la punta de la nariz.

—¡Ayuda! ¡No veo nada! ¡No veo nada! —bromeó.

Julia suspiró, fascinada y asustada al mismo tiempo.

A diferencia de Jason, que parecía no haber reflexionado ni un segundo sobre lo que estaba pasando, ella se sentía abrumada por el peso de la responsabilidad de ese momento tan importante. Para su hermano, el desván se había transformado en un antiguo castillo, y el viejo jardinero cojo en el rey que nombraba a sus caballeros. No era más que una suerte de juego... Julia, sin embargo, sentía una especie de vacío bajo sus pies y solo veía ante ella un signo de interrogación.

Villa Argo era un lugar tan diferente de la caótica ciudad de la que habían venido... Era un lugar en el que había sentido emociones fortísimas, en el que había arriesgado la vida por una persona que apenas conocía.

Un viejo jardinero cojo.

Papá y mamá se habrían sentido orgullosos de ella...

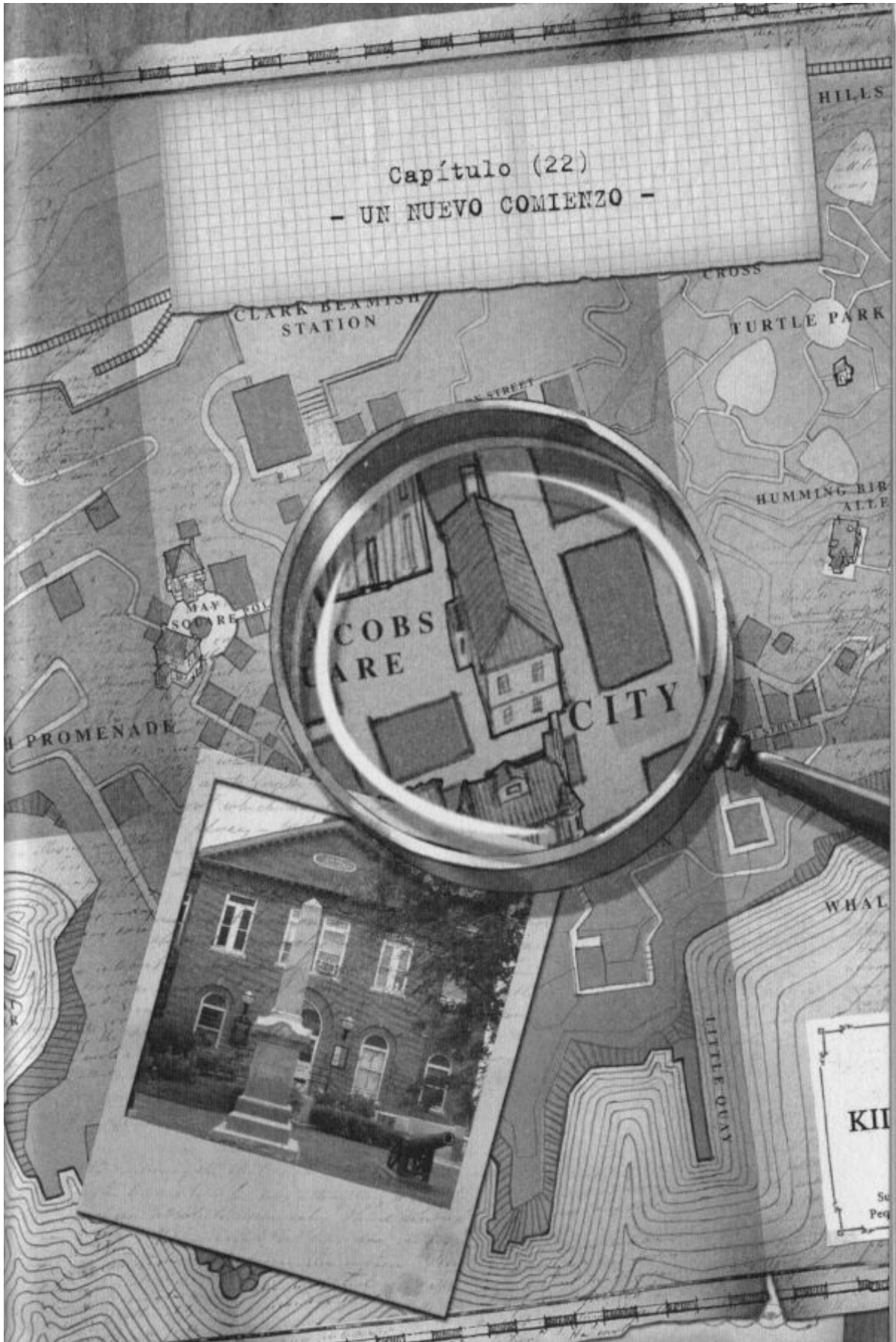
La chica se puso el gabán de Ulysses Moore, cuyos botones dorados destellaron.

—Yo no he nacido en Kilmore Cove... pero quiero que este pueblo permanezca siempre así. Sí, acepto.

Nestor se inclinó torpemente ante los chicos y dijo:

—No soy un gran maestro de ceremonias, pero desde este momento yo os proclamo ¡Guardianes de la Puerta del Tiempo y Caballeros de Kilmore Cove!

Dos ardillas treparon por los canalones y se detuvieron, perplejas, sobre el tejado de Villa Argo. Movieron sus bigotes y miraron a su alrededor, curiosas. De repente, las tejas del tejado se habían puesto a temblar, como si los habitantes de la vieja casa estuvieran bailando en el desván.



Más tarde, al teléfono, la señora Covenant parecía resignada. Los de la mudanza habían organizado un auténtico desastre: habían destrozado un antiguo mueble de cocina que ella quería llevarse a Kilmore Cove a toda costa.

—Habríamos acabado antes si hubiéramos vendido todo y nos lo hubiéramos vuelto a comprar nuevo... —confío a Julia con voz cansada—. Había pensado incluso en coger un tren y dejar que fuera papá quien se las viera con esos absolutos incompetentes, pero... ¡llegar a Kilmore Cove parece una empresa hartó difícil! Y no me apetecía pasarme un día entero estudiando los horarios y trasbordos de los trenes.

Julia sonrió, pero no dijo nada.

Su madre continuó:

—Y además, ¡ya sabes cómo son los hombres, cielo! Si los dejas un momento solos, no sabes nunca lo que puede pasar...

—Tienes razón, mamá, no te preocupes —respondió Julia.

En la habitación de piedra, Jason y Rick estaban ocupados elaborando un plan detallado de todo lo que tenían que hacer en un futuro próximo.

La chica tiró del cable del teléfono y se acercó a donde estaban ellos, intentando averiguar en qué punto estaban.

—¿Jason se está portando bien? —la apremió su madre—. Ya sabes cómo es tu hermano... Hace falta paciencia con él.

—¡Sin problemas! —se apresuró a contestar ella—. Se está portando como un angelito.

—No habréis armado ningún lío, ¿verdad?

—¿Lío? ¿Y qué lío quieres que armemos aquí?

—Y por favor, mucho cuidadito con aceptar una de esas ofertas de desconocidos que vienen a casa a vender productos congelados, ¿eh? Me han dicho que en el campo ahora hay muchos. Si aceptas una vez, luego no hay forma de librarse de ellos.

—No hemos comprado congelados, mamá. Y además, Nestor es un excelente cocinero. Fíjate, esta tarde...

Pero la señora Covenant necesitaba desahogarse con alguien, así que continuó impertérrita:

—Pase lo que pase con estos incompetentes de la mudanza, mañana mismo vuelvo a Villa Argo. Prometido. Verás que con tu mamá todo irá bien.

Julia suspiró: le acababa de decir que todo iba sobre ruedas.

—¿Vale, cariño?

—Vale, mamá.

—Hasta mañana, entonces.

—Sí.

—Portaos bien.

—Seguro. —Julia colgó.

Apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y se quedó escuchando el viento que soplaba fuera de las ventanas. Eran las últimas horas de la tarde, y se sentía agotada.

Bostezando, llegó hasta donde estaban los chicos.

—¿Entonces? —dijo Jason.

—Vienen mañana.

—¡Eso quiere decir que disponemos de muy poco tiempo! —exclamó su hermano—. Tenemos que actuar antes de que vuelvan.

Julia resopló.

—Olvídate. Yo estoy agotada. Y también Rick.

El chico de Kilmore Cove tenía los ojos pequeños y brillantes. Le dolían las piernas y la piel le escocía por las rozaduras.

—No sé si puedo pedirle a mi madre que me deje quedarme a cenar otra vez aquí...

De la cocina llegaba un olor a carne recién hecha.

—¿Cuál es el plan, Caballeros? —preguntó Julia, sentándose en el suelo, allí donde un día antes habían estado dándole vueltas al enigma de las cuatro llaves.

Por lo que parecía, Rick y Jason se habían tomado muy en serio la tarea que Nestor les había encomendado. Habían llenado folios y más folios con nombres, flechas y cuadrados de colores. A pesar de la desilusión que les había producido saber que el antiguo dueño no se escondía en ninguna cámara secreta, Jason sentía de nuevo un arrebató de entusiasmo desenfrenado. Agarró los folios que Rick y él habían garabateado y puso al corriente a su hermana:

—En resumen, hemos decidido que lo primero que tenemos que hacer para detener a Oblivia es lograr entender lo que está intentando hacer. Rick cree que quiere encontrar a Peter Dedalus.

—¿Y por qué?

—Peter le dio a entender que conocía un modo de poder hacerse con el control de todas las puertas de Kilmore Cove. Y Oblivia quiere saber cuál es.

Julia asintió.

—Así que atravesará la Puerta del Tiempo y le dará caza.

—Exacto. El hecho es... que no sabemos adónde lleva la Casa de los Espejos.

—Entonces, lo primero que hay que hacer —prosiguió Jason— es repartirse los diarios de Ulysses Moore que hay en la torre y leerlos para ver si descubrimos algo.

Ante la idea de ponerse a leer, Rick hizo una mueca y advirtió:

—¡Pero eso será mañana! Todavía tengo que empezar el libro de Calypso...

Se echaron a reír los tres.

—Y después —prosiguió imperturbable Jason— subiremos de nuevo a bordo de la *Metis*, llegaremos al Puerto de los Sueños en el que se ha refugiado Peter y lo encontraremos antes que Oblivia.

—Si está todavía vivo. Él es el único amigo de Ulysses Moore que aún vive —observó Julia.

—Quitándonos a nosotros —observó Jason.

—Quitándonos a nosotros, obviamente.

—Y también es el único que conoce todos los secretos de las puertas.

El plan estaba decidido. No quedaba más que despedirse.

Rick recogió sus cosas, dejó a Jason el metro de cuerda que se había traído de Egipto y el *Diccionario de las lenguas olvidadas* para que se los guardara. Después se alejó de Villa Argo montado en su bicicleta.

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana! —gritaron a sus espaldas los gemelos.

Fuera, el atardecer aún refulgía.

Jason entró de nuevo en la cocina y volvió a la carga, bombardeando a Nestor con preguntas sobre las puertas, las llaves y los amigos de Ulysses Moore.

Julia, sin embargo, se sentía aturdida. Demasiadas cosas para un solo día: había llegado el momento de descansar.

Cuando vio que el jardinero estaba friendo tres filetes, le dijo:

—A mí no me cuentes, Nestor. Me voy derecha a la cama.

El viejo jardinero ni siquiera parpadeó.

—De acuerdo. Que descanses, pues —respondió sonriendo.

Después de todo lo narrado en el desván, Nestor parecía otra persona. Estaba más tranquilo, menos misterioso y refunfuñón. Era como si, finalmente, se hubiera quitado un gran peso de encima.

—¿Me puedo comer yo tu filete? —le preguntó Jason a su gemela.

Julia asintió. Solo conseguía pensar en una larga, larga noche de sueño.

—Hasta mañana; se me cierran los ojos.

—Buenas noches, hermanita.

Mientras se alejaba de la cocina, Julia oyó a Jason que decía en voz baja:

—Tienes que perdonarla, Nestor. Al fin y al cabo, es una chica y resiste menos que nosotros, los chicos.

Cuando subía los peldaños de la escalera, Julia oyó un ruido.

—¿Me habéis llamado? —preguntó dándose media vuelta de golpe.

Jason y Nestor no contestaron, y ella pensó que se había equivocado.

Siguió subiendo cuando de pronto una corriente de aire le alborotó el pelo. Una ventana del piso de arriba golpeó con fuerza y la puerta de espejo de la torre se cerró con gran estrépito.

Julia se agarró a la barandilla, asustada.

Instintivamente, metió la mano en el bolsillo y la cerró asiendo a las cuatro llaves de la Puerta del Tiempo.

—¡Julia! —la llamó Jason desde la cocina—. ¡Cierra la ventana de la torre! ¡Hay corriente!

Efectivamente: una corriente de aire silbaba entre sus pies. Provenía de la puerta de espejo de lo alto de la escalera. Los retratos de los antepasados de los Moore la miraban, colgados de sus cadenas.

Julia subió el segundo tramo de escalones y abrió la puerta de la torre:

Tal como había imaginado Jason, la ventana se había vuelto a abrir de par en par, formando corriente con la puerta abierta de la cocina. Julia se adelantó para cerrarla de una vez, aunque sabía que era en balde.

Después de girar el pomo, se quedó paralizada: algo había cambiado en la habitación.

En el aire flotaba un perfume. Un perfume salvaje, penetrante.

Julia sintió una descarga irracional de miedo, apoyó la espalda contra la pared y examinó nuevamente la habitación.

¿Qué era lo que había cambiado desde que había estado allí?

Cuando se dio cuenta, sintió que un escalofrío gélido le recorría la espalda. Abrió la boca de par en par para llamar a su hermano, pero no lo consiguió.

En el centro del escritorio había uno de esos cuadernos de viaje de Ulysses Moore y, apoyada encima de este, una maqueta de madera de una góndola, la típica embarcación veneciana.

Con manos temblorosas, Julia apartó la góndola y abrió el cuaderno.

Eran los apuntes de viaje de Ulysses Moore a Venecia. En la primera página había un boceto de la plaza de San Marcos.

«La llave del león —pensó Julia sintiendo un segundo escalofrío—. ¿Es posible que...?»

Salió de prisa y corriendo de la torre, precipitándose en la cocina con todas las fuerzas que le quedaban y se plantó de un salto delante de Jason y Nestor. A punto estuvo de tirar por los suelos la sartén con los filetes.

—¿Qué pasa? —preguntó su hermano.

Julia se lanzó al jardín y empezó a correr debajo de la torre, agitando en el aire el cuaderno que había encontrado en el escritorio.

—¡¿Dónde estás?! —gritó buscando a alguien o algo entre los árboles del parque—. ¿Dónde te has escondido?

Las chicharras tejían un canto relajante entre los tallos de hierba. Se oía el tranquilo murmullo de las ramas. Una lechuza comprobó con un reclamo sombrío si había llegado ya el momento de salir de caza. El mar vestía de espuma el acantilado de Salton Cliff.

Fuera no había nadie. Ni un alma.

—¿Julia? —gritó Jason asomándose por la puerta de la cocina—. ¿Te has vuelto loca?

Ella examinó una vez más las sombras del jardín, el tejado, las claraboyas, las largas ramas retorcidas del sicomoro.

Al final, se dio por vencida. Avanzó hacia su hermano y, con un hilo de voz, dijo:

—Venecia. Peter Dedalus se esconde en Venecia.



Rick se detuvo en el borde del camino para contemplar el crepúsculo desde lo alto. La hierba se inclinaba con el viento y las gaviotas jugaban con la luz del sol que se hundía en el mar. Por debajo de él, las casas de Kilmore Cove se aprestaban a pasar otra noche tranquila. El chico sonrió ante la idea de que entre esas casas de apariencia tan normal se escondieran en realidad puertas de madera capaces de comunicar con otros mundos. Y sonrió aún más ante la idea de que esa situación tan increíble le pareciera normal.

Mientras el atardecer confería a todos un aspecto mágico, Rick pensó que magia y belleza debían de haberse inventado el mismo día. La luz del sol, las gaviotas, el mar, el viento, los habitantes de Kilmore Cove, huraños pero en el fondo alegres, eran belleza y magia al mismo tiempo, capaces de aislar esa bahía y conservarla para siempre inalterable y feliz.

Quizá era así como funcionaba. Quizá había lugares donde el tiempo no conseguía triunfar. Y donde magia y belleza estaban seguras y a salvo para siempre.

«Pero no aquí... —se rindió al final Rick, sumido en otros pensamientos más complicados y dolorosos—. El tiempo corre veloz como la tormenta, y todo lo arrebatata.»

Giró la bicicleta y empezó a pedalear.

De repente se le ocurrió una idea. Una idea inspirada en una frase de Nestor que se le había quedado grabada... Llegó a la pendiente más alta del pueblo y se alzó en pie sobre los pedales para ir más rápido. El reloj que le había regalado su padre brillaba en el cuadro de la bicicleta.

Cuando llegó a lo alto, saltó al suelo y empujó la bicicleta los últimos metros. Su alargada sombra llegó a la linde del cementerio antes que él. El viento se fundía con las piedras y los cardos silvestres.

Rick apoyó la bicicleta contra el muro de piedra y se agachó para recoger dos flores amarillas, de las que saltaron sendos grillos de color corteza.

El cementerio era un sencillo camposanto protegido por el muro de piedra. Habría podido trepar fácilmente por él, pero decidió pasar por la verja de entrada. La encontró abierta.

Con mucho cuidado de no hacer ruido, el chico de Kilmore Cove entró.

A lo lejos, una ola rompió contra los escollos, llegando su saludo hasta el camposanto.

El chico caminó entre las lápidas y las cruces, alineadas unas junto a otras y decoradas por rectángulos de piedras de mar blancas, conchas y flores

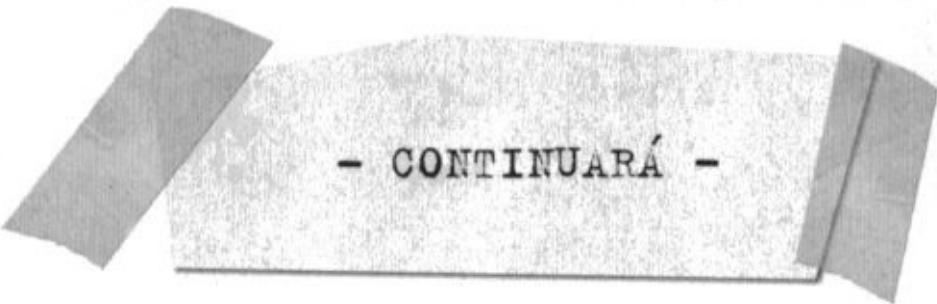
secas. Se percibía un ligero olor a quemado, a corteza y musgo. El sol se transformó en un arco que quemaba el horizonte entero.

Rick se arrodilló ante una sencilla lápida de piedra gris. Depositó las dos flores amarillas y puso una piedra encima de los tallos, para que no salieran volando.

Permaneció largo tiempo inmóvil, sin hablar ni hacer ruido.

El sol desapareció detrás del mar y el cielo se volvió oscuro como una pizarra.

—Papá... —dijo entonces Rick Banner pidiéndole ayuda—. ¡No los he encontrado! ¡No están! Si realmente Ulysses y Penelope Moore están muertos y enterrados en Kilmore Cove... ¿por qué no están aquí?



- CONTINUARÁ -

... otras fotos que he encontrado
en el baúl...



Miss O'Connell



Leonard Minaxo



Quondalino Mainhoff



Señor y señora Bowen



Plano turístico
de la villa de
KILMORE COVE
en Cornwallles

Suplemento de EL VIAJERO CURIOSO
pequeña guía de Kilmore Cove y alrededores

Nota al lector

Estábamos a punto de enviar el libro a la imprenta cuando nos ha llegado un nuevo mensaje de correo electrónico de Pierdomenico Baccalario. Nos ha parecido oportuno que también lo leyeráis vosotros:



Hola, ¡soy yo de nuevo!

Sigo en Cornualles. Después de descifrar el tercer cuaderno de Ulysses Moore, me he vuelto a poner enseguida manos a la obra con el cuarto. Acabo de traducir un pasaje muy importante: os lo transcribo, porque sé que vosotros también estáis impacientes por descubrir cómo acabará esta historia.

Peter Dedalus estaba vivo, de eso ahora estaban seguros. Y estaban también seguros de que la sombra del León de San Marcos los conduciría hasta su taller con la precisión de una brújula magnética.

Pero antes tenían que encontrar al Gondolero Negro, el único que podía navegar por los canales de la ciudad y llevarlos hasta la isla de las Máscaras.

Los tres chicos tenían que darse prisa: llevaban ya un retraso considerable para descubrir el lugar donde Peter se había refugiado.

–La cuestión es que Oblivia llegará antes que nosotros... –murmuró Julia preocupada.

–Ni lo pienses, hermanita –replicó Jason, que tenía todavía la ropa pringosa de pegamento y plumas de paloma.

A cada movimiento, despedía una nube de plumas en el aire.

–Creo que se me ha ocurrido una idea... –murmuró Rick mirando a su alrededor.

Ahora tengo que irme. Si descubro algo nuevo, os escribo enseguida.

Hasta pronto,

Pierdomenico

P. D.: Adjunto uno de los dibujos que he encontrado en el cuarto cuaderno de Ulysses.

